

CUENTOS Y VERDADES

H- 45224
R- 46186

21517

Cuentos y Verdades



ARTÍCULOS LITERARIOS

POR

Alfredo de Laffitte



SAN SEBASTIÁN

IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. JORNET

1897

ES PROPIEDAD

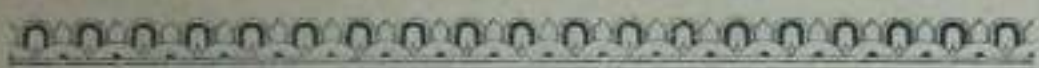
*Queda hecho el depósito que
marca la Ley.*

Á LOS LECTORES

Presenta el autor esta colección de artículos literarios escritos en distintas épocas y que han sido publicados anteriormente en los periódicos de Madrid y la región vascongada.

Al reunirlos en volumen, sólo le guía el propósito de recopilar el modesto trabajo de tantos años por si obtiene el beneplácito del público, y advierte que no ha guardado más orden ni clasificación que el de la antigüedad porque fueron escritos.

San Sebastián, año de 1897.



Por un ratón

Marcial, joven de encomiadas prendas, había perdido á su padre en la flor de la edad.

Hijo de un honrado comerciante que desbarató su fortuna en los azares del negocio, había quedado á la muerte del autor de sus días, juntamente con su madre, en la mayor miseria.

Lo poco que pudieron salvar de la quiebra les fué inmediatamente embargado por sus parientes y acreedores uno de los que, contestando al pobre Marcial que le suplicaba le prestara algún dinero con que emprender un trabajo cualquiera, se expresó en los siguientes términos:

—«No hay mérito ninguno en llegar á rico teniendo por base un capital por modesto que éste sea; lo notable es hacer fortuna sin poseer un ochavo.»

Palabras que en boca de un hombre laborioso explican lo que cuesta el trabajo, pero que en la del acreedor de nuestra verídica historia significan el acendrado egoísmo de la más refinada hipocresía.

Madre é hijo, perdida toda esperanza, recurrieron

á la antigua amistad de una cariñosa compañera y bajo sus repetidas ofertas se trasladaron á casa de esta señora, en la que vivieron largo tiempo implorando la caridad pública.

Esto, destrozaba el corazón del infortunado joven que en vida de su difunto padre había recibido una buena educación y como su herido pecho no le consintiera semejante medio (si medio puede llamarse) de existencia, determinó sentar plaza en un regimiento.

—«Hijo mío, por Dios, no acibares los últimos días de esta pobre vieja, que sin tí morirá desesperada. Oye el consejo que te voy á dar; tú eres el descendiente de un comerciante, pues es preciso que te ensayes en la profesión del que tanto hizo por nosotros.

Escucha bien, es mi última esperanza la que habla y sin tu resolución extrema, jamás hubiera desplegado los labios para aconsejarte lo que quizás el día de mañana no puedas cumplir.

Ya sabes que en el pueblo vecino vive el cambiante Samuel, íntimo amigo de tu padre, hasta ahora nada te he dicho de él, ¡es tan grato conservar una pequeña esperanza.....!

Vete á su establecimiento é invocando los seres más queridos de su corazón, su preciosa hija Celia, pídele corta cantidad á título de empréstito.»

Marcial corrió á casa del judío pero fué para oírle decir:

—«¿Ves ese ratón muerto detrás de la puerta? Pues un hombre afortunado haría suerte con él.

Y añadió; si yo te prestara alguna suma tendría que

esperar mucho tiempo para que me la reintegraras y quién sabe si te hallarías nunca en condiciones de pagármela, con lo que serías tú doblemente desgraciado y yo un poquitito más pobre.....

El joven, levantando la cabeza con altivez; — «sea, le respondió, yo me llevo ese ratón, es un capital que me prestais,» y extendiendo un recibo lo firmó y entregó al judío, que no cesaba de reirse de su propia ocurrencia.

Al salir de la tienda, Marcial, cambió su ratón por unas cuantas manzanas á una frutera que se lo dió á su gato.

Con las manzanas y un cántaro de agua se instaló en los bordes de la carretera, bajo la sombra de un árbol, ofreciendo cariñosamente su mercancía á los trabajadores que bajaban rendidos de cansancio de la montaña. Ellos, en cambio, le compensaban con pedazos de material, troncos y restos de madera suelta, que vendía después en el mercado.

El escaso dinero que esto le proporcionaba servíale para aumentar su mercancía, surtiendo á los operarios de agua, vino, pan y aguardiente.

Largo tiempo perseveró en este pequeño comercio hasta que provisto de un corto capital, creado á fuerza de economía, ocurriole en una ocasión emplearlo en comprar toda la madera que los obreros transportaban del bosque, repitiendo la operación durante varios días.

Repentinamente entró el mal tiempo y abundantes lluvias anegaron la comarca, el arrastre de materiales desde el bosque se hizo imposible, y aprovechando

Marcial esta circunstancia, vendió su depósito de madera á precio muy elevado. Con su importe compró una pequeña tienda de mercería, mas era tanta su laboriosidad y esmero, que de año en año iba aumentando el negocio y por consiguiente ensanchando el almacén.


A los diez años del comienzo de esta historia, poseía ya una respetable fortuna.

Entonces se acordó del judío Samuel y tuvo la oportuna idea de mandar hacer un ratón de oro macizo y regalárselo en calidad de reembolso por su préstamo.


El cambiante, hombre práctico, le ofreció en matrimonio su hija Celia, que aun permanecía soltera, y cuentan que llegaron al colmo de la felicidad con una serie de pequeños *roedores* humanos que la Providencia les deparó.

En la muestra del establecimiento se veía en señal de tributo al protector de aquella familia, el retrato de un ratón artísticamente dorado. En el almacén, nunca entró ningún gato, Marcial los aborrecía de muerte.

(1881)



VERDOR



Tenía hambre y mi bolsillo no contenía ni siquiera un perro chico; puedo asegurar que jamás *le ha contenido*, y sin embargo, fuerza era resolver el más arduo de los problemas, comer sin dinero. En ninguna parte y menos en Madrid acostumbran las aves á caer asadas en el gaznate de la pobre humanidad.

Estos manjares tan sabrosos y tan caros no se dejan coger en la plaza del Carmen más que bajo el prisma de algunas relucientes pesetas.

Tales ideas acibaraban mi apetito, y por si esto no fuera bastante, mi imaginación volando en alas de la debilidad estomacal, me traía á la memoria el recuerdo del querido país vasco, donde nací, y de toda mi dichosa familia sentada alrededor de ancha mesa, comiendo aquellos soberbios capones, saboreando el fresquísimo besugo, y rociadas de espumosa sidra tragando enteras las ansiadas sardinas.

Irritado por cuadro tan seductor y lejano, di un puntapié á cuanto hallé al alcance, derribándolo todo con estrépito, y me acerqué á la ventana.

Necesitaba respirar aire puro, mas ¡oh desgracia! justamente enfrente se abría de par en par el balcón de un hombre rico, á juzgar por el lujoso comedor que se presentaba delante de mis ojos.

Blanco mantel cubría la artística mesa que, rodeada de finísima vajilla, se veía en el centro de la habitación. Elegantes aparadores llenos de piras de platos y conteniendo en caprichosos juegos de plata y cristal variados postres y entremeses, me insultaban con su presencia. Una enorme langosta acompañada de dos abultados pavos en galantina y simétricamente colocados entre ramos de flores y botellas de exquisito néctar, causaban horrible y sorprendente impresión en mi fisonomía.

La burlona sonrisa del mozo de comedor que aguardaba con su servilleta al brazo la llegada de sus amos ¡felices mortales!! me exasperó.

Cerré con tal violencia la ventana, que rompí tres ó cuatro cristales y merced á la corriente establecida, abriose por si sola la puerta de mi habitación dando paso á ese delicioso olorillo que acusa en las cocinas vecinas una modesta pero apetitosa comida.

Esto ya era demasiado, mi situación se hacía insostenible.

—Salgamos! exclamé desesperado; Ramírez no me rehusará una chuleta, y si no está en casa, iré á la de Torrejón. Pero fueron ellos los que entraron en mi aposento.

—¡Oh queridos amigos míos, dadme un abrazo, la Providencia os envía!

—No es la Providencia, replicó tristemente Ramírez, es el hambre; carecemos de un céntimo partido por

medio y confiamos en tu amistad. ¿Podrías darnos de comer?

—Magnífico, yo mismo iba en este momento á vuestra casa á mendigar un mendrugo de pan.

Soy más pobre que una rata, y aun me reclamais alimento? A falta de mejor comestible tengo gana de roeros el cráneo.

—¿Qué va á ser de nosotros! suspiró Torrejón con acento lastimero.

—No tenemos más que un recurso contestó Ramírez y éste es el café Oriental, en el que gozo de algún crédito; pediremos un sopicaldo para los tres.

—Señores, repliqué yo, sois unos mandrias, no hay que amilanarse, cuando uno es pobre se necesita aguzar el ingenio, tener audacia y sangre fría; en esta misma mesa que veis delante y á fuer de Julián Arrabeitia que hemos de comer enseguida un plato excelente. No es un faisán, ni un pavo, lo que os propongo, sino el hermoso loro de mi portera; sé que no sois escrupulosos y que os sabrá admirablemente; voy pues á por él, esperadme un momento que al instante soy con vosotros, y salí disparado.

¡Dicha sin igual! A nadie encontré en la escalera, ni en el cuchitril de la señora Nicolasa; únicamente VERDOR se paseaba grave y majestuoso sobre su percha.

Me aproximé con cuidado y le acaricié la cabeza llamándole lorito precioso..... y á la descuidada asiéndole del cuello con mano nerviosa y casi estrangulado lo escondí en el bolsillo del gabán.

En tres saltos subí á mi cuarto y cerrando la puerta

con llave formamos detrás de ella una barricada. Mis dos compañeros tiraban cada cual de una pata de la víctima hasta que para poner término á aquella agonía introduje el filo de un cuchillo en el corazón de VERDOR. Saltó raudal de abundante sangre, el desdichado pájaro dió dos ó tres sacudidas seguidas de un ronco gemido, crispáronse sus plumas, abrió el pico y cerró los ojos; había muerto.

.

Cual tres furias nos precipitamos sobre su cadáver y en un periquete lo desplumamos dejando todo el suelo cuajado con el ropaje del animalito.

En la chimenea ardían algunos restos de virutas; alimentamos el fuego con astillas sacadas de una desvencijada silla y atravesado en el delgado bastón de hierro de Ramírez, á guisa de asador, colocamos el loro en la lumbre.

Al cabo de veinte minutos que nos parecieron veinte siglos, se creyó que VERDOR estaría suficientemente asado y nos sentamos á la mesa.

Apenas la punta de mi cuchillo había tocado la primera coyuntura del *perroquet*, cuando una fuerte voz gutural dejó oír repentinamente estas palabras: *¡Buen apetito.....! ¡Buen apetito.....!*

El muerto hablaba! VERDOR, acuchillado, desplumado y quemado, no era cadáver, ó lo que es más grave y extraordinario, ¡había *resucitado!*

Balaam no debió verse tan aturdido como nosotros, al observar que su burra le dirigía la palabra.

Torrejón se levantó de un brinco, todo demudado y á mí se me cayó el cuchillo de las manos.

— Si le escucháis, dijo Ramírez que parecía el más sereno, no cenaremos esta noche. La vela va á extinguirse, aprovechemos la poca luz que nos queda, y tomando el cuchillo de un tajo tronchó la cabeza del *perroquet*.

¡Buen apetito.....! ¡Buen apetito.....! volvió á repetir la voz misteriosa, y esta vez Ramírez palideció.

¿De dónde provenían palabras tan extrañas?

— Registremos muchachos, les dije; bajo la cama, tras de los muebles, en los armarios, en mi maleta, dentro de la chimenea; mas nada, absolutamente nada.

Abrimos la puerta con precaución, la escalera estaba desierta, miré por la ventana, en vano, no se percibía la menor sombra.

Entonces fuera de sí Torrejón y destilando rabia extrajo de un tirón la lengua de la cabecita del loro, y se la tragó.

¡Buen apetito.....! ¡Buen apetito.....! pronunció de nuevo el incógnito hablador.

La luz se había apagado y en nuestro terror, tomando apresuradamente los sombreros escapamos sin volver la vista atrás.

Un cuarto de hora más tarde nos hallábamos instalados en el café Oriental sorbiendo el sopicaldo. La noche transcurrió haciendo mil conjeturas acerca de nues-

tra aventura y sin poder explicarnos la maravillosa resurrección de VERDOR.

La conversación recayó, como era natural, sobre los egipcios y la metempsícosis y se hicieron numerosas citas de las obras de *Swedemborg* «*Maravillas del cielo y del infierno*», del «*Viaje al firmamento*» de *Tiecke*, y de la «*Trasmigración de las almas*» de *Tomás Milice*.

Cada cual desembuchó su correspondiente historieta-leyenda, recordando el espectro de Bruto, la visión del gran Turena y otras apariciones semejantes.

Ramírez en el colmo de la exaltación gritaba y gesticulaba desesperadamente y Torrejón nos interrumpía á cada instante para decirnos que la lengua del loro daba espantosos saltos en su estómago.

Teníamos convenido que á la salida del café volveríamos los tres reunidos á mi casa, á fin de verificar nuevas pesquisas; pero alguien, un *primo* seguramente, hubo de convidar á cenar á mis compañeros y éstos me abandonaron dejándome marchar solo.

Al pasar por la portería, apercibí á la señora Nicolsa anegada en llanto y calentándose en las brasas de un mal braserillo. Con una audacia sin ejemplo y que hubiese asombrado al criminal más empedernido, entré en su reducido camaranchón, interrogándola sobre el motivo de aquellas lágrimas.

—¡Ay, señorito Julián! me contestó con voz apenada, la fatalidad me persigue; en 1878 perdí mi pequeña fortuna; en 1879 mi marido, el infortunado Navajas, murió con viruela; al año siguiente vi espirar á *Pipi*, un

tordo que conocería Ud., y era el consuelo de mi viudez, y hoy, Dios mío, ¡qué gran desgracia.....! mi querido loro ha desaparecido.

—¿VERDOR?

—Sí señor, VERDOR que hablaba como Ud. y como yo, y al que tanto cariño profesaba por las circunstancias extraordinarias en que le encontré.

—Dice Ud. que extraordinarias, hable Ud. señora Nicolasa, hable Ud.

La viuda de Navajas no se hizo de rogar.

—Era el día de difuntos, comenzó su narración, y había resuelto comprar una corona fúnebre para colocarla sobre la tumba de mi inolvidable esposo.

Pagados siete reales por una que decía, «*Al mejor de los maridos*», y por el reverso, «*Eternamente tuya*», me encaminé á la Sacramental de San Ginés.

Allí, arrodillada junto á la fría losa del sepulcro oraba con todo fervor por el alma del que en vida fué modelo de maridos, cuando de pronto siento alrededor de mi cabeza extraño y fuerte zumbido.

Levanto la vista y me hallo con..... ¿con quién diréis?

—¿Con el señor Navajas?

—¡Bah! con un soberbio loro que sin llamarle viene suavemente á posarse sobre mis hombros, me picotea las manos y hace mil caricias, cual si me conociese de antiguo.

Sus ojos infundían lástima, tanta era la expresión humana que parecían tener.

Le abrigué con mi chal y lo traje á mi casa, bautizándole con el nombre de VERDOR, porque era el segun-

do apellido de mi esposo, y desde aquel momento jamás nos hemos separado.

Y bien, señor Arrabeitia, ¿necesitaré decirle que este pájaro guarda en su interior el alma de mi pobre Pepe? Así, pues, tengo la seguridad de que volverá.

Después de oír tan bizarras revelaciones subí lentamente la escalera de mi habitación y no fué sin cierta emoción que introduje la llave en la cerradura.

Encendí la vela que llevaba de repuesto. Lo que entonces presencié no se borrará jamás de mi imaginación.

VERDOR acuchillado, asado y triturado, VERDOR que tuvo la cabeza cortada de un tajo y la lengua arrancada de un golpe, se paseaba orgulloso encima de la chimenea.

Al verme, sus ojos se inyectaron, desplegó con furia sus alas y abriendo desmesuradamente el ancho pico me lanzó el terrible *¡Buen apetito.....! ¡Buen apetito.....!*

Faltó poco para que yo muriera de miedo; di un grito y caí medio desvanecido en una silla.

Me parecía que el tal bicharraco quería ahogarme con sus alas, que con sus garras me destrozaba el corazón y que con su pico me vaciaba los ojos.

En aquel supremo instante llamaron á la puerta.

—Entrad, contesté con voz desfallecida, y entró mi vecina del cuarto inmediato.

—Dispense Ud. caballero, me dijo, que venga á molestarle á tales horas, pero se me ha escapado mi loro y he creído sentirlo hace un momento en vuestra habitación.

—¡Ah! prosiguió, helo aquí, lorito ven, vamos lorito,

y el pájaro vino á colocarse mansamente en el dedo que su ama le alargaba.

El enigma por fin, se hallaba descubierto. Mi terror se disipó como el humo, pero el apetito había vuelto mucho más encarnizado que antes. Me senté, pues, á la mesa, y devoré á VERDOR hasta roerle los huesos y sin que esta vez le ocurriera á su cadáver hacer la menor observación sobre mis ganas.

A la mañana siguiente vinieron Ramírez y Torrejón.

—¿Y el loro? me preguntaron.

Les enseñé el esqueleto del animal.

—¿Comido?

—De los pies á la cabeza les contesté.

—Y..... ¿qué ha dicho?

—Que es preciso formalizarse, dejar de cometer más niñadas, no escamotear los lóros de las porterías y no creer en desaparecidos.

Y acto continuo les conté el desenlace de la tragedia, que á pesar de ser muy natural, no lo creyeron.

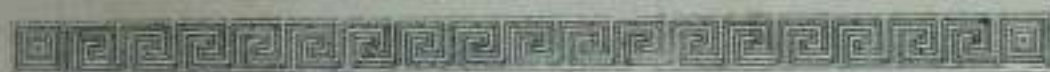
Suponíanme ventrílocuo y me acusaban de haberles asustado por este medio para comerme yo solo el *perroquet*.

La señora Nicolasa sigue persistiendo en sus ideas de metempsícosis.

Esta fiel esposa aguarda sin perder esperanza, la vuelta de su querido VERDOR, esto es, el alma de su marido.

¡Ya le mando paciencia!

(1881)



Puente-Funesto

(TRADICIÓN AMERICANA)

Ancho, caudaloso y profundo corre en territorio de Mato Grosso en el Brasil el río Galera, por otro nombre *Funesto*, llamado así por la multitud de pobres esclavos que al atravesarlo á nado, único medio posible, eran arrastrados á una muerte segura.

Millares de seres han sellado con su vida en aquellas apartadas regiones la falta de medios que usamos los civilizados para vencer la impetuosidad de las corrientes fluviales.

En el día, sin embargo, un soberbio puente de piedra tendido sobre ambas orillas, cerca del pueblecito de Aslay, atestigua haber pasado por allí la mano del hombre de ciencia.

La obra, que es de una arquitectura *sui generis*, merece alguna atención y fijándose con detenimiento se observa en ella la falta en el zócalo de una gran piedra que deja á la vista un profundo hueco cubierto de musgo y hiedra.

La tradición cuenta lo siguiente:

Una tarde de horrible angustia, por el terrible huracán existente y la necesidad de atravesar el río á nado, una vieja contemplaba con espanto como perecían sin auxilio multitud de hermanos y no encontrando medio de salvarlos «*Daría mi alma á Satanás,*» exclamó desesperada, si construyese un puente.

Irónica carcajada muy cerca de ella la respondió al mismo tiempo que un hombrecillo se la presentaba delante. Su talla era sumamente pequeña, llevaba el rostro oculto bajo un ancho sombrero y sus ojos del tamaño de un garbanzo, despedían, no obstante estar cubiertos, un brillo singular. Pies descalzos y enormes terminados en afiladas uñas y en la mano largo y nudoso garrote.

La vieja no pudo menos de espantarse á la vista de tan extraña aparición y como se hallase sola en aquel lugar, el sol ya ocultándose en occidente y reflejando todavía sus rayos sobre el cadáver del último ahogado que impelido por la corriente desaparecía en uno de los recodos del caudaloso río, quiso huir, pero sus piernas flaquearon y cayó de rodillas.

La noche entraba y el hombrecillo con la mirada fija en aquella mujer iluminaba el sitio de la escena con funesta claridad.

Me habeis llamado, dijo destempladamente al cabo de un rato.

—¿Y quién sois?

—Tu amigo el Diablo.

—¡Jesús! ¡Jesús!

—¿Quieres que me vaya?

—¡Vete, y que Dios me proteja!

—Me iré si lo deseas, pero este río seguirá tragándose más gente y tarde ó temprano tú misma has de perecer en él.

¡Mirad! exclamó señalando la corriente.

A la incierta luz del crepúsculo divisó la vieja un cuerpo humano que flotaba en la superficie pidiendo socorro con voz angustiosa.

La anciana se tapó la cara con las manos.

—¡Oh! murmuró dolorosamente.

—¡Ya no habrá puente! le gritó el diablo alejándose.

—Espera, espera, ¡por Dios!

—Por Satanás querrás decir, aquí estoy.

—Vas á hacer un puente en este río.

—Corriente, pero tu alma en pago.

—¿Mi alma?

—Tan sólo á esa condición.

—Bueno.... acepto.

—Pues bien, esta noche lo tendrás terminado.

—¿Antes que cante el gallo?

—Antes, convenido, respondió el diablo, que extendiendo su nudoso palo hacia el río desapareció.

La vieja permanecía estática sin darse cuenta de lo que había hecho, hasta que recobrada la razón y cual si hubiese recibido una sacudida eléctrica corrió desesperada por la llanura con el cabello erizado y gritando desaforadamente: *¡Me voy á condenar, mi alma es del infierno!*

No cesó de dar gritos hasta llegar á una casita soli-

taria rodeada de vistosos cocoteros y que dejaba salir por su única ventana los rayos de una débil luz.

Introdujose por el lado opuesto penetrando en un estrecho corredor que daba paso á una salita sencillamente amueblada.

Un anciano sacerdote oraba fervorosamente ante un modesto altar del crucificado.

—¡Señor cura! ¡señor cura! gritó la vieja interrumpiéndole.

—¿Quién es? preguntó el sacerdote levantándose sobrecogido por la extraña expresión de aquella voz.

—Yo, señor cura, que me voy á condenar!

—Sosiégate hija mía y habla con más calma.

—¡Señor cura, me voy á condenar!

—¿Y qué has hecho desdichada para ello?

—¡Me voy á condenar!

El cura creyó que se trataba de una loca y exclamó:

—¡Infeliz! si está trastornada.

—¡Oh, no señor, me he vendido al demonio!

—¿Qué dices?

—Que he hecho trato con el diablo.

—¿Pero cómo y para qué?

—Para que construya un puente en el río.

—¡¡Desgraciada!!

—No podía sufrir que tantos infelices se ahogaran sin remedio.....

—¿Y tu alma?

—Será del infierno dentro de poco.

—¡Condenada! dijo el buen cura haciendo la señal de la cruz.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué hacer?

—Pero dime, desventurada, te has entregado sin condiciones?

—No, señor cura, la condición es que debe concluir el puente antes que cante el gallo.

El sacerdote levantó sus manos al cielo y su rostro se iluminó. La pobre mujer nada comprendía.

—Ven, le dijo el cariñoso padre, y toma del gallinero el primer gallo que encuentres.

La vieja no se hizo repetir lo que se la mandaba, y volvió pronto con un gallo que, según la tradición, era de color mestizo.

—Atalo, prosiguió el buen cura, y tenlo despierto toda la noche; dale maíz y agua mientras yo rezo.

Se ejecutó todo puntualmente y el gallo se encontró alumbrado con muchas velas de sebo.

El ministro habíase revestido con su traje sacerdotal, y arrodillado oraba silenciosamente.

De este modo se pasó la media noche, y aun no empezaba á clarear cuando el gallo mestizo, que no había dormido y estaba engañado con la luz artificial, se sacudió ruidosamente, y aleteando con fuerza, cantó un *kikirriquí* más sonoro que el timbre de las campanas del inmediato pueblecillo de Aslay.

El sacerdote se levantó sin pérdida de tiempo, púsose el sobrepelliz y armado de un hisopo señaló á la mujer un frasco de agua bendita ó hízola seña de que le siguiese.

Corrieron sin descanso hasta el río y ¡oh prodigio! sus ojos contemplaron á las primeras claridades del día,

un majestuoso puente que se veía como una masa confusa.

El cura le santiguó con el hisopo, hizo la señal de la cruz y bendijo la obra.

Una gritería espantosa siguió á este acto. El diablo, con una legión de demonios había trabajado desde el obscurecer y al cantar aquel fatal gallo, sólo le quedaba para terminar el puente el cimborrio que estaba modelando.

Al apereibir al cura dió un silbido terrible y prolongado y todo su ejército se dispuso á demoler lo hecho; y ya se hallaban conmoviendo aquella mole cuando la bendición del padre los dejó impotentes.

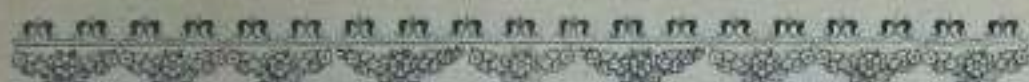
El diablo mayor sólo pudo derribar el cimborrio que acababa de ser colocado por sus manos y precipitándose en las ondas del río con todos sus secuaces abandonó vencido aquella obra maestra, por cuyo precio había exigido un alma cristiana, tan diestramente rescatada.

La piedra, cuya falta notan cuantos viajeros visitan el puente, es la misma que derribó Satanás en su cólera al verse chasqueado. En el día se enseña la marca de la furibunda patada que dió el rey del Averno para derribar el cimborrio.

Esto reza la tradición, y nosotros ni añadimos ni quitamos letra; sólo haremos observar al benévolo lector que vaciada en el molde de esta curiosa leyenda hemos leído un sin fin de ellas.

¿Cuál será la verdadera?

(1882)



El Aniversario

Teodoro se despedía de la vida de soltero con un banquete en Fornos al que asistían seis de sus más íntimos compañeros de aventuras.

La comida había sido alegre, salpicada de oportunos chistes y á las cinco de la mañana aun duraba la sobremesa.

Los convidados languidecían ya, hartos de comestibles y de *chúchara*, y el crepúsculo matutino hiriendo con su vaga luz aquellas fisonomías las daba ese aspecto que hemos convenido en llamar de crápula ó hastío de placeres.

—Ea, compañeros, exclama el anfitrión levantándose, observo que no bebeis más, lo que me prueba que teneis bastante, por lo tanto me permitireis que me retire.

Al anochecer pienso casarme y necesito dormir algunas horas para presentarme fresco y sereno en la ceremonia; con que señores que ustedes sigan disfrutando de la vida como hasta aquí que yo tendré en adelante obligaciones que me impidan frecuentar vuestro trato y estrechando la mano de cada uno desapareció del local.

Teodoro acababa de cumplir los treinta y tras de una juventud borrascosa cual la pasan la mayor parte de los jóvenes madrileños poseedores de gran fortuna quería descansar casándose *de verdad*, esto es, abandonando por completo la vida licenciosa que hasta entonces llevara y firmemente resuelto á hacer un marido modelo.

Con este motivo preparó el festín para enterrar en él su existencia pasada. Por eso había dicho á sus comensales al destapar el *champagne*: «*Esta es la última vez que de juerga me reúno con vosotros y como estoy dispuesto á cumplir mi juramento, bebamos y divertámonos hoy cuanto queráis*» y efectivamente los vapores espirituosos se posesionaron pronto de aquellos cerebros.

El novio cumplió su palabra; de casado dejó de frecuentar los centros y sociedades donde acudía de soltero y puso especial cuidado en procurar no encontrarse nunca con sus antiguos camaradas dedicándose exclusivamente á hacer las delicias de su hogar.

Por muchos medios que pusieron en juego sus amigos para rescatarle de su voluntario retraimiento y volverle á sus pasadas locuras fueron infructuosos y ni había correspondido á sus invitaciones ni contestado á las cartas que le dirigían reprochándole su conducta.

Un año llevaba disfrutando de esa felicidad dulce y tranquila de familia que parece aun mayor después de una vida agitada, cuando una tarde que atravesaba la Puerta del Sol, un individuo embozado hasta las narices

en su capa pasó á su lado dándole fuerte é intencionado pisotón.

Al apóstrofe que Teodoro no pudo reprimir volvióse el embozado diciéndole: «*Caballero me habeis insultado y me debeis una satisfacción; enviaré á Ud. hoy mismo mis padrinos*» y se deslizó por entre la multitud sin que el ex-calavera completamente sorprendido de este hecho tuviera tiempo de pedirle explicaciones.

«Es algún loco» pensaba mientras se dirigía á su casa, ó ha padecido alguna equivocación, porque yo no tengo enemigos y hace un año que no me dedico más que á la familia.

Reflexionando de esta suerte llegó al portal de su vivienda y al pasar por la portería el conserje le entregó una carta escrita con lápiz que con todo sigilo le habían encargado la diese en propias manos.

La misiva decía así:

«Si no es Ud. un cobarde supongo que acudirá mañana á las diez detrás de las tapias del Retiro, carretera de Aragón, donde concertaremos el lance, porque circunstancias especiales me obligan á prescindir de las formalidades que se usan en estos casos».

OCTAVIO CERDA.

—Está bien, con que parece que va realmente conmigo la provocación? Todo esto es muy original y extraño, porque vamos á ver, ¿quién es ese señor Cerda? ¿Y cómo ha averiguado las señas de mi domicilio antes de que yo llegara? Si será un bromazo!

Nunca había oído ni siquiera de referencia nombrar

al tal sujeto y se devanaba los sesos tratando de adivinar qué clase de ofensa habría podido cometer con un desconocido, pues el pisotón era un pretexto; más convencido de que se le buscaba para poner á prueba su valor y no queriendo pasar plaza de cobarde se dispuso á arrostrarlo todo.

Encerrose en su despacho para poner en orden sus asuntos y terminada la tarea escribió una tiernísima carta á su esposa implorando su perdón y recomendándola que se conservara para el tierno infante que llevaba en sus entrañas.

Al amanecer llamó á su ayuda de cámara y le hizo depositario de la carta con orden expresa de que no la entregase á la señora sino en el caso de que no hubiera vuelto para las cinco de la tarde.

Inmediatamente salió en busca de dos amigos que le sirviesen de padrinos y á su regreso logró convencer á su esposa de que con algunos compañeros iba á una improvisada gira campestre.

A las nueve en punto se presentaron los testigos provistos de sus correspondientes armas que traían ocultas en el fondo del *fiacre* y momentos después emprendieron la marcha juntos.

Llegados al punto de la cita y al bajar del carruaje se encontraron con tres hombres que venían á su encuentro.

—Serán mis adversarios, murmuró Teodoro.

—Estás loco, le contesta uno de sus padrinos, si son nuestros queridos Miguel, Pancho y Pepe.

—¡Cómo! exclama todo sorprendido Teodoro apro-

ximándose á ellos, vosotros aquí, venfais á presenciar mi desafío, sabiais.....?

—Tu duelo, pues claro.

—¿Y mi rival?

—Aquí le tienes.

—Dónde?

—Delante.

—Tú.... ¿Pepe qué broma es esta?

—No hay tal broma. La víspera de tu casamiento, precisamente hoy hace un año, juraste no volver á reunirme con nosotros en grupo. Apostaste quinientas pesetas á que nada en el mundo te haría desistir de tu juramento. Pues bien, todos los medios son lícitos, ya lo ves, acabas de perder y á fin de que nos pagues la deuda ahora mismo vamos á almorzar y cuenta con que el *champagne* ha de correr de largo.

De esta manera celebraremos el aniversario de tu juramento; y los seis jóvenes se dirigieron á Fornos.

Mientras comían escena bien distinta se desarrollaba en casa de Teodoro.

El criado impaciente y receloso de alguna desgracia había entregado la carta á su dueña antes de la hora convenida.

La pobre mujer loca, delirante y con el espanto en el rostro corría desolada por las habitaciones prorrumpiendo en lastimeros quejidos y despidió á sus criados en averiguación del paradero de su esposo.

Ella misma se lanzó á la calle recorriendo todo Madrid dando parte á las autoridades, á sus amigos, á todo el mundo, pero cansada de sus inútiles pesquisas

volvió á su hogar en el que nada se sabía aún de su marido. Imposible pintar la desesperación de aquella pobre mujer!

Por fin al anochecer un *simón* se para ante la puerta de la triste morada y bajan de él dos jóvenes arrastrando en sus brazos á otro tercero que no da señales de vida.

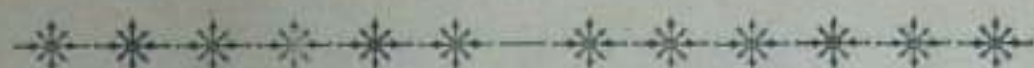
De un salto la mujer de Teodoro se lanza á la escalera al mismo tiempo que la fúnebre comitiva comienza su ascensión y al ver el desorden, las manchas de la ropa y el color cadavérico de su esposo grita:

—Sangre ¡Dios mío! ¿que es esto?

—Vino, señora, vino, le contesta uno de los acompañantes.

El desgraciado Teodoro estaba borracho como una cuba.

(1882)



Obrero y mártir

El *faubourg Saint Antoine* en París está lleno de millares de obreros que en sus reducidas habitaciones trabajan independientemente en un sin fin de artículos, con los que surten los grandes almacenes y lujosos establecimientos de la gran capital.

Esos lindos juguetitos encanto de niños y mayores, los caprichosos *bibelots* que lucen los escaparates, los diversos y ricos muebles, esos objetos de piel de rusia, de nácar, de marfil, y las bonitas imitaciones de china y el japon, se fabrican en los humildes aposentos de aquellas casas, santuarios del trabajo y en las que reunidas las expertas manos de tres ó cuatro compañeros de profesión y bajo la dirección del más hábil, confeccionan lo que á ellos ha de dar pan y al rico satisfacción y comodidad.

La presencia de la familia en sus tareas les hace redoblar su ahinco, pues ó el niño llora y recuerda al padre el triste porvenir de la tierna criatura sin su apoyo, ó la esposa y la hermana trabajando sin descanso en sus labores manifiestan al obrero el sacrificio de personas tan queridas.

Así viven estos honrados menestrales en tanto que la codicia ó especulación de sus consumidores no les haga desvariar conduciéndolos por las utopías del anarquismo camino de su perdición.

La efervescencia que en los actuales momentos levantan las ideas socialistas en Francia, da cierto aire de oportunidad al siguiente cuadro de costumbres que vamos á tener el gusto de ofrecer á los lectores.

Ante el espléndido almacén de objetos varios que el célebre Bronnié posee en uno de los bulevares más céntricos y en las vidrieras de cuyo establecimiento el lujo y el arte hermanados recrean la vista de los mortales con cuadros de reconocido mérito, lámparas soberbias de bronce, jarrones de finísima porcelana de Sevres, delicado cristal de *baccarat*, telas de brocado y de satén, muebles, tapices, alfombras, todo, en fin, menos lo que anuncia su rótulo «*Papeterie*», se para un pequeño carrito de mano arrastrado por un hombre fuerte y robusto, más ya entrado en años, á juzgar por su barba entrecana.

El obrero, puesto que de un obrero se trata, entra tímidamente en el almacén y se acerca gorra en mano al dueño de la tienda, que con ojos escudriñadores le pasa revista.

— Ah! con que eres tú mi buen José, le dice Bronnié con tono de protección, ¿qué es lo que me traes hoy?

— Señor, un mueblecito en el que he empleado varios meses trabajando desde el alba á la media noche, y he puesto todo mi esmero y arte con el objeto de que su valor me proporcione pan para mi mujer y mis hijos,

que no ignorará viven en la mayor miseria. Y diciendo esto se dirige al carrito, carga sobre sus espaldas el mueble indicado y vuelve á entrar en la tienda con aquella artística preciosidad, que tal podía considerarse el magnífico *bahut*, estilo Luis XIII, todo de ébano puro, con ricas incrustaciones de marfil, los ángulos chapados de preciosos dibujos en bronce, y cuyo conjunto, idea y proporciones formaban una completa obra maestra.

—Phs, exclama Bronnió al verlo, y ¿qué queréis que yo haga con esto? Os he repetido mil veces que sois demasiado artista y que eso os perjudica mucho.

Convengo en que este mueble es de una perfección admirable, muy bonito, sí señor, y de mucho mérito, pero en el día son contados los inteligentes y tardaré bastante en venderlo.

Sin embargo, no quiero que hayáis hecho el viaje inútilmente; os ofrezco por vuestra obra ochocientos francos.

—Por Dios caballero, le replica el obrero temblando de rabia y dolor, para que me paguéis justo el precio de mi trabajo sin que intente ganar un céntimo, sería preciso que me dierais dos mil.

—Ea, ea, basta de niñadas.

Si quereis pasad á la caja y el cajero os contará en el acto mil francos, de lo contrario no volveremos á entendernos en adelante en nuestros asuntos y tampoco os encargaré nada para mi establecimiento.

José, aunque loco de desesperación apremiado por la necesidad, se conformó.

En aquel instante entra en el almacén el marqués de Lacoupet, personaje muy en moda y veinte veces millonario.

Los dependientes se precipitan á su encuentro con mil cortesías y le ofrecen cada uno una silla y hasta los objetos de venta, todos, parecen estremecerse en sus puestos y querer colmarle de atenciones.

El avanza indiferente por entre la multitud de riquezas que estorban su paso y se dirige en derechura hacia el notabilísimo mueble fabricado por el desdichado José.

—He aquí dice á Bronnié un verdadero objeto de arte. Envíemelo Ud. á casa enseguida.

—Debo advertir al señor marqués que no puedo dejárselo en menos de cuatro mil francos.

El noble por toda contestación saca de su cartera cuatro billetes de á mil francos y entregándoselos al cajero sale de la tienda murmurando, «un mueble como éste no tiene precio».

El obrero se había ocultado durante esta escena detrás de un montón de género, pero al pasar el marqués sus miradas se cruzaron.

Aquel potentado, algo inteligente, iba quizás á adivinar en José al autor de aquella obra, mas la voz del comerciante interrumpió el examen y el gran señor se marchó sin haber descubierto bajo la capa del modesto menestral al inspirado artista.

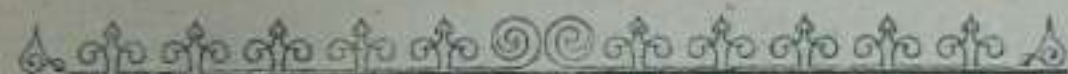
Desaparecido el marqués, el obrero, en un esfuerzo supremo de desesperación, dirigió á Bronnié la última súplica.

—Caballero, le dijo, enteramente pálido por la emoción, puesto que habéis hecho tan excelente negocio con mi mueble, completarme los dos mil francos que os he pedido y que os lo aseguro me son de absoluta necesidad.

—¿Insistís en no ser razonable? ¿Cuándo os convenceréis de que el trato es trato?

Entonces pasó rápida por los ojos del pobre hombre una de esas fulminantes miradas de exterminio que acusan la intención de reducir á polvo al universo entero y un segundo después corría por su tostada mejilla, quemándola como plomo derretido, una lágrima; lágrima que hubiera enternecido á los ángeles malos, pero que no hizo mella en el corazón del feroz comerciante, pues entendía que el comercio es cosa seria y que no se pagan cuarenta mil francos de alquiler en los bulevares, para dejarse ablandar por las lágrimas de un obrero.

(1882)



La pipa reveladora

Los suministros al ejército en tiempo de la última guerra civil hicieron diez veces millonario al ventrudo de don Pantaleón Cobeña, y los dones de la fortuna, muy bella á Isabelita, cara mitad del antiguo contratista.

Como el dinero no es la felicidad ni lógico el casarse un hombre de cincuenta años y por añadidura feo, con una muchacha de dieciocho y bonita, sucedió lo que en la generalidad de estos casos sucede, que Isabelita se enamoró perdidamente del primer tenorio que la asedió y tuvo por consiguiente su respectivo amante.

Cobeña vivía confiado, ciego, no pensando más que en los placeres de la mesa y en las afortunadas jugadas de Bolsa que le proporcionaban sus numerosos valores, y por tanto los dos amantes libres de pasar su tiempo arrullándose, dedicados exclusivamente á su arrebatadora pasión.

Mas llega un día en que al rudo de don Pantaleón le ocurre (probablemente algún negocio) comprar en un puertecito de la costa cantábrica un precioso chalet de recreo con extensas propiedades de labor y á la aproxi-

mación del estío dispone el viaje con su señora para la nueva adquisición.

Tal medida desespera á los amantes, porque Ricardo, empleado en una casa de banca no puede ausentarse de Madrid ni se atreve á comunicarse por carta con su amada, temeroso de que se descubran sus criminales amores, pues que el esposo tiene la costumbre, efecto de sus muchos y complicados negocios, de recoger él mismo su correspondencia y abrir indistintamente toda clase de misivas que caigan en su mano, sean para quien sean.

En un poblacho, casi una aldea y sin ningún género de relaciones, no había que pensar en otros medios.

Pero la necesidad aguza el ingenio y nuestros enamorados hallaron, antes de separarse, forma originalísima de ponerse en inteligencia.

El rico ex-contratista acostumbraba á leer diariamente *El Imparcial*, y al marcharse de veraneo recomendó eficazmente á su portero se lo remitiese á diario con entera puntualidad al lugar de su nueva residencia.

Ricardo sobornando al portero consiguió encargarse del envío.

Todos los días antes de depositar el periódico en el buzón, escribía en sus márgenes con tinta simpática trozos y frases apasionadas. Cobeña leía la parte impresa con gran detenimiento y luego, como su señora le previniera que coleccionaba el folletín, le entregaba el diario con toda religiosidad.

Isabelita se encerraba en su cuarto y aproximando la publicación á la luz de una bujía veía surgir, al calor,

en un momento, las arrebatadoras palabras de su querido Ricardo.

De esta manera pasaban ambos esposos agradablemente la temporada estival; él engordando como un toro merced á su vida metódica, y ella con el lenitivo de las nuevas de su amante y la esperanza de volver pronto á Madrid.

Mas las saludables brisas de la playa gustaban extraordinariamente á don Pantaleón y decidió prolongar un mes la estancia en aquel delicioso edén.

Una mañana después de almorzar, y según costumbre, leía muellemente reclinado en cómoda mecedora su favorito *Imparcial*, llegado momentos antes, y según costumbre también, fumaba en su inseparable pipa.

Terminada ésta la coloca distraídamente sobre una de las márgenes del periódico y como aun conservaba el calor, á su contacto, comienzan á aparecer imprevistas letras.

El pobre marido todo asombrado continúa paseando la pipa por los bordes de *El Imparcial* y á los pocos instantes averigua toda la extensión de su desgracia; acusación debida á la traición de la tinta simpática.

Felizmente para Cobeña á pesar de los cien mil ejemplares que tira *El Imparcial* solamente en aquel número aparecía patente su desdicha, por lo que no se hizo pública. Pero esto no le privó de un ataque cerebral que le estuvo amenazando con la tumba durante algunos días.

Por fortuna se libró esta vez de dar con los huesos en la fosa, y ya repuesto algún tanto se dedicó en ade-

lante á vigilar más á su infiel esposa, á la que pudo atar corto, y menos á la bucólica y sus especulaciones financieras.

Como las enfermedades de la cabeza siempre dejan rastro, don Pantaleón cayó en la manía de que todos los papeles en blanco y márgenes de impresos revelaban secretos aplicándoles la luz artificial, y quemaba y quemaba por arrobas papel, dándose también con ahinco á la imaginaria lectura hasta de pedazos de papel de es-
traza.

(1883)



Odio, Pereza y Embriaguez

Antiguos tiempos, en los que la vida se deslizaba de manera bien distinta á la de nuestros días, había en Villaviciosa un joven llamado Sergio, muy inteligente, rico y atrevido, pero incapaz por sí solo de refrenar sus menores deseos.

Antojadizo en extremo, pasaba por todo con tal de lograr su objeto, y ni le arredraban las disputas ni ocasionaban escarmiento las mil palizas que recibía, y sus pasiones se parecían á ese viento huracanado que, á través de ríos, valles y montes, destroza cuanto encuentra á su paso.

Cansado de vida tan azarosa, concibió el proyecto de hacer un largo viaje con la esperanza de hallar á su término la felicidad soñada. Lió un petate con las mejores ropas que tenía, encerró unos patacones en su cinturón de cuero y púsose en camino sin rumbo conocido.

A los tres ó cuatro días de marcha se detiene á la entrada de un inmenso bosque que parecía extenderse hasta el horizonte.

Tres viajeras estaban paradas en su lindero y como disponiéndose para internarse.

La primera era una mujer gruesa, robusta y de aire altanero, y llevaba en la mano una ballesta. La segunda jovencita muy guapa, de aspecto tímido y que viajaba medio adormecida dentro de un carro tirado por cuatro bueyes, y la tercera una anciana cubierta de harapos y de fisonomía hosca y esquiva.

Sergio las saludó cortesmente preguntándolas si conocían el bosque y al signo afirmativo que hicieron, se atrevió á pedirles permiso para acompañarlas á fin de no extraviarse.

Todas asintieron gustosas y comenzaron á caminar seguidas del joven.

Pronto se apercibió éste de que sus compañeras tenían cierto don sobrenatural que el Señor se digna conceder á contadas criaturas; pero sin inquietarse por ello, continuó en su amena y larga conversación.

Hacia ya algunas horas que seguían el estrecho sendero trazado en la maleza, cuando el ruido de las pisadas de un caballo les obliga á volver la cabeza.

Sergio reconoció en el jinete á un opulento paisano de Villaviciosa, rival suyo, y al que aborrecía desde la infancia.

El jinete alcanza al peatón, le lanza una mirada de desprecio y pasa de largo.

Este último tórnase lívido, extiende los puños con ademán amenazador y exclama en voz alta:

—Por vida de Dios, que daría cuanto tengo y la mayor parte de lo que un día he de heredar,

por vengarme del orgullo y mala voluntad de ese hombre.

—Eso puedo conseguírtelo yo, le contesta la dama de la ballesta. ¿Quieres que le convierta en un mendigo desarrapado, cojo y viejo? Pues no tienes más que pagarme el precio de la transformación.

—¿Y cuál es el precio?

—Tu ojo derecho.

—¡Caramba.....! mucho es; y después de haber reflexionado..... lo daré contento si efectivamente soy vengado.

Apenas terminadas estas palabras, el cambio se operó en el rico vecino de Villaviciosa, é instantáneamente se sintió Sergio tuerto. Sorprendido al principio, consolose pronto de la pérdida de órgano tan importante, considerando que le quedaba aún el otro ojo para ver con satisfacción la miseria de su enemigo.

Olvidado este acontecimiento continuaron su camino andando hora tras hora y sin que por mucho que apretaran el paso distinguieran nunca el fin del dilatadísimo bosque.

El sendero se ofrecía cada vez más penoso y difícil y Sergio que comenzaba á cansarse muy de veras, dirigía furtivas y envidiosas miradas al carrito en el que muellemente reclinada se dejaba llevar su dueña. Tan bien construído parecía y de movimiento tan suave y uniforme que apenas si la desigualdad del terreno le producía ligero balanceo.

—Los viajes en ese especialísimo vehículo deben ser cómodos paseos, dijo nuestro caminante, aproximán-

dose á la joven que iba dentro, y desearía mucho poseer otro igual.

—Si no es más que eso, le respondió la linda viajera, voy á proporcionároslo y golpeando con su diminuto pie el fondo del carrito se abrió éste y dió salida á otro exactamente idéntico, arrastrado también por dos parejas de bueyes negros.

Vuelto el hombre de su estupor, se preparaba á subir en el nuevo cochecito, mas la autora del milagro le detuvo con significativo gesto.

—Poco á poco, caballerito; he cumplido vuestros deseos y no quiero hacer trato más desventajoso que el de mi hermana. A ella le habéis dado un ojo, yo os exijo un brazo.

El pobre Sergio se alarmó; pero como la caminata le rendía y el ansiado carrito tentador aparecía ante sus ojos, su único ojo debemos decir, lleno de encanto y comodidades, tras de una corta excitación, aceptó el convenio y pudo sentarse, aunque privado de su brazo derecho.

La marcha se prolongaba, al bosque sucedían nuevos bosques, y al cabo de cierto tiempo hubieron de convenirse de que no sabían como salir de aquel laberinto.

La sed y el hambre atormentaban sin descanso al desdichado mozo, y la anciana que le seguía detrás, se apercibió de ello enseguida.

—¿Qué os pasa que váis tan triste? le dijo; con el estómago vacío nada me extraña vuestra desanimación, pero yo tengo un remedio muy eficaz contra la necesidad y el abatimiento.

—Aplicádmelo por favor.

—¿Veis este frasco que constantemente llevo á mis labios? Pues contiene el néctar que causa alegría y el olvido de penas y sufrimientos; quien quiera que beba de él se encontrará repentinamente feliz y contento.

Os prometo que no abusaré de la situación en que os han colocado mis hermanas, porque no pido en cambio más que la mitad de vuestro cerebro.

Pero esta vez Sergio, sacando fuerzas de flaqueza, rehusó con energía y era que empezaba á asustarse de las consecuencias de sus tratos sucesivos; mas la astuta vieja, muy ducha sin duda en el oficio de engañar las gentes, consiguió darle á probar del famoso licor y tanto le gustó, que una vez con el frasco en la boca, repitió los sorbos hasta dar fin con el contenido.

El efecto indicado no se hizo esperar. Recuperó por completo las fuerzas, sintió un dulce bienestar por todo su cuerpo y entusiasmado, se puso á cantar á voz en grito su escogido repertorio de canciones obscenas, quedando después dormido en el fondo de su carro sin preocuparse de lo que pudiera sucederle.

Al despertarse, las tres viajeras habían desaparecido ya de aquel sitio, y Sergio se halló solo y tendido como un fardo junto á las puertas de un villorrio.

Intentó levantarse, pero el lado derecho del cuerpo lo tenía paralizado; quiso ver, y su único ojo le presentaba sombras veladas; trató de hablar, mas su lengua entorpecida no articulaba sino palabras entrecortadas y sonidos inarmónicos y para colmo de desdichas no le fué dado coordinar las ideas.

En tal situación de idiotismo, no pudo llegar á comprender la importancia de los sacrificios realizados.

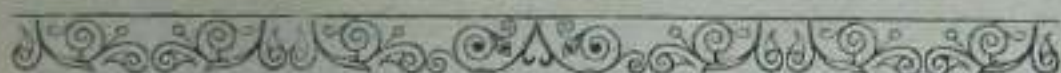
Las compañeras que su mala estrella ó la Providencia le habían enviado, acababan de borrarle de la lista de los hombres.

Manco, tuerto, é idiota, no le quedaba más recurso que implorar la caridad pública.

¿Adivinará el lector la moraleja de este sencillo cuento cortado por el patrón de los que usan las niñeras para hacer dormir á sus bebés?

La mujer de la ballesta representa el *Odio*, la joven acostada en el carro la *Perexa*, y la anciana del frasco la *Embriaguez*.

(1883)



Asamblea de los elementos

(APÓLOGO)

Los elementos se congregaron un día para discutir y examinar cuál de ellos presentaba mejores títulos á la consideración de la humanidad.

El lugar de la conferencia era un lindo valle encerrado en un círculo de pintorescas montañas y recorrido por un caudaloso riachuelo que serpenteando iba á perderse en lontananza.

Abierta la sesión, el *Aire* tomó la palabra é hizo valer sus derechos en la siguiente arenga:

—«Compañeros, dijo con voz sonora, me creo suficientemente autorizado, por mis ocupaciones, que no me permiten descanso, para hablar el primero en esta noble asamblea y voy á procurar ser lo más breve posible en la defensa de mi causa.

«Es incontestable que si alguien pretende obtener el homenaje del hombre, sea un servidor vuestro, porque no solamente le soy necesario, sino indispensable para

su existencia. Sin mí no podría respirar y el día en que cansado de sus muchas ingratitudes adoptase el partido de abandonarle, moriría instantáneamente víctima de mi deserción.

«Y no es este el único servicio que me es dado prestarle; todos los bienes que disfruta sobre la tierra me los debe. Sin mí el mundo vegetal no subsistiría, las plantas perderían su color, las flores su brillo y perfume, los animales participarían de la suerte del resto de la creación y la tierra se convertiría en un horrible desierto.

«Si pues, tan impréscindible me considero á la conservación del hombre y los bienes terrestres de que goza, ¿qué obligaciones le corresponderán para conmigo y qué honores deberá rendirme á cambio de los innumerables beneficios que le proporciono?»

Calló el *Aire* y un murmullo de aprobación resonó por todos los ámbitos del valle, mientras que su hijo mayor el *Viento* hacía en alta voz el elogio de su padre.

Cuando se hubo restablecido el silencio, otro personaje no menos invisible que el primero, pero cuya presencia se dejaba sentir, adelantose á su vez; era el *Calor*, hijo del *Fuego*.

—«Por mi parte, comenzó, me tengo por tan necesario á la humanidad como el compañero que tan elocuentemente acaba de precederme en el uso de la palabra. Suprimidme, y el resultado de mi ausencia será la terrible desolación que con tan vivos colores os han pintado hace un momento.

«El riachuelo que véis correr ahí á vuestros pies se

convertiría en una masa de hielo inmóvil é impenetrable; la inmensidad del Océano se helaría hasta en lo más profundo y todos sus habitantes perecerían en aquella enorme tumba de cristal.

«Las flores, los árboles, los animales y el mismo hombre tan fiero de su superioridad, sufrirían inmediatamente las mortales consecuencias de mi desaparición, y el mundo entero no sería más que una masa inerte expuesta á los rigores de un perpetuo invierno.

«Quien quiera ver la alegre primavera, desterrando los días sombríos, sembrar el campo de exuberante vegetación, cubrir los bosques de profunda sombra y llenar de corriente y cristalina agua el cauce de los helados arroyuelos; quien disfrute contemplando la madurez de las verdes mieses y admire los variados tonos de las hojas del otoño, oye estático el canto del rudo labrador y sabe que las espigas cargadas de grano se amontonan en los graneros del pobre campesino, mientras que en la tierra los frutos desgajan con su peso las ramas de los árboles, á la vista de tanta felicidad ¿me negará la participación que en ella he tenido y dejará de reconocer mis condiciones para ser el preferido?»

El *Calor* cesó de hablar y muestras del mayor asentimiento salieron de todos los rincones de la asamblea.

Aun no había terminado el entusiasmo producido, cuando un nuevo elemento, el *Agua*, se presenta y dice:

—«Mi estimado colega el *Calor* se ha apresurado á indicar el estado de inmovilidad é inutilidad á que me vería forzado sin su cooperación; ha tratado también de

demostrar hasta que punto todos los seres, incluso el hombre, dependen de su existencia y su poder.

«En lo que á mí concierne me ocurre preguntar á mi honorable compañero si no me debe tanto como yo á él.

«Convengo en que sin su ayuda no serviría para nada, pero y él sin mi apoyo ¿que resultaría? Un agente perjudicial é intolerable. Habrá muchísimos en esta reunión que recuerden alguno de esos veranos abrasadores durante los que mi colega ejerció de lleno su influencia y yo permanecí oculto. ¿Qué sucedió? Que la tierra quedó seca y árida, todas las plantas perecieron y el hombre hubiera sufrido la misma suerte sin mi oportuno auxilio, pues compadecido, acudí en forma de lluvia á salvarlo.

«¿Queréis saber señores el estado en que se hallaría la humanidad si se la privara del agua?

«No me parece necesario, bien os lo supondréis; sin embargo, recordad al náufrago en mitad del Océano sin límites, refugiado en una isla desierta, ahogándose bajo la perniciosa influencia de mi colega y suspirando en vano una gota de agua dulce para refrescar sus secas fauces; al viajero perdido entre las abrasadoras arenas del desierto africano, luchando en horrible agonía porque yo no estoy á su lado para apagar la sed que le devora; no le faltan los dos elementos que acaban de hablar, mas sufre y muere á causa de mi ausencia, mientras que la presencia de los dos compañeros citados aumenta sus sufrimientos.

«Convinceos, pues, de que nadie tiene mayores títu-

los á la consideración del hombre y la naturaleza que yo, y espero que me demostréis con vuestros sufragios la gratitud debida á tal número de beneficios.»

La voz del *Agua* se extinguió en dulce murmullo ínterin los concurrentes aplaudían su discurso.


La *Luz*, que no había desperdiciado ninguna de las palabras ni razones alegadas por sus colegas y manifestaba deseos de aclarar algún punto del debate, se levantó y expresó así:

—«Pudiera á mi vez á semejanza de los oradores que me han antecedido, elogiar cuantas utilidades he proporcionado á la humanidad y describir con *oscuros* colores la catástrofe que en el mundo ocasionaría mi desaparición; pero no lo haré por la sencilla razón de que no somos nosotros, oídlo bien, señores elementos, los que nos hemos creado ni dirigimos nuestra voluntad y que por consiguiente todos los beneficios alardeados de los que no somos más que meros instrumentos, provienen de la infinita misericordia de nuestro Señor y maestro, el creador de todas las cosas.

«A Él solo debemos, tanto el hombre como nosotros, rendirle homenaje y adoración!»

Enmudeció la *Luz* ningún otro congregado quiso continuar hablando y la asamblea se disolvió en medio del mayor silencio.

(1883)



El saco del Padre Eterno

PEQUEÑA LEYENDA VASCONGADA

Es indudable que el país vasco es el niño mimado de la Providencia.

Si le comparamos con la mayor parte de las regiones hermanas de la Península, este privilegio salta á la vista.

Hay comarcas tan desdichadas, que las calamidades parecen haber tomado en ellas carta de naturaleza.

No basta que un día se abra la tierra y sepulte en su seno miles de seres, es preciso que el agua á su vez inunde terrenos en extensión considerable y que una horrible epidemia diezme á sus habitantes.

Terremotos, inundaciones y cólera seguidos de hambre, miseria é inseguridad personal; este es el nefando cuadro que acaba de presentar gran parte de España.

Y mientras, nuestro tranquilo rincón goza de un patriarcal bienestar, y si el cólera hace una momentánea aparición en algunos de sus pueblos, debido al desarrollo que se le ha dejado adquirir en el resto de la Península, es para ahuyentarlo enseguida.

Con todo lo que, diríase que esta tierra está puesta bajo la protección divina.

Tal preferencia tiene su explicación respecto de la topografía y buena suerte de sus habitantes, y no había de faltarnos la correspondiente leyenda que nos lo explicase.

«Hallábase el Señor preocupado con la idea de perfeccionar la obra terrestre que acababa de brotar de su divina voluntad, y con el objeto de variar en parte la fisonomía de ella, dióse un día en caminar por la tierra cargado con un gran saco, del que iba extrayendo y sembrando á capricho á derecha é izquierda *montañas, rocas, riscos, meselas, picos y colinas*.

Tras larga y penosa marcha llegó el Padre Eterno á la cima del monte *Aitzgorri*, y en el instante en que trataba de sentarse para descansar un rato de su ruda faena, se rompió el saco, y todo su contenido, desparramándose por el suelo fué á cubrir la extensión que abarca el país vascongado, de lindos valles, preciosas alturas, soberbia vegetación y grandiosos panoramas.

—Puesto que la suerte, dijo el Señor, ha dispuesto que éste sea el punto que reciba los dones que yo reservaba en el fondo del saco, bendigo á tan afortunada tierra y le deseo todo género de prosperidades.»

(1885)

Cambio de sexo

Un marido como hay muchos, querellante y pendenciero, y que no encontraba nunca á gusto las faenas domésticas á las que se dedicaba su hacendosa compañera, la repetía constantemente con muy malos modos que diez mujeres juntas no eran capaces de hacer el trabajo diario de un solo hombre.

Cansada la pobre mujer de oír tanto disparate y de tanta acusación infundada, propuso á *su hombre* cambiaran de obligación, y que mientras ella en adelante se encargaría de labrar la tierra, él por su parte se ocupase del cuidado de la casa.

Hizo muchísima gracia al marido esta proposición, y creyendo que iba á poner á prueba la inutilidad de su mujer y patente en cambio su habilidad para todo, la aceptó con gusto, y decidieron llevarla á la práctica desde el día siguiente.

Según lo convenido, la mujer se levantó al rayar la aurora, y con la azada al hombro se dirigió á la heredad, á cavar.

El marido comenzó á encender lumbre en la cocina

para preparar el almuerzo, pero con tan poca maña, que á pesar de haber agotado el aire de sus pulmones durante más de media hora, la leña no ardía, pero sí ardió su chaqueta. Por fin colocó el caldero de leche en el fuego, y después de derramar con su torpeza más de la mitad del contenido, logró que se cociera el resto, con su correspondiente sabor á quemado.

Muy molesto por este primer contratiempo bajó á la cuadra á sacar de la barrica una jarra de sidra, y cuando más ocupado se hallaba en la operación, siente que el cerdo se está paseando por la cocina y temeroso de un desastre echa á correr y olvida en su apuro cerrar el grifo de la barrica.

El cerdo se había dado ya un atracón de tortas de maíz, preparadas para la comida, volcado el puchero, roto un banco y aun se refocilaba revolcándose por el suelo.

Exasperado nuestro hombre, coge una estaca y persigue á palos al animal por toda la casa hasta que huyendo éste de la persecución, se arroja por un hueco de la escalera y se hace, como vulgarmente se dice, *tortilla*.

Recuerda entonces el desventurado esposo, por un ruido sospechoso como de lluvia que llega á sus oídos, que dejó abierta la espita de la cuba, y saltando de cuatro en cuatro los escalones, baja á la cuadra, y encuentra la mayor parte del líquido de la barrica inundando el suelo y formando un mar amarillo en el que se ven naufragar unas cuantas docenas de huevos que estaban á punto de dar vida á otras tantas de polluelos. La clueca cacareando y refugiada sobre la cuba.

Completamente desorientado vuelve á la cocina á preparar unas sopas de ajo para el mediodía, pues es muy tarde para que se cueza la habichuela, y empieza á cortar el pan; mas es tal su excitación nerviosa, que lo que se corta es un dedo.

Esta nueva y dolorosa contrariedad le desespera en tales términos, que decide abandonarlo todo, y dándose por vencido, salir al campo á llamar á su mujer; pero en el camino, el mugido de las vacas y el fuerte rebuzno del asno le detienen y recuerda que los pobres animales están en ayunas desde la víspera.

Entra á darles su ración, y entretanto distraído, coloca su pipa encendida encima de un montón de hierba seca que comienza á arder rápidamente. Sale asustado pidiendo socorro, y á los gritos acude un boyero que casualmente pasaba por allí con su carro, y entre los dos logran dominar aquel incendio, no sin haber causado bastantes destrozos, y entre estos la barrica de sidra, los restos de cuyo contenido sirvieron para apagar la hierba incendiada.

Tanto trabajo y tan malos ratos requerían algún descanso, y los oportunos servicios del boyero alguna recompensa, por lo que el desacertado marido creyó deber convidar á su amigo á un *traguito* en la primera taberna que encontrasen.

Cansada la mujer de cavar y calculando por la altura del sol y las flaquezas de su estómago que habrían dado ya las doce y que sin embargo su marido no la llamaba para comer, perdió la paciencia y se encaminó hacia la casa, sospechando fundadamente en algún con-

tratiempo acaecido á su esposo; y efectivamente, apenas traspuesto el umbral de la vivienda, se encontró con el cuadro que conocemos. Mas no hallando á su hombre por ningún lado y temerosa de una desgracia se alarmó, pero bien pronto conociendo sus aficiones dió con la *pista* y se dirigió apresuradamente á la taberna, en la que vió á su marido en unión del compañero, tumbados bajo una mesa, roncando.

La experiencia fué un poco dura, sin comida, con la chaqueta quemada, un cerdo inutilizado, una barrica de sidra exhausta, los desperfectos consiguientes á todo incendio, una herida, y una solemnísimá borrachera, eran motivos fundados de escarmiento y convencieron al sempiterno gruñón de sus escasas facultades para el manejo de la casa, y de sus injustas quejas, y eso que aun no tenían *nene*, con lo que las sucesivas desgracias de aquella mañana hubieran sido mayores.

Sirva esto de lección á tanto y tanto marido que no ve en su mujer más que un burro de carga.

(1886)

Un pueblo extraño

(FÁBULA)

Después de haber corrido largamente el mundo cierto viajero de distinción, regresó á su país, y como es natural, todos sus amigos se apresuraron á darle la bienvenida y á suplicarle les contara algo de lo mucho que había visto.

—¡Cuánto nos alegramos de tu vuelta! ¿Cómo te ha ido? ¡Ya nos referirás despacio tus aventuras! Y el pobre viajero se veía asediado de preguntas y en el caso de tener que narrar varias veces algunos de los pasajes más interesantes de su excursión á través del mundo.

Una tarde en la que la concurrencia era mayor y más escogida que de ordinario—Oídmе, les dijo, voy á contaros una rareza.

—Ya sabéis ó por lo menos lo presumís, la enorme distancia que media de aquí á la isla de la *Virtud*; pues bien, á muchísimos miles de leguas de esta isla me encontré con un pueblo extraño, cuyos habitantes, más extraños todavía, sólo se componían de hombres.

Permanecían sentados casi toda la noche alrededor de una mesa, apretados los unos contra los otros. Creeré que no pensaban en Dios ni en el diablo; la mesa no estaba servida, no se veían en ella refrescos, ni objetos de escribir, ni nada que denotara trabajo ó recreo; hubiera caído un rayo entre ellos, se hubiese prendido fuego á la casa ó sentido la trepidación de un terremoto, sin que mis hombres se apercibieran de ello.

Parecían sordos-mudos, y únicamente de tiempo en tiempo se escapaban de sus labios palabras entrecortadas que resultaban juramentos ó imprecaciones.

No levantaban la vista ni se distraían un minuto.

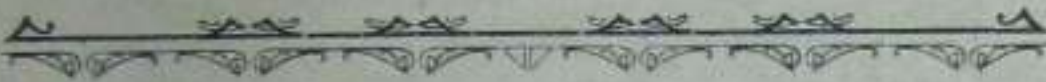
Nunca olvidaré, amigos míos, la horrible expresión de aquellas fisonomías.

Desesperación, rabia, inquietud, alegría mal comprimida, gozo, y otras manifestaciones, se pintaban á intervalos en sus pálidos rostros.


—¿Pues qué es lo que hacían? preguntaron á una todos los presentes. ¿Se ocupaban por ventura de política?—No.—¿Buscaban la piedra filosofal?—Tampoco.—¿Acaso la cuadratura del círculo?—Mucho menos.

—¿Puesto que no hablaban, ni comprendían, ni entendían, ni oían, ni sentían, ni veían, qué es pues lo que hacían?—Jugar.

(1886)



La consulta



Juan José, colono de no mayores alcances intelectuales que los que logra la rutina campestre, había oído hablar con tal elogio del notable jurisconsulto don Narciso, cuyo bufete sito en la capital de la provincia se veía muy frecuentado de la gente aldeana, que su gran anhelo consistía en poder celebrar una consulta con el afamado abogado el día en que por cualquier motivo abandonase el caserío unas cuantas horas por la ciudad.

No pasó mucho tiempo sin que esta ocasión se le presentase, y cuando hubo terminado el objeto agrícola que le llevara á la población, visitado al amo, y comprado algunas herramientas de labor para reponer las deterioradas de su finca, se dijo:—Puesto que ya nada me queda que hacer y aun es temprano para volverme á casa, voy á cumplir mi constante deseo de consultar con ese decantado don Narciso, aprovechando así la única ocasión que quizás se me proporciona para ello.

Pero es el caso que no tengo el menor asunto que resolver, ni á un pobre casero como yo le pasa nunca nada que merezca la pena de ser consultado. ¿Qué es lo que le voy á decir? ¿Qué le preguntaré?

En la antesala del abogado encontró gran número de clientes que aguardaban su vez y Juan José tuvo que esperar una hora larga á que le llegara el turno.

Introducido en el despacho, don Narciso le indicó un asiento, y calándose los lentes le preguntó qué se le ofrecía.

—Perdone Ud. señor abogado, le contestó Juan José, dando vueltas á la boina entre sus dedos, pero son tales los elogios que me han hecho de Ud. que deseo tener una consulta para aprovechar el tiempo ya que tan raramente vengo á esta capital.

—Agradezco á Ud. mucho su confianza, amigo mío, y aguardo á que me explique minuciosamente el motivo que le trae á consultarme. ¿Se trata de un pleito?

—Pleitos.....! No señor, los temo y afortunadamente jamás he tenido una palabra más alta que otra con nadie.

—Entonces algún reparto de bienes..... herencia.....

—Dispense Ud. señor abogado, en mi familia nunca ha habido que repartir más que un mal puchero de judías.

—No acierto. ¿Querrá Ud. vender algo?

—Aunque pobre no me hallo en tan extrema situación.

—Pero hombre, exclama don Narciso perdiendo la paciencia, ¿qué es lo que pretende Ud. de mí?

—Pues ya se lo he dicho, contesta Juan José con su consabida sonrisita beatífica, quiero *una consulta...* mas no se incomode Ud. señor letrado, ya se la pagaré.. ya que he venido á la ciudad no quisiera marcharme sin la consulta.

Don Narciso estuvo á punto de soltar la más tremenda de las carcajadas, pero conteniéndose cuanto pudo, tomó la pluma, un pliego de papel y disponiéndose á escribir preguntó al casero su nombre.

—Juan José Arroca, contestó éste gozoso de que al fin le hubiesen comprendido.

—¿Edad?

—Cincuenta años.

—¿Profesión?

—Padre de familia.

—Hombre, ¿en qué se ocupa Ud.?

—En cavar la tierra.

El abogado escribió dos cortos renglones y doblando el pliego se lo entregó al extraño cliente.

—Pronto ha terminado Ud.—le dice éste todo asombrado—no en vano me habían asegurado que era usted muy listo, y ¿cuánto vale la consulta?

—Una peseta.

Juan José pagó religiosamente y después de saludar lo más finamente que pudo, salió de la habitación encantado de *haber aprovechado el tiempo*.

Cuando llegó á su casa era el anochecer, se había cansado mucho en el camino y disponíase á acostarse.

Sin embargo, el trigo se hallaba cortado desde la víspera en la heredad y el criado entró á preguntarle si debían recogerlo.

—Es ya tarde—contestó la mujer de Juan José—y mañana emprenderemos esa tarea.

El muchacho objetó que le parecía que el tiempo iba á cambiar durante la noche y sería conveniente em-

prender la faena enseguida, máxime cuando todo se reducía á un par de horas de trabajo.

Insistió la mujer en que el tiempo estaba seguro y que dentro de un rato no se vería nada por lo cual era mejor dejarlo para el día siguiente.

Juan José, que escuchaba este diálogo sin saber qué resolución adoptar, se acordó repentinamente del papel que le había dado el abogado.

—¡Silencio! exclamó. Tengo una consulta de un famoso letrado y me ha costado una peseta; es indudable que nos va á sacar de este apuro. ¡Ea! Francisca—dice á su mujer—á tí que no te estorba lo negro, lee lo que reza este papel.

La casera deletreó las dos líneas siguientes:

«Nunca dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.»

—Tate..... tate..... grita Juan José, ahora mismo, corriendo, todo el mundo á meter el trigo en el granero.

Su mujer quiso aún hacerle algunas observaciones, pero él declaró que no se gastaba una peseta en una consulta para no ponerla en práctica, y que era preciso atenerse al consejo del abogado.

Y dando ejemplo inmediato se puso á trabajar.

El tiempo se encargó de probar lo prudente de esta medida, porque durante la noche se desencadenó una tempestad tan terrible que á la mañana siguiente aparecieron los campos inundados.

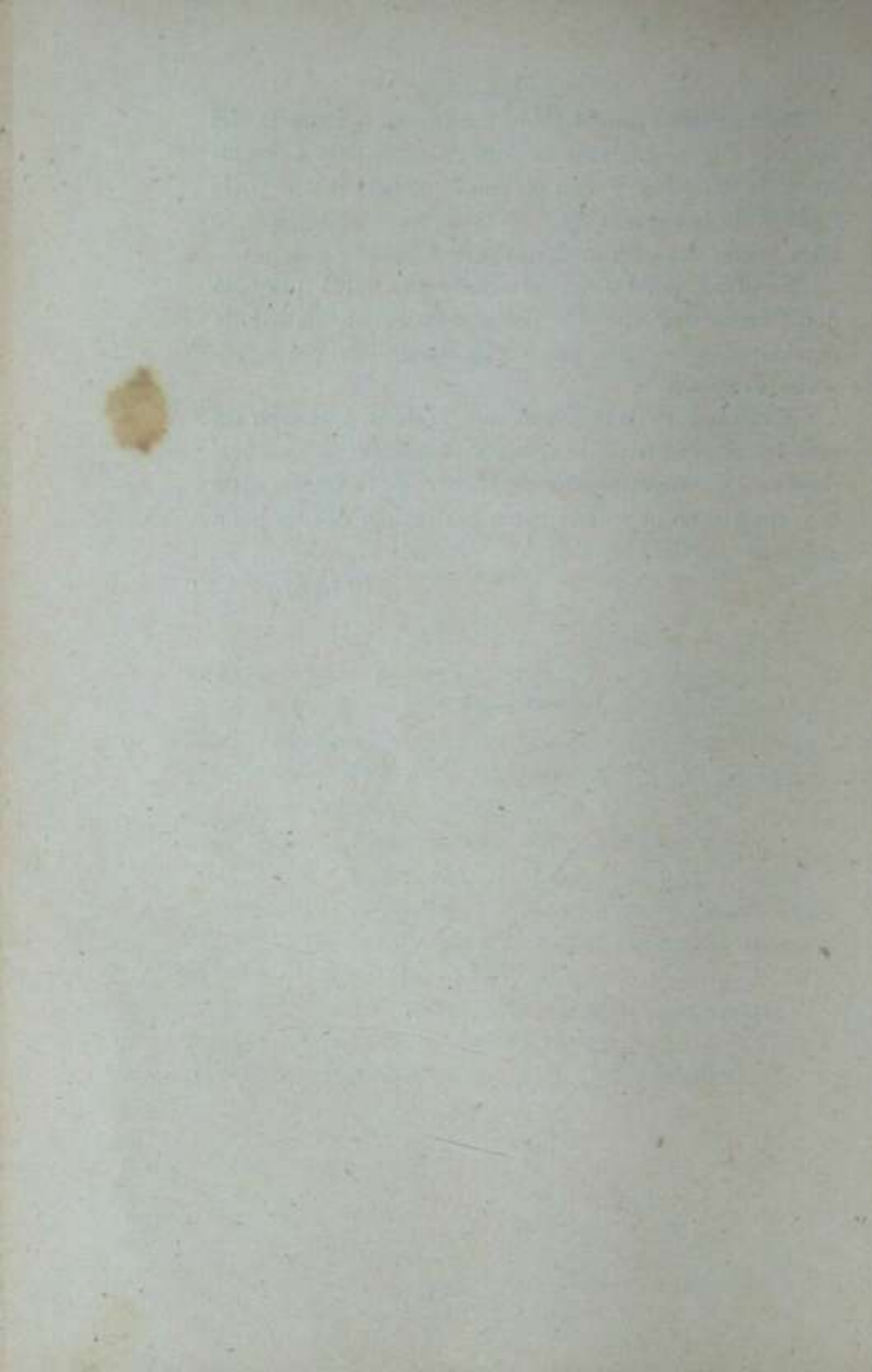
Las cosechas de los caseríos vecinos fueron destruídas por el huracán y únicamente se salvó la de Juan José por su previsión en recogerla oportunamente.

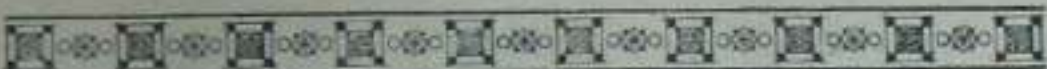
Esta primera prueba le dió tal fe en la consulta del abogado que en adelante la puso en vigor para todos los actos de su vida y con alguna diligencia por su parte logró si no la riqueza (que no conocemos casero que se haya hecho rico), un mediano pero decente pasar.

No olvidó por esto el servicio que le había prestado don Narciso con sus dos líneas y en agradecimiento le regala todos los años, por Noche Buena, un par de soberbios capones.

Y cuando se reúne con sus vecinos á charlar un rato los días festivos, le notan el estribillo de que después de los mandamientos de Dios y de la Iglesia nada hay tan útil en el mundo como la consulta con un buen abogado.

(1886)





CUENTECILLOS

Dignidad é insolencia

Un propietario había reunido junto á la puerta de su finca, y en la misma casita, á un hermoso perro mastín y un falderillo de lanas.

El mastín observaba siempre una actitud digna y majestuosa, y sentado sobre sus patas traseras semejando á un león, veía pasar sin inquietarse á cuantas personas vehículos y animales transitaban por el camino.

Su compañero, por el contrario, gruñía á la menor sombra, estiraba la cabeza á cualquier ruido y ladraba con desesperación á todo bicho viviente.

Una tarde, en que el caballo del colono volvía más cansado que de costumbre de su cuotidiana tarea, y molesto por el impertinente y consabido recibimiento del perrito, se volvió diciendo:

—¿Cómo es que cuando nuestro bravo guardián y compañero el buen mastín se está tan callado y digno,

ese falderillo necio é insolente no hace más que atormentarnos los oídos?

—Nada te extrañe, le contestó un buey que pacíficamente pastaba á algunos metros de distancia; los seres que valen algo, como nuestro mastín, se recomiendan por sí solos sin necesidad de alborotar; pero los tontos é inútiles, como ese perrillo vanidoso, tienen que armar mucho ruido para llamar la atención, ya que no sirven para nada.

¡A cuántos hombres pudiera aplicárseles esta parábola!

Gritan porque no tienen la voz fuerte; insultan para no verse menospreciados, y enseñan los dientes por temor á una paliza.

La insolencia es la miseria de los débiles, como el desprecio es la de los fuertes.

Para el que mira la sociedad bajo el punto de vista de una casa de comercio, cuyos intereses deben saldarse en honores y riquezas, la vida no es más que una escuela de egoísmo; pero el que comprende que se trata de una prueba en la cual se revela el verdadero valor y temple de nuestra alma, se somete gustoso al papel que le está reservado, porque entiende que la gran ley humana está basada en el desinterés y el sacrificio.

Vanas apariencias

Las lágrimas y los sollozos no son á veces la mejor

prueba del verdadero estado de nuestra alma. El amor al prójimo debe ser lo más práctico posible.

Tres jóvenes hermanos jugaban al borde de un estanque profundo en el que uno de ellos cayó descuidadamente.

Los otros viéndole ahogarse, gritaban y se desesperaban, mas sin intentar arrojarle al agua para salvarle.

Corrieron á casa gimiendo y llorando, á anunciar al padre, con lastimeros ayes, la fatal noticia.

—¿Cómo queréis, les dijo éste, traspasado de dolor, que crea en la sinceridad de vuestras lágrimas? Cierto que veo vuestros ojos húmedos, ¡pero tenéis la ropa tan seca.....!

No debemos retardar la limosna

Estaba comiendo un hombre rico, cuando se le presentó uno de sus criados para decirle que un pobre pedía limosna en su puerta.

—«*Nadie tiene derecho á interrumpir al que come*» respondió el grandísimo egoísta enjugándose placenteramente los labios, á la vez que soltaba estrepitosa carcajada creyendo haber acertado con una frase de efecto.

—«*Que vuelva mañana,*» añadió, más bien con el designio de librarse de un importuno que con el de recompensarle mejor al día siguiente.

El pobre volvió, pero el rico había muerto de indigestión aquella noche.

Lección de paciencia

Un domingo, la familia de un modesto comerciante determinó verificar una gira campestre.

El niño mayor aguardaba con impaciencia disculpable á sus años á que llegara el coche que había de conducirles al lugar designado.

Pero como tardaba tanto, el pobre muchacho corría de un lado para otro de la habitación, subía y bajaba cien veces la escalera y se desesperaba y aburría viendo que el deseado vehículo no parecía.

Entonces el padre, cogiéndole de un brazo, lo llevó á la ventana, y mostrándole la tienda de enfrente le dijo: —¿Ves el taller del carpintero cerrado hoy por ser día festivo?

Pues bien, mañana le abrirá y desde muy temprano hasta el anochecer, no se oirá más que el ruido del martillo del escoplo y de la sierra.

Pero llegará un día en que el maestro del taller, con todos sus operarios se ponga á trabajar apresuradamente para terminar pronto el ataúd que te destinen.

Traerán aquí esas cuatro tablas donde se encierra lo mismo al hombre calmoso que al impaciente, y sobre el cual se coloca un techo de madera que nos roza la cara.

A estas palabras de su padre, el niño vió en su imaginación el terrible cuadro que se le pintaba, y cesó re-

pentinamente en su impaciencia aguardando tranquilo al coche.

Desde entonces, siempre que nota en alguna persona muestras de impaciencia, se acuerda del féretro.

El canto del cuco

Sabido es que en muchas regiones del globo el canto de este animal produce gran alegría y satisfacción en la persona que lo escucha, efecto de la arraigada idea de que su monótono sonido es de muy buen agüero.

No habrá para qué advertir que el país vascongado es uno de los que participan plenamente de este convencimiento, y que cuando en la heredad algún casero que se halla trabajando oye al cuclillo, interrumpe su trabajo y se decide por alguna compra ó venta, seguro de que ha de salirle bien, puesto que ha oído cantar al cuco.

José Agustín y su vecino Antón Mari trabajaban con ahinco en el manzanal del primero, bañados sus rostros en sudor, pues lo caluroso del día ayudaba en la *liquidación* al ejercicio violento del trabajo.

En el instante en que tras de un respiro Antón Mari enarbolaba la jarra de pitarra para mojar sus secas fauces, se oye en el bosque de laurel vecino el inesperado cucú, cucú.

José Agustín, sin levantar cabeza, dice:—«Yo le he oído primero, por consiguiente ha cantado para mí.» Voy

á escape á decirle al amo que este año no le podré pagar la renta, y seguramente me la perdonará.

—Estás equivocado, yo le he oído antes que tú, y es para mí para quien ha cantado, y ahora mismo voy á casa á buscar el ternero para llevarlo á la matadería, convencido de que me darán doble de lo que pido por él.

—No seas terco, hombre, replica José Agustín, cuando te digo que he sido yo el que le ha oído primero.

Que sí, que no, convienen ambos en que en cuanto terminen la labor consultarán el caso con el escribano del pueblo.

Llegados á casa de este funcionario, exponen el caso diciéndole:

—Don Pedro, Ud. es hombre de mucha experiencia y nos va á sacar de esta duda. Antón Mari dice que el cuco que hemos oído ha cantado para él, y yo insisto en que ha sido para mí.

¿A Ud. qué le parece?

El notario después de haberse tomado un gran rato para reflexionar les contesta:

—Por de pronto alijar cada uno un par de pesetas por la consulta.

Y cuando así lo hicieron los dos caseros, cogió las monedas, y metiéndoselas en el bolsillo, exclamó:

—Ahora ya sabéis para quien ha cantado el cuco.

¡Si sería *idem* el tal don Pedro!

Peripecias de un rótulo

Un joven aprendiz de sombrerero, cuyos ahorros le permitían establecerse por su cuenta, consultó á varios amigos del oficio sobre el rótulo que debía colocar en su nueva tienda.

Oídas diversas opiniones, se decidió á aceptar el que á su juicio le parecía mas adecuado, y que decía:

«*Juan Fielto, sombrerero, fabrica y vende sombreros al contado*» y coronando la muestra un gran sombrero de copa alta pintado de negro con galón dorado, al estilo de los que usan los lacayos de gran casa.

El primer parroquiano que entró en la tienda quedó admirado de las dimensiones del rótulo é hizo observar que la palabra «*sombrerero*» holgaba, puesto que ya decía que vendía sombreros; y al día siguiente teniendo Juan presente este razonamiento mandó borrar la palabra indicada.

Mas al poco tiempo otro comprador se fijó en que no había por qué decir que fieltro vendía sus sombreros al contado, por cuanto que pocas personas compran á crédito una prenda de tan poca importancia, se entiende de precio, y que si acaso toleraba el pago atrasado á algún cliente, ya desmentía lo que rezaba la muestra.

En atención á esta nueva observación, también suprimió la frase «*al contado,*» y el rótulo quedó definitiva-

mente reducido á: «*Juan fieltro, fábrica y vende sombreros.*»

Pero un tercer impertinente le recomendó lo abreviara aún, asegurándole que á los que tenían necesidad de proveerse de un sombrero les importaba poco saber quien lo había fabricado, y esta palabra sufrió la suerte de las anteriores.

Satisfecho por fin de haber pulido convenientemente su rótulo, se hallaba nuestro hombre apoyado en el dintel de la puerta de su establecimiento, cuando acertó á pasar un chuseo, que parándose delante leyó: «*Juan Fieltro vende sombreros.*» Pues tiene gracia. ¿Cree usted maestro que nos figuramos que los regala?

En su consecuencia las dos últimas palabras fueron también suprimidas, y ya no quedó más que el nombre y apellido del dueño adornado con la efigie del sombrero de copa alta que indicaba la profesión, y que desde un principio pudo evitarle tanta borradura.

El plato de pescado

En la corte de uno de aquellos reyes bárbaros del tiempo de Carlomagno fué invitado á comer cierto embajador algo astuto y muy listo.

Al invitado se le designó uno de los puestos de preferencia entre los grandes y magnates de la corte.

Servidos una serie de succulentos platos cual correspondía al poderío y riqueza del anfitrión, presentaron

varios pescados de río guarnecidos con adherentes apetitosos y salsas de distintos colores.

Era costumbre de la etiqueta palaciega de aquel rey bárbaro que en la mesa real ningún convidado, bajo pena de muerte, volviese en su plato el cuerpo ó trozo de ningún animal, ya fuese terrestre marítimo ó anfibio.

El embajador, ignorando tan estrambótica costumbre, cogió el pescado hábilmente entre su tenedor y cuchillo y le dió media vuelta en su plato con intención de separar las espinas.

En cuanto los comensales se apercibieron de esta infracción, pusieron el grito en el cielo y reclamaron de su amo y señor el cumplimiento del castigo.

El rey, dirigiéndose al embajador le dijo, que no podía dejar de acceder á la pretensión de sus vasallos heridos en su fibra caballeresca, pero que, excepto la vida, le pudiese en aquel momento lo que quisiera, prometiéndole, por lo más querido, que le sería acordado enseguida.

El embajador, que ya hemos dicho no tenía pelo de tonto, reflexionó un instante, y en medio de un silencio sepulcral pronunció las siguientes palabras:

—Dispuesto á morir, no pido á V. M. más que una gracia, y es que todos los que me han visto volver el pescado en el plato, queden privados de la vista.

Asombrado el monarca con esta salida, juró y perjuró que él no había presenciado el hecho, y que únicamente había tomado disposición tan severa de resultados de lo que manifestaban los convidados.


La reina á su vez puso por testigo á todos los ídolos de su secta de que nada vió, y últimamente los grandes y magnates, unos tras otros, porfiaban invocando á todos los diablos que cada uno por su parte nada había observado.

Como ninguno hubo que atestiguase el hecho de la vuelta del pescado en el plato del embajador, el rey sobreseyó la causa.

La astucia y habilidad de aquél, entre tanto *hottentote*, le salvaron la pelleja, que por lo que se ha visto estaba á merced de la menor tontería ó descuido en la corte de monarca tan bruto.

Aunque algo fuerte la anécdota, parece mucho más extraño que en tiempo de Carlomagno se usaran tenedores cuchillos y platos como los que se indican en la presente historieta, pues lo lógico es que aquellos bárbaros comieran á bocados; mas sin la tal vajilla no hubiera existido el cuento.

(1886)



Presupuesto de la vida

Un hombre ordenado debiera llevar cuenta diaria del tiempo que ha vivido, y del que, salvo *fuera mayor*, le queda por vivir, entendiéndose como día perdido aquel en que no ha dedicado el menor momento al estudio, esto es, á nuestro perfeccionamiento moral.

Si se tratara de colocar á interés una buena cantidad de dinero destinada á cubrir nuestras atenciones durante el período de la vida, todos nos hallaríamos conformes en hacer producir el mayor tanto por ciento á cada céntimo; pero se trata de una suma de horas, y apenas si nos preocupa la idea de economizar algunas para aprovecharlas convenientemente.

Fijándonos un poco, observaríamos que esta suma es casi idéntica á la de las pesetas empleadas en todo el curso de su existencia por una persona acomodada.

En efecto, un hombre que gasta anualmente por término medio ocho mil pesetas, al cabo de sesenta años habrá gastado cerca de quinientas mil y en ese mismo tiempo habrá vivido un número igual de horas, lo que nos da un consumo aproximado de peseta por hora.

Formulemos un cálculo sencillo; de las veinticuatro horas del día concedamos siete al sueño, tres para las comidas distracciones y recreos, y nos quedarán catorce útiles, ó sean ciento aproximadamente por semana y cinco mil ciento diez al año.

Si para los casos de enfermedad y otros deducimos las ciento diez del pico, y aun las veinticuatro del día trescientos sesenta y seis de los años bisiestos, tendremos en números redondos cinco mil al año, ó cien mil á los veinte, ó trescientas mil á los sesenta, para emplearlas en el trabajo.

Conviene advertir que estas cifras no son exactas, y que las calculamos de memoria, pero para el objeto es lo mismo.

Este máximun de trabajo no es posible alcanzar, porque de la duración total de la vida hemos de quitar la época de la infancia y la de la extrema vejez.

Así y todo reunimos una respetabilísima suma de horas aprovechables que debemos economizar, porque nos es imposible aumentarlas á nuestro capricho, y desgraciadamente no nos apereibimos de su falta ni del valor que tienen hasta que las hemos perdido, sin tomarnos siquiera el trabajo de llevar la cuenta.

Por ejemplo, una persona de cuarenta años ya no puede contar razonablemente más que bajo la base de de veinte años, ó sean ciento sesenta mil horas de vida probable.

¿Cómo, pues, emplearemos tantas horas tan fácilmente prodigadas en el primer tercio de nuestra existencia?

Durante los diez primeros años, por lo general, el desarrollo físico absorbe todas las facultades del niño y gracias si en ese período de tiempo ha empleado de tres á cuatro mil horas en adquirir nociones de hechos é impresiones diversas, que más tarde cuando adolescente han de servirle de buena cimentación para el estudio.

Los diez años que siguen, consagrados exclusivamente á la instrucción, representan un total de treinta mil horas aplicadas á los cursos de segunda enseñanza ó escuelas profesionales.

Y con esto no se habrá hecho más que empezar, pues lo aprovechable comienza después de la inversión, cuando menos, del tiempo ya descrito.

¿Qué son cinco, diez, ni veinte mil horas dedicadas á un arte ó ciencia?

Preguntad á un músico, ó á un pintor, cuántas horas ha empleado en perfeccionarse en su arte hasta llegar á la celebridad; si tiene memoria os asustará la cifra.

A los veinticinco años, terminada la carrera y cuando el hombre empieza á ejercerla, es cuando menos debe perder el tiempo. Quiere ser un buen médico, un excelente abogado, ó un reputado ingeniero, pues los días le resultarán cortos para el estudio.

Muchos creen que esta es la ocasión de cerrar los libros, y no volverlos á abrir; pero en el día son tantas las materias nuevas, tales las innovaciones, tan grandes las reformas que la sociedad va sufriendo, que pasarse sin estudio las veinticuatro horas, ya lo hemos dicho al

principio de estas líneas, es un día perdido que no vuelve.

Por eso lo perdemos hoy tan lastimosamente, escribiendo este artículo, cuyo epígrafe debiera decir: «*Consejos vendo, pero para mí no los tengo.*»

(1886)



El lago de oro

(TRADICIÓN POPULAR)

Antaño vivían en tierra de Castilla dos mujeres, la una caritativa y piadosa, la otra de mal carácter y avara.

Una tarde en que soplaban con furia el huracán, un pobre anciano extranjero vestido, decimos mal, desnudo casi como un mendigo, con el cuerpo helado por la lluvia y atormentado por el hambre, se presentó en casa de la mujer avara en demanda de un rinconcito donde pasar la noche y un pedazo de pan con que saciar su voraz apetito.

Ella le rechazó duramente y le arrojó de la puerta como á un vagabundo.

El pobre extranjero se marchó á buscar refugio en la vivienda de la otra mujer, que le acogió con cariño y partió con él las últimas migajas de pan, restos de su gran miseria.

El buen viejo cenó alegremente y se tumbó sobre un lecho de hojas de maíz, quedando profundamente dormido al corto rato.

Despertose al amanecer, y dando las gracias con toda la efusión de su alma á su hospedera y disponiéndose á marcharse, la dijo:— *«Que la primera ocupación que emprendiera aquella mañana le daría un excelente resultado.»*

La piadosa mujer satisfecha de haber ejercido un acto caritativo, sonrió al oír tal profecía, porque no conceptuaba á su desgraciado huésped más que como un pordiosero.

Apenas desaparecido éste, tomó del único armario todo desvencijado que tenía, una pieza de tela que guardaba con el fin de hacer una camisa á su hijo.

Necesitaba tres varas, y eran justamente las que media la pieza. Pero cuál no sería su asombro al ver que, medida nuevamente la tela, iba desarrollándose sin término, y que tres, y tres, y tres, ni la infeliz mujer, ebria de gozo, se cansaba de manejar la vara, ni la pieza parecía concluir nunca.

Hasta el anochecer continuó amontonando metros y más metros de lienzo; y como la casita le resultase pequeña para dar cabida á tan colosales dimensiones, tuvo que salir al campo y extenderla allí cual una inmensa sábana.

Cerrada la noche, entró á descansar de su incesante y trabajosa aunque gratísima tarea, y dió las gracias al Todopoderoso por el milagro que en pocas horas la había convertido de pobre en rica.

Muy pronto los vecinos se enteraron de esta maravillosa historia y la mujer avara se arrepintió de la conducta observada con el mendigo y se dispuso á repararla.

Sin darse punto de reposo se dedicó á la busca del anciano, y cuando le hubo encontrado le pidió mil perdones con tono hipócrita y compungido, suplicándole viniese á su casa á reponerse de las fatigas.

El extranjero accedió á tanto ruego y ella preparole con gran esmero una mullida cama dándole de comer cuanto de bueno encerraba su no mal provista despensa.

Con estos agasajos, pensaba la muy taimada, me va á hacer la mujer más rica del universo.

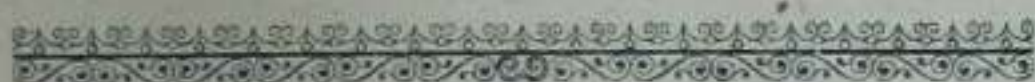
Por la mañana temprano, el viejo le dió las gracias, añadiendo, como á la otra, que lo primero que emprendiera aquella mañana le daría un excelente resultado.

En lugar de ponerse á medir tela como su vecina, le ocurrió dedicarse á contar el dinero que guardaba en su viejo arcón, á ver si por este medio multiplicaba infinitamente su caudal.

Para hallarse libre de toda mirada indiscreta salió de su casa y fué á sentarse en el campo en un sitio retirado, en el que nadie podía molestarla.

Las onzas que llevaba estaban negras de polvo y mugrientas de grasa, é intentó lavarlas en próximo arroyuelo; pero desde que dió comienzo á la operación sus manos no se daban punto de reposo, y el agua aumentaba prodigiosamente alrededor de ella é iba formando un charco inmenso que poco á poco agrandándose llegó á inundar su casa, su propiedad toda entera, y concluyó por constituir el tradicional lago de oro fundado con las onzas de esta vieja avara.

(1887)



Peregrinación de un alma

El Hijo de Dios se hallaba sentado en su Divino Tribunal, alrededor del cual repercutía sordamente el trueno.

Rodeando el Trono y en compactas filas cerradas se veía una cohorte de arcángeles con espadas flamígeras, y al pie del mismo, las sombras de los recién nacidos, muertos apenas humedecidos por el agua bautismal.

¡Inocentes almas que no habiendo tenido necesidad de aguardar el fallo del Eterno volaban ligeras al Cielo!

Tantas eran las que de esta clase voltejeaban junto al Señor, que se parecían á las innumerables hojas secas que arranca de los árboles el torbellino de otoño.

Una de estas almas, más sutil é impalpable que las otras, se mantenía algo separada de sus compañeras; era el espíritu de una pobre criatura, muerta en el instante en que sus pupilas se abrían á la luz de la tierra.

Su existencia en el mundo había durado lo que se

tarda en forjar el pensamiento en la imaginación, y antes de que pudiese sentir la vida, había muerto.

Así que la infeliz nada sabía de las miserias mundanas, pero en ella brillaba ese don celeste que Dios concede á contadas criaturas.

En el momento de esta historia, el Señor se preparaba á juzgar las nuevas almas que la muerte llevaba sin descanso á los pies del Tribunal.

Un numeroso grupo de ellas aguardaba con natural impaciencia y consiguiente temor, el fallo que había de imponerles la recompensa ó el castigo, según sus merecimientos, y de entre algunas salían lastimeros ayes y tristes quejidos motivados por la duda y la zozobra.

—¡Ay de mí!, clamaba una. ¿Qué pena queréis que la justicia Divina imponga á un desdichado como yo, que toda la vida ha estado viviendo del sudor de su frente? ¿La existencia no ha sido para mí un purgatorio? ¿Qué recibí al nacer, sino la facultad de sufrir y de prolongar mis sufrimientos con el duro trabajo?

Nuestros primeros padres fueron justamente castigados porque probaron voluntariamente y con delicia de la fruta prohibida; mas yo he arrostrado dolorosamente y sin desearlo el fruto amargo del trabajo y el pecado.

—¡Ay hermana! ¿Qué diré yo, replicole otra, cuando tú no temes la cólera del Todopoderoso? ¿No me ha hecho pasar cuarenta años de fatigas en medio de las mayores privaciones y las torturas de la guerra?

Mi brazo empuñó el fusil hasta descoyuntarse; vertí mi sangre gota á gota por sinnúmero de heridas en infinitos combates; he abandonado á mi madre en la edad

en que se comienza á amarla; nunca tuve esposa ni por consiguiente sucesión, y Dios mismo, ¿podía haber inventado un suplicio más atroz?

—Compañeras, ¿qué significan vuestras quejas, añadió una tercera, comparadas con las que os voy á exponer?

Las contrariedades de la vida os han puesto tristes, pues á mí son sus dulzuras las que me hacen lamentarme amargamente.

Poder, riqueza y honores, de todo he disfrutado lo suficiente para cerciorarme de que no era más que vanidad y humo.

Rey de los hombres, los miraba desde muy alto para convencerme de su ingratitud, de su bajeza y de su avaricia.

La maldad y la corrupción gobiernan la tierra; yo he reinado teniéndolas á mi derecha é izquierda como dos ángeles exterminadores pese á mis buenas intenciones. Si el Señor me condena ¿cómo ha de absolverse á sí mismo, si al concederme el poder, no me ha dado ayuda, consejo ni guía?

De esta suerte murmuraban las tres sombras malditas del pobre, el soldado y el monarca, con el presentimiento del anatema condenatorio pronto á caer de los labios del Señor, y la joven alma de que hemos hecho mención, escuchaba llena de asombro.

Impresionada por lo que acababa de oír, sentía titubear su fe en la equidad de la justicia Divina, y se preguntaba con terror si realmente el Padre Eterno había impuesto á sus criaturas sacrificios superiores á sus

fuerzas y si la vida por lo tanto no era para los hombres más que una horrible tortura.

El Hijo de Dios, que de una mirada lee en las almas de los mortales, adivinó estas dudas, y le dijo:

— Los lamentos de esos malditos te han contristado.

Buscas lo que es esa vida terrenal dada por mi Padre al hombre para prueba, y temes que haya enviado sus hijos á las tinieblas subterráneas sin luz que guíe su camino. Vete, vete, á juzgar por tí misma, y que tu experiencia sirva de fallo á esos tres réprobos.

Transfórmate sucesivamente entre los hombres, en cada una de sus condiciones, y terminada la prueba, vuelve para que decidamos de su suerte.

Y como Dios era el que lo decía, su voluntad se vió inmediatamente satisfecha.

La inocente alma volvió á la tierra y comenzó la triple peregrinación que le había sido impuesta, mientras que los muertos que debía salvar ó perder, esperaban en el limbo el resultado de la correría.

Llegó por fin el término fatal, y el alma viajera compareció con la exactitud de un reloj ante el Tribunal del Hijo de Dios.

Próximas á Él se encontraban las tres feroces sombras del pobre, el soldado y el monarca.

— Habla, le dijo el Juez Supremo á la recién llegada, y haz resaltar á los ojos de los presentes la justicia ó iniquidad de mi Padre.

Viviste del trabajo de cada día como esta primera sombra; ¿sufriste todas las privaciones que la misma manifiesta haber sufrido?

—Sí, respondió el alma, y quizás mucho más, pero una estrella brillaba en medio de mis miserias, estrella que Tú nos has dado por guía, y que me ha permitido soportarlo todo sin desanimarme.

Cuando el frío, la consunción ó la pobreza vencían mis fuerzas y no veía á mi alrededor más que un árido desierto de mendicidad, el brillo de la estrella me mostraba, como en un espejo, el mundo, en el que cada uno es recompensado ó castigado según sus obras. Entonces cada privación me parecía un mérito hecho para ganar el cielo, y la resignación dulcificaba mis dolores.

La estrella que he citado se llama la *Esperanza*.

—¿Y cómo tu frágil cuerpo ha podido soportar las fatigas de la guerra? ¿Cómo tu alma no ha cedido al contagio de la violencia ó la cobardía?

—Tú mismo, Jesús, me evitaste esa desgracia, dándome á defender un país noble y religioso.

¿No me confiaste una misión de generosidad y valor?

El hombre que se bate mercenariamente puede ser víctima de su pasión, pero el que combate por los derechos que Dios le ha confiado, no odedece ni al interés, ni á la cólera, cumple un deber, y lo hace con entusiasmo. Avanza en el fragor de la batalla con el pensamiento religioso ante sus ojos, y así las fatigas son más ligeras y las heridas menos dolorosas; camina seguro de que sigue la verdadera ruta y provisto de una impenetrable coraza, la *Fe*.

—Nos queda la tercera prueba, arguyó Cristo, porque también has habitado en un palacio con la corona en la frente y los pies en la muchedumbre.

Al menos no habrás tenido que soportar en tal posición las heridas de las batallas ni las carencias de la pobreza.

—Cierto, replicó el alma viajera, pero en cambio tenía la pereza de la inacción y las tentaciones de la opulencia. Alejado de las miserias, las olvidaba, y las diversiones y orgías eran para mí artículos de primera necesidad. Colocado en tan elevado puesto, despreciaba á los hombres, pues que los veía tan débiles y pequeños que mi estimación se debilitaba instantáneamente.

Mi pueblo era como un hormiguero, al que de una simple patada podía yo destruir; y mi corazón, hastiado de placeres, hubiera admitido el mal sin la presencia de un ángel colocado junto á mí, y que me entretenía en mis ocios, me aconsejaba dulcificase mi orgullo, recordándome sin cesar que los más humildes y los más débiles no habían dejado de ser mis hermanos; el nombre de este ángel es el de la *Caridad*.

El alma calló, y levantándose Jesús de su dorado trono, pronunció las frases siguientes:

—Los pecadores saben ahora que mi Padre no ha dejado al hombre sin defensa, en medio de los infinitos obstáculos de la vida.

Si sucumben, es porque renuncian á los tres dones *Fé, Esperanza y Caridad*.

Donde las tres sombras malas no han hallado más que la desgracia, un alma pura y buena ha encontrado la felicidad.

La vida terrenal dada por mi Padre á las criaturas,

se parece al agua que cae de las nubes; si la recogéis en un corazón limpio como la roca, la notaréis dulce al gusto, pero si la recibís en el fango no será más que un brevaje inmundo.

«No hay paz en la tierra sino para los hombres de buena voluntad.»

(1887)



La vuelta del emigrado

(DOLORA EN PROSA)

Semejante al ave que vuelve pasado el invierno á visitar su antiguo nido, vuelvo yo á tí tierra querida á buscar el reposo, tras de una agitada existencia.

Ilusiones y esperanzas jamás realizadas me han tenido durante largos años alejado de este rincón bendito.

He experimentado en mi larga ausencia trabajos sin cuento, dolores, desengaños, alguna pasajera alegría, cierto; pero ¡cuántas lágrimas han borrado aquellos cortos momentos!

Heme ya de regreso y con ánimo de morir en donde ví la luz por vez primera. Vuelvo á distinguir con gran placer la casita que ha albergado mi cuna. Veo con gusto la hermosa pradera, teatro de mis juegos infantiles, y el anfiteatro de montañas que cerrando el lindo valle donde nací, era el límite, el valladar de mis aspiraciones á los quince años.

A pesar del tiempo transcurrido todo lo encuentro

como entonces. El árbol que delante de mi ventana contemplo, el arroyo que baja saltando por la montaña, el gorjeo de los pajaritos entre las ramas, el viejo caserío, todo, todo está como entonces.

¡Ay! yo sólo he cambiado.

Mis alegrías se marchitaron hace mucho tiempo; mi cara se ha arrugado; ya no soy el joven fuerte y robusto que lleno de entusiasmo emigró de entre estas cuatro viejas paredes.

Ingrato, no sabía apreciar la bondad de este clima, ni la hermosura de este suelo, ni la dulzura de las costumbres de sus habitantes.

No comprendía lo que la flor suspira ni lo que el arroyo murmura. Ha sido preciso la ausencia á lejanas tierras para entenderlo.

Cuando te abandoné patria mía, era pobre, no tanto sin embargo que me faltase un pedazo de pan; pero ambicionaba la riqueza, y en mi calenturienta imaginación concebía á mi regreso, cargado de oro, levantar un palacio donde hoy yaces á medio desplomarte, mi casita vieja.

Las ilusiones grabadas en mi cerebro me pronosticaban un porvenir dichoso.

Llevaba el recuerdo de tus suaves primaveras, de la paz y tranquilidad de tus campos, y caminaba guiado por la esperanza de un éxito venturoso.

¿Y ahora qué traigo de esas tierras lejanas?

El cabello blanco como la nieve, el corazón destrozado por los rudos embates de la esperanza marchita, y el deseo de morir tranquilo aquí en el rincón de mi casa.

No te pido, Providencia, más que lo que perdí cuando loco caminaba en pos de la fortuna, vivir todavía unos años contemplando lo que no supe apreciar, (ya que he tenido la suerte de volver) con el pedazo de pan por todo alimento y el olvido de mis desaciertos en el espíritu.

(1887)



Las tres niñas bonitas

(HISTORIA DE UN PLEITO)

Hace ya muchos años que murió en Villaflores un magistrado muy viejo, solterón rarísimo y empedernido que había logrado aun después de muerto que se ocuparan de él, á causa de su última excentricidad.

Tenía tres bellísimas sobrinas llamadas Laura, Ángeles y María, que eran el encanto y la adoración de toda la comarca.

Estas niñas, educadas en la escuela moderna, parecían algún tanto *atrevidas* de genio, así es que no se recataban de adular con frases, gestos y zalamerías á su muy amado tío, entablándose entre ellas la competencia de cuál demostraba mayor cariño.

Las tres procuraban hallarse solas en presencia del objeto de sus halagos, y siempre que esto sucedía, terminaban invariablemente su conversación con las siguientes frases:

—¿No es verdad tío de mi alma, que cuando ten-

gamos la desgracia de perderle me dejará Ud. á mí esta casa?

—Sí, hija mía, puedes estar segura de ello, contestaba con las mismas palabras y en el mismo tono á las tres, riéndose interiormente del chasco que las preparaba para el día de su muerte, dadas las repetidas muestras de desinterés y cariño que le prodigaban los tales angelitos.

Cuando se abrió su testamento se encontró una cláusula que decía:

«Dejo la casa de mi propiedad en que habito á la más bonita de mis tres sobrinas.»

El lector recordará el juicio de París que ocasionó, como es sabido, una guerra de diez años, y sin embargo sólo se trataba de una manzana disputada por tres diosas.

¿Qué había de suceder entre tres mujeres que se disputaban la supremacía en belleza?

La cuestión de derecho se presentaba en este asunto tan espinosa y difícil como nueva.

¿Cuál de las tres era la más bonita?

No había que pensar en una información de testigos; cada una de las pretendientes á la herencia hubiera podido presentar á su favor un sinnúmero de adoradores.

Todo Villafiorida conocía el esbelto talle de Laura, sus soberbios ojos negros rodeados de pobladas cejas á guisa de ala de cuervo, conocía la tersa y fresquísima tez de Ángeles, los preciosos bucles rubios que ornaban su cabeza y las lindas manos de que hacía gala; y en

cuanto á María no era fácil que olvidasen los villaflo-
rences las rosadas mejillas que poseía, el opulento bos-
que de cabellos castaños, ni la doble fila de perlas que
guarnecían su boca agraciada con especial sonrisa.

Pero de esto á conceder la patente de «superior be-
lleza» á una de ellas, mediaba un abismo.

¡¡Eran tan hermosas las tres!!

No hubo, pues, más remedio que entablar el pleito y
confiar á los abogados de mayor renombre del Colegio
de Villaflores, la prueba de cuál de las tres presuntas
herederas era la más bella.

Esta nueva guerra de Troya comenzó con tinta y
papel sellado, llenando folios y más folios; pero ¿qué
prueba debían presentar las litigantes? ¿De qué argu-
mentos podía echar mano el abogado defensor?

La prueba directa se hacía imposible y convenía dar
otro giro á la cuestión; no se trataba de probar cuál era
la más bonita, sino que las otras dos eran más defec-
tuosas.

El abogado de Laura comenzó por acusar á María
de darse colorete en las mejillas; pero el acusador quedó
confundido pues el examen pericial demostró que María
tenía el cutis rosáceo, natural.

A su vez Laura fué acusada de tener un talle de-
fectuoso y que llevaba corsé especial para disimularlo.
Reconocido el corsé resultó como el de todas. Llegó el
turno de Ángeles, á la que se denunció que cojeaba un
poco del pie derecho y que para evitarlo usaba un tacón
más alto que otro, lo que resultó también incierto. En
fin, las acusaciones, reconocimientos, pruebas y defen-

sas se sucedían haciendo perder el tiempo y prolongando indefinidamente el pleito.

Como los abogados veían en perspectiva que, dada la originalidad de este proceso los verdaderos herederos serían ellos, procuraban alargarlo poniendo todo género de trabas á su resolución, bien aplazando las vistas, pidiendo inútiles informes ó fingiéndose enfermos cuando el caso lo requería.

Tras de los ataques físicos vinieron los morales contra las tres bellezas. La una era orgullosa, la otra ingrata, la tercera mal educada y todas tres de un genio irresistible.

Siguiose el desfile de testigos, doncellas, cocineras, costureras y planchadoras que habían sido despedidas de la casa, las que aseguraron que sus señoritas en el hogar doméstico eran unas fieras que no se ocupaban más que en maltratar á los criados y criticar á todo bicho viviente. Unicamente el portero declaró en favor de sus amas, diciendo que eran la bondad personificada y que él no sabría por cuál de ellas decidirse.

El pleito continuó de esta suerte sin avanzar un paso durante más de seis años, hasta que los abogados de común acuerdo, decidieron aconsejar á sus clientes la conveniencia de que vinieran á un arreglo.

¡Facilillo era el problema!

¡Aconsejen Uds. á dos mujeres á que reconozcan en una tercera mayor suma de encantos!

Imposible de todo punto.

Así es que los consejos fueron inútiles y las tres herofnas continuaron la lucha con mayor encarnizamiento,

dando lugar con sus procedimientos á que se hiciese de día en día más fácil probar el contra y más difícil el pro.

Naturalmente, tan mala situación iba aumentando con el tiempo. El pleito duró treinta años, y la cuestión de averiguar cuál era la más bonita quedó sin resolver.

Mientras, como nadie se había ocupado de cuidar la casa origen del litigio y el interés que producía se lo iba comiendo el pleito, los acreedores, puesto que necesariamente hubo acreedores, cansados de ver las proporciones que adquirirían las deudas de las mal avenidas hermanas, obtuvieron la autorización para la venta de la casa, cuyo producto apenas bastó para cubrir gastos, y de este famoso proceso no quedó más que la eterna cuestión de saber *«cuál era la más bonita.»*

Las tres víctimas de la última rareza del viejo tío habían pasado ya de los cincuenta, y el tiempo y los disgustos quebrantando su belleza, las habían convertido en momias vivientes.

Continuaban llamándose señoritas, y por condescendencia del nuevo propietario seguían habitando la casa objeto de tantas desdichas; pero aquellos, en algún tiempo ángeles encantadores, se transformaron en feísimos demonios, y á cada momento podía oírse desde la calle reñir y gritar entre ellas.

Cuando hubo terminado por completo la liquidación de este asunto, pues ya no quedaba dinero que heredar, las tres ex-bellas corrieron á casa del fiscal á preguntarle qué opinaba del proceso y si convenía volver á removerlo por la negra honrilla.

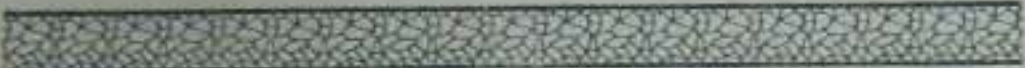
—Seguramente, les contestó el magistrado, podemos

volver á entablarlo si Uds. quieren; pero la cuestión fundamental debe variarse por completo y formular la pregunta de esta manera:

¿Cuál de las tres es la más fea?

No hay noticia de que haya vuelto á entablarse el pleito.

(1888)



Pedibus andando

Cuando se emprende la marcha á esa hora en que la ciudad parece abandonada, y no se oye más que el canto de algún tordo cautivo, y se siente ese fresco matinal tan desconocido para los perezosos, el ánimo está predispuesto á las más grandes empresas, porque empresa y magna es la de caminar á pie en la época del vapor y la electricidad.

Nada hay comparable al gozo que experimenta el aficionado á este ejercicio, una vez que sacudida la pereza y dominada la mala impresión del madrugar, se encuentra en medio del campo recorriendo alguna bonita vega ó subiendo á pintoresca colina desde la que el panorama ha de compensarle de las fatigas de la excursión.

El puro ambiente, que dirían los poetas, el oxígeno sin mezcla de los discípulos de Galeno, rodea nuestro ser, activando la circulación de la sangre y dando á los pulmones su necesaria elasticidad.

Unido este bienestar físico á los encantos que os presenta la naturaleza ante la vista con los diversos

cuadros que os ofrece la campiña, convendréis en que ni el acolchado asiento del vagón del ferrocarril, ni el suave movimiento del bien construído *landeau*, pueden compensar jamás lo que en un paseo á pie se disfruta.

La carretera no tiene los variados paisajes que nos dan las sendas y caminos vecinales; pero á su favor muestra la igualdad del terreno, el piso mejor, y la marcha, por lo tanto, más segura y uniforme.

Para largas distancias, indudablemente la carretera; el que desee limitarse á un paseo de recreo debe intentar el acceso á toda clase de caminos. Consejos son estos que los recomienda un incorregible andarín, abonados por la práctica más constante.

Cual el que no estudia ni investiga no alcanza á conocer los arcanos de la ciencia, así el que no efectúa paseos ó excursiones á pie, desconoce el encanto que produce y las emociones que hace experimentar la persistencia de este ejercicio.

De un frondoso bosque en el que habéis escuchado la sinfonía de los diversos seres que le pueblan, pasáis á un extenso campo de doradas espigas ó á una pradera cubierta de rojas amapolas.

A un lado batallones enteros de mazorcas de maíz lucen sus estiradas barbas; de otro, en revuelta confusión árboles grandes y chicos pertenecientes á todas las castas y familias. En una loma y desplegados en guerrilla parecen querer alcanzar la cumbre centenares de manzanos. Setos, espinos y argomales tachonados en el gran cuadro campestre aparecen aquí y allá, y una casa,

una vaca, una aldea, un puentecillo, son detalles que completan el escenario de la naturaleza.

Esto causa admiración y es una verdadera delicia.

¿Qué diríamos de un romano ó cartaginés sentado en un *sleping-car*? ¿No seguiríais con curiosidad las emociones grabadas en el rostro de aquellos hombres de la túnica y las sandalias? Pues para nosotros, los que acostumbramos andar á pie, hacemos la misma comparación en relación á este fin de siglo y época de los tranvías y bicicletas, con las noventa y nueve personas que de ciento no andan á pie más que lo necesario para llegar del café ó la oficina á su casa.

Alguna saludable reacción se está efectuando en el *sport* pedestre, y son ya muchos los andarines que organizan buenas marchas, pero esto no es bastante, es preciso que se convenzan las gentes de lo útil, práctico, higiénico y económico del medio de locomoción preconizado por San Francisco.

(1889)



Cosas que suceden

¿Ustedes no conocen á Miguel Bishar?

Pues Miguel Bishar fué uno de los habitantes de aquellas casucas ó barracas de la calle del Pozo (San Sebastián), que apoyadas en la muralla se mantenían en pie milagrosamente, allá por los años del reinado de doña Isabel II.

Joven, *chori-buru* de pura raza, ganaba su plato de judías machacando en hierro en una de las fraguas de la entonces calle de la Trinidad.

A las horas en que podía disponer de alguna libertad dirigía una pandillita de granujas, que corrían por las calles jugando al *apullá, apullá*, apagando las luces de las escaleras de las casas, y atormentando al pacífico vecindario con los repetidos aldabonazos de las puertas.

No había con él tranquilidad para los pobres pájaros, ni farol que permaneciese entero, ni vieja que no fuese embromada.

En la *escotillaco cale* y provisto de una jeringa, iba apagando todas la velas de sebo de las tiendas, único

alumbrado que usaban en aquella época, mientras que sus compañeros entraban á gritos en el establecimiento haciendo despertar sobresaltada á la infeliz vieja que dormía con la cabeza en el respaldo de la silla.

Los alguaciles hacían un consumo horroroso de mimbres, rompiéndolos en las costillas de tan aventajados muchachos, sin lograr más que apacignar por el momento sus picardías que al día siguiente volvían á reanudarse en mayor escala.

El desamparado Bishar llegó á cumplir sus quince sin otro aprendizaje que el que acabamos de narrar.

Huérfano y sin recursos se vió en el duro trance de optar por una resolución extrema. Sin embargo temía decidirse, porque su corazón le hacía *güir.... güir.....* enamorado de una linda Joshopa, que con el mayor salero del mundo llevaba la *herrada* en la cabeza y la hermosura en el semblante, y con quien tenía sus correspondientes cuentecitos.

Pero no hubo más remedio, dada su triste situación, que resolverse.

Una mañana salió de su albergue, con un pequeño lío de ropa en la mano y la muerte en el corazón, en dirección al muelle, donde le habían dicho se preparaba un barco á darse á la vela para las *Americas*.

Se acercó al famoso bergantín «*Paquete de San Sebastián*,» que se aprestaba para hacerse á la vela con rumbo á La Guaira, y presentándose al capitán le dijo:

—Señor, tómeme Ud. de *chucho*, no tengo padre ni madre, ni un cuarto, ni ganas de hacerme herrero, y quiero irme al otro mundo.

—Bueno, chico, bueno: ¿pero tienes alguna persona que abone tu conducta?

—Nadie, señor; fuera de la vara del alguacil Bombon, no hay quien pueda dar fe de mi persona.

Agradó al capitán la soltura é ingenio del muchacho, y creyendo que sacaría buen partido de él le inscribió en el rol del buque como grumete y con la condición de comido por servido hasta La Guaira, en cuyo punto Bishar quedaría en libertad de morirse de hambre.

Hay una frase que explica el por qué de muchas cosas que de otra manera serían inexplicables, la buena sombra, y una palabra, suerte, que lo dice todo cuando se ve á alguien en el pináculo de la fortuna.

Esto sucedió con el afortunado Miguel Bishar. Rodó como una bola durante cuarenta años por el centro y sur América; pero su ruedo fué tan provechoso que dueño de cien mil pesos, un magnífico gabán y flamante *chistera*, su fe de soltería en el bolsillo y con un físico muy bien conservado á pesar de sus cincuenta y cinco, acaba de llegar á su país natal tras de ocho lustros de ausencia y con ánimo de casarse para poder dejar sus patacones á personas queridas y sus huesos en su inolvidable *iru-chulo*.

Hace ocho días que recorre asombrado las calles, admirando tanta hermosura, y extrañado de la gran transformación que ha sufrido la antigua Easo, y á cada paso se para, exclamando: «*Au Donosti ederra,*» y no se cansa de mirar, ni de ver, ni de preguntar por fulano y zutano, amigos suyos de la infancia que yacen en Polloe.

Es muy probable que don Miguel se decida á construir una casita en Amara, y respecto á sus intenciones matrimoniales, ahora que es rico quisiera hacer feliz á su antiguo amor, si es que se encuentra libre y le quiere aún, pues nuestro *indiano* sustenta el principio de la constancia en el afecto y de que el corazón nunca envejece.

Ayer, al atravesar el *boulevard* con su reluciente *chistera* y largo gabán, vió pasar á su lado una vieja sucia y desharrapada, que iba envuelta en un mantón y con una *bombilla* de sidra en la mano.

La vieja, al ver á aquel caballero, clavó su mirada en él, é irguiéndose repentinamente, extendió los brazos gritando: «—*Bishar, Bishar,*» y dejó caer la botella que se hizo cincuenta mil pedazos. D. Miguel, todo horrorizado con aquella aparición, echó pie atrás exclamando: —«*Joshepa, Joshepa,*» — ¿eres tú? ¿Sales del infierno?

Y huyendo como alma que lleva el diablo, murmuraba entre dientes: «*me moriré soltero*».

(1890)



La fiesta de los Pepes.

En el último villorrio de la Península se sabe á estas horas que el Padre Santo, atendiendo á la gran devoción de que es objeto el Patriarca San José en España, ha declarado, el 19 de Marzo, fiesta de primera clase.

Con este motivo deber nuestro es felicitar el presente año por partida doble á los Pepes, Pepas, Pepitos y Pepitas, que con la resolución del Sumo Pontífice salen mejorados con relación á los que llamándose Crispulos, Doroteos, Gumersindos y Procopios, apenas si pueden aspirar á que se acuerden de ellos.

Tememos que esta disposición del Papa arme algún cisco en las regiones celestes, en las que hasta la fecha todos los santos han gozado del mismo privilegio.

Pero esta innovación ha de traer como consecuencia el que los moradores del Cielo pidan al Padre Eterno que para el próximo año les clasifique en la categoría que les corresponde, á razón del número de mortales de la tierra que llevan su nombre, como si dijéramos el sufragio universal de la Iglesia, pues según ellos esto ha motivado el ascenso de San José.

Y en verdad que causa más justificada no es fácil hallarla, porque si se trata de una familia, algún pariente más ó menos lejano necesariamente se llamará José ó Josefa; si de un batallón, una compañía la constituirán los que llevan ese nombre, y no creemos ningún absurdo el suponer que de los dieciocho millones de habitantes de España, cuatro ó cinco responden al nombre del glorioso Patriarca.

Está ordenado por la Iglesia que el 19 sea día de regocijo general, y aun cuando hasta ahora solamente el numeroso gremio de carpinteros acostumbraba á hacer fiesta y los demás menestrales á cerrar sus tiendas ó irse de paseo y todo el mundo á dejar de trabajar, hoy, merced al Breve del Papa, todos seremos oficialmente iguales.

—«Micaela ya sabes lo que ha dispuesto nuestro Santo Padre, que celebremos mañana el día de San José.

—¿Y qué tienes tú que ver con ello, si te llamas Cosme?

—Pero mujer, ¿vas á enmendar la plana al Padre Santo? Ea, ea, prepara para la fiesta algún extraordinario, á ver si vamos á merendar en el campo.

—Pues hijo, ya estás soltando la *mosca*.

—Es el caso, que aunque la Iglesia dispone que festejemos al Santo, yo no tengo *con qué*.

—Profano, materialista, cállate y no desbarres. Lo que la Iglesia ordena es que se oiga misa y se deje de trabajar; pero ya se ve, como tú no trabajas nunca, eso no reza contigo.

—Anda Micaelita, anda querida, déjate de sermones y corre en un instante al Monte de Piedad, á ver si la

tiene de este mísero gaban y te dan un durito para que vayamos de merienda á Loyola.»

De estos cuadros los habrá á centenares, porque nosotros seremos, eso sí, el pueblo más rumboso de la tierra, pero lo que es á pobres no nos gana nadie.

La mayor parte de los Pepes, los menos con recursos y los más empeñándose, celebrarán alegremente la fiesta.

Desengáñense Uds.,—nos decía un amigo,—mientras no se reforme el calendario disponiendo que de los siete días de la semana, seis se declaren de fiesta de precepto y se deje uno solo laborable, no se trabajará en España.

Haremos observar que la exaltación de la fiesta debe ser á San Pepe y no á San José, porque en este caso los Joseph franceses y extranjeros que llevan este nombre quedarán completamente desairados.

No deja de tener gracia que los Josés de Irún y Fuenterrabía hagan fiesta y los de Hendaya trabajen; pero se nos contestará que los de Hendaya son Josephs y los de Irún y Fuenterrabía Pepes, lo cual no es lo mismo ni mucho menos.

Nosotros en materia de Pepes los usamos desde el más encopetado señor don José, personaje que celebrará su santo con un exquisito *menú*, hasta el modesto Joshé el carpintero, que en la sidrería se contentará con algunos racimos de *lampernas*.

Este año bien podemos decir que la fiesta va á ser de P. P. aunque sin la doble U.

(1890)



Las hazañas de Coshcorra

Juan Coshcorra era un notable ejemplar de los granujas del puerto de San Sebastián que tenían su albergue en el populoso barrio de la Jarana.

Pertenecía á la familia de los anfibios puesto que desde que abandonó el pecho de su madre se zambullía con fruición en la dársena adquiriendo las condiciones de un excelente nadador.

Las tres cuartas partes del día las pasaba en el agua gritando: «*Caballero, eche Ud. dos cuartos*», y en unión de la cuadrilla de granujas que le seguía dentro y fuera del líquido elemento, se le veía todas las tardes desnudo y de pie sobre el pretil del muelle, tiritando como un perro galgo, esperar á que algún desocupado se decidiese á envolver la deseada moneda en un pedazo de papel y lanzarla al agua, de donde con pasmosa habilidad la sacaba en la boca nuestro héroe.

Organizaba regatas diarias á nado hasta la primera boya de la bahía, y en materia de *cingladuras*, *lentas* y otros ejercicios náuticos era tan hábil y práctico que no había quien le ganase en *Cay arriba*.

Estos entretenimientos acuáticos eran contrarios á los bandos de policía, así es que cuando uno de los compañeros colocado en acecho gritaba con fuerza *seldoría*, salían del agua apresuradamente, cogían la ropa bajo el brazo y en cueros corrían por las peñas del castillo, como alma que lleva el diablo, hasta lograr alguna anfractuosidad de la roca en la que á cubierto de las miradas y principalmente del bastón del agente municipal se vestían con toda tranquilidad. A veces la tarea no era tan fácil porque algún mal intencionado se divertía en hacerles nudos en la ropa mientras se bañaban, y los pobres diablos tenían que emplear mucho tiempo en desatarlos dando entretanto diente con diente.

Sigilosamente se apoderaban del bote de un patache ó quechemarín surto en la dársena y dirigido por Coshcorra salían á la bahía y se aventuraban mar adentro detrás del castillo de donde á veces en mal estado les traía á remolque alguna lancha pesquera.

Aunque Juan era tan pobre como una sardina (no siempre ha de ser rata), una familia caritativa de la población con ánimo de sacarlo adelante, pagaba su mensualidad en la memorable escuela de los gallegos, en la que dado su carácter indómito estuvo poco tiempo, pero lo suficiente para dejar recuerdos de su estancia.

En las horas de paseo él era el toro obligado dando cada cornada que hacía el vacío á su alrededor por lo bruto, y espantaba á sus compañeros en términos que si no le echan se queda la escuela sin un muchacho.

El inventó el famoso bálsamo de *barachuri* para que las regletas con que el maestro pegaba en las manos á

sus discípulos, se hicieran mil pedazos sin dolor del castigado.

Hecho un *perdis* en toda la extensión de la palabra, vagaba por esas calles recogiendo los pedacitos de carbón que caían de los carros de transporte ó metiendo mano en las tinas de anchoa que las rastras de bueyes conducían á la pescadería, hasta que sucedió lo que era natural y lógico, consecuencia de sus aficiones y necesidad de su precaria situación, y es que se embarcó en la primera ocasión que tuvo.

Navegó algún tiempo haciendo varios viajes y en uno de ellos naufragó en el paso de Calais, siendo socorridos él y sus compañeros por un buque francés que les transportó á Londres.

Los otros náufragos fueron repatriados, pero Juan Cosheorra prefirió quedarse en la gran metrópoli, porque nada tenía que hacer en su país y gracias á algunos donostiarras que encontró en las calles de aquella ciudad, comió durante el tiempo que tardaron aquellos buenos *erricoshemes* en proporcionarle una colocación en una fábrica de jarcias, donde aun se halla.

Algún tiempo después de instalado en Londres, Juan quitó el *orra* á su apellido para *inglesarlo* y se hizo llamar Coshe á secas, usando levitón y chistera que en Londres no es signo de riqueza sino más bien de miseria, como lo demuestra el que lo gasten albañiles y canteros en su trabajo; naturalmente que prendas deterioradas.

Con un sueldo regular vive modestamente nuestro Cosheorra en la fábrica de jarcias con la esperanza si no

de quedarse con ella, al menos de obtener parte en los beneficios, como se lo han prometido los socios.

Hace dos años con el producto de sus economías vino á visitar el teatro de sus hazañas, su inolvidable *iruchulo*. Le aguardábamos en el andén el día de su llegada llenos de emoción, cuando bajándose del coche y dándonos un apretado abrazo nos dijo en ese mal castellano peculiar suyo que le seguirá hasta la tumba:

—No te creas que vengo *indiano*, aludiendo sin duda á su buena ropa, pero ya tengo lo supiciente para viajar en *Pichilingar*... y nos señalaba el departamento de vagones-camas de donde había descendido.

(1890)



La huelga del agua

Dormía como un bienaventurado la mañana del domingo, cuando un incesante ruido de voces, carcajadas y cuchicheos, me hizo despertar sobresaltado, obligándome á llamar á la doméstica para endilgarla una severa reprensión.

—Señorito, dispense Ud., pero toda la vecindad se halla alborotada con eso del agua, y esta es la causa de la algarabía que Ud. siente.

—Pero, mujer, ¿qué es eso del agua?

—Pues que por mucho que se abre el grifo el agua no sale y....

—Vamos, que habrán cortado la cañería para su recomposición, y con tan plausible motivo os empeñáis en que yo madrugue.

Ello es que toda la población se hallaba entre ocho y nueve de la mañana del domingo, precisamente á la hora crítica del chocolate y del aseo personal, sin que el agua pareciera por ninguna parte.

Esto motivó una verdadera peregrinación de las sirvientas del vecindario en busca de tan preciado elemento.

Centenares de fámulas provistas de cántaros, jarras, botijo, herradas, cubos, botellas, garrafas, y los productos más extraños de la zincquería y alfarería, recorrían las calles en numerosos grupos con dirección á la fuente de la Salud, única que por recibir sus aguas del manantial de Morlans, manaba.

Esta romería tenía todas las trazas de una huelga de criadas, llevándose los enseres de sus amos.

Y que fué huelga, no cabe dudarlo, pues además del paseito con la compañera y el novio, las lenguas de las maritornes holgaron cumplidamente en las bocas, con todo género de comentarios, mientras sus *personitas* formaban larguísima cola en la fuente esperando el turno de cada cual.

—Tú, *nesca sarra*, á ver si concluyes de llenar ese puchero, que mi señorita aguarda aún el chocolate y me va á regañar.

—*Utican lotza gabia*, más te vales guardar ese lengua y no insultar, castellana, más que castellana.

—*Vishenta, jangoicoaretic*, pronto, pronto.

—Eh, eh, no *arrempujar*, que ya habrá para todos.

—Esa morena á la cola.

No es para descrito el barullo que en la fuente se armó y los esfuerzos que tuvieron que hacer los municipales para mantener el orden.

Agua más estimada ni la de Lourdes.

Ni las *escenas pintorescas de Massenet* con música, pueden compararse á las que con motivo de la carencia de agua se presenciaron en las familias.

Alguien que padece enfermedad crónica local que

requiere la constante aplicación del agua en la parte dolorida, hubo de bañarla en leche.

Conozco un individuo que efecto de su sucia profesión no se lava más que los domingos para toda la semana, y que al saber que no había agua exclamó:—pues hasta el domingo que viene.

En vista del conflicto se pensó en utilizar la mar salada; pero afortunadamente, para las diez de la mañana *ya vino esa señora*, según me anunció mi criada al sentir el chorro que caía del grifo.

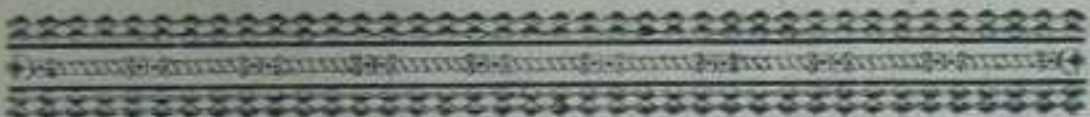
En los comienzos del jaleo corrió por la ciudad la noticia de que se había retirado el agua de San Sebastián, é intuitivamente, todo el mundo corrió á la Concha y la Zurriola á ver si los peces se habían quedado en seco.

Pero, principalmente los mayores perjuicios han sido para las amas de gobierno, que vieron interrumpidas sus tareas cotidianas con la falta del agua para usos domésticos.

Preguntado por los vecinos el municipal de la esquina que á qué era debida la carencia del agua, contestó que la cañería había hecho *exposición*.

Hay que desengañarse, no era eso. Lo que sí era, es que también el agua quiso holgar á semejanza de los obreros en Mayo, y reventando el estrecho cilindro que le aprieta y comprime quitándole su libertad, se derramó por la carretera en un momento de expansión.

(1890)



AL CASERÍO

(CUADRO VASCONGADO)

Bajamos de la *charrete*, en un recodo que hace la bien cuidada carretera por la que se había deslizado nuestro vehículo como sobre el mejor entarimado, y sin que tuviésemos que sufrir, gracias á la esplendidez de aquella tarde de otoño, ni polvo, ni viento, ni frío, ni calor.

En el recodo, formando línea con la carretera, se levanta una hermosa casería, y desde la puerta de ésta arranca el camino que emprendimos y que unos metros más adelante va á perderse en la espesura. Ya en ésta, un hilo de agua que corre casi escondido entre la maleza y cuyo murmurio apenas se hace perceptible á corta distancia, servíanos de guía hasta dar con nueva señal que trajera á nuestra memoria el recuerdo de haber transitado por aquellos agrestes lugares, dándonos á entender que no habíamos equivocado la dirección.

Andábamos con paso moderado, preservados de los

rayos solares en largo trayecto por el túnel natural de la selva que nos prestaba ansiada sombra.

El bosque presentaba indecible encanto. Con el sombrero en la mano, la ropa desabrochada y la imaginación volando en alas de la fantasía, sin dejar de caminar un momento, disfrutábamos con delicia del aire puro, del bonito paisaje, de las sorpresas que á cada instante ofrece la naturaleza, rodeando nuestros cuerpos de una sensación de bienestar tan grande que difícilmente puede explicarse.

Mi compañero y yo apenas si nos dirigíamos la palabra.

Preferíamos aprovechar el tiempo en aspirar oxígeno puro para contentar á los pulmones y darles la necesaria elasticidad. Y alegres y satisfechos continuamos la ruta sin acordarnos de que hay un más allá de miserias y ambiciones que hacen al hombre tan desgraciado.

A la larga mi acompañante hubo de interrogarme:

—«Si no me equivoco, dijo, este seto pertenece á la propiedad que vamos á visitar.»

—«Pues te equivocas le contesté, porque yo recuerdo que hay que seguir la rogata en toda su extensión hasta la falda de la montaña, y una vez en esta, desviarse á la derecha y subir á una pequeña colina en cuya cima se halla el caserío *Berviozabal*, objetivo nuestro.»

Profusión de moras, de hongos y espinos se ven en aquel terreno; íbamos pisando el musgo ó por entre zarzas y follage sin camino ni senda, borrados por la acción del tiempo, y procurábamos, á pesar de lo intrin-

cado de la selva, no apartarnos de la línea del arroyuelo.

Despejado un tanto el horizonte se presentó ante nuestra vista en el fondo del cuadro una alta y extensa cordillera sin apenas vegetación, y en alguna de cuyas secciones se veían infinidad de puntitos blancos denunciándonos la existencia de rebaños de corderos.

Las florecillas silvestres abundaban de tal manera á nuestro paso, que, cogiendo á la ventura acá y allá, formamos un precioso ramo.

Tras de un gran rato de marcha y á la aproximación de la inmensa montaña llegamos á terrenos labrantíos donde frondosos maizales y principalmente crecido número de manzanos cubriendo laderas y colinas, daban la nota dominante. Ciertos detalles nos hicieron sospechar si habríamos entrado en jurisdicción propia, cosa que á la verdad nos llenaba de júbilo, porque el aspecto del soberbio manzanal que teníamos delante era una bendición del cielo.

¿Sería el nuestro?

En tal caso, ¡qué afortunada cosecha, y qué porvenir de *sagardua* nos esperaba!

—«¿Y cuántas *cargas*, poco más ó menos, crees tu que habrá aquí? pregunté á mi compañero.»

—«Hombre, eso no puede calcularse así á ojo de buen cubero; pero ya te lo dirá mejor que yo el casero.»

—«Hum..... el ojo del casero enflaquece al amo y si esto no es refrán, es cuando menos verdad.»

Estando en contemplación del hermoso fruto pasó junto á nosotros un muchacho que aguijoneaba á una

vaca, y al cual le preguntamos: —«Chiquito, ¿es este el caserío Berriozabal?» —«Sí señor, el mismo.»

Cerciorados de que nos hallábamos en casa propia nos dedicamos á visitarla.

Reconocido el manzanal dirigímonos á la casería por una empinada cuesta toda tapizada de suave musgo, y ante la puerta de la enorme vivienda, antigua casa solariiega, apercibimos á un hombre de edad madura ocupado en encender su pipa.

No nos costó gran trabajo conocer á Juan Domingo, el casero, apesar de que no le vemos generalmente más que una vez al año, cuando se presenta el día de Santo Tomás á traer la renta, ó á decir que no la trae, que es las más de las veces. Pero él, muy entretenido con su pipa, se hacía el sueco y no daba señales de haberse enterado de nuestra presencia.

En los caseríos los perros se encargan de avisar con tiempo que recorre la jurisdicción gente extraña.

Los caseros, sin mirar nunca, ven siempre; y aunque aparentemente absortos en su faena agrícola, no se les escapa ni un mosquito.

Obstinado Juan Domingo en no vernos, fué preciso que nos acercáramos á boca de jarro, y aun á trueque de aspirar el insoportable humo de la hoja de berza que fumaba, decirle:

—«Hola, Juan Domingo, que tengas muy buenas tardes; ¿cómo estáis todos?»

—«Buenas tardes, señor amo, *ya nos levantamos* (locución que, como la mayor parte de las vascongadas es intraducible).»

«Me alegro, me alegro mucho; y dime, ¿qué tal de manzana? Ya hemos visto el soberbio aspecto que presenta el manzanal y el buen cariz que ofrece el campo en general. No es extraño, con la excelente otoñada que venimos disfrutando..... Vamos, Juan Domingo, que lo que es este año no te quejarás.

—Señor amo, mejor sería que lloviese un poco. La manzana psss..... la manzana comienza por parecer algo y luego resulta que no es nada.»

—«Pero hombre, ¿negarás lo que hemos visto con nuestros propios ojos? ¡la hermosura del fruto y tan grande abundancia!

¿A qué precio has hecho el ajuste?»

—«Precio, precio, por ahí dicen que se ha pagado hasta seis duros la carga; el del caserío Pinchorro la ha vendido á cinco, y yo, para evitar que se me pudra el fruto al pie del árbol, he tenido que cerrar el trato á cuatro duros y medio.»

—«Has hecho muy bien, y mejor todavía si la hubieses regalado, grandísimo atrevido; así saldrás más pronto de trampas.»

—«¿Qué quiere Ud. señor amo! este caserío se halla lejos de todas partes, el fruto no es tan bueno como parece, el manzanal es viejo y los árboles están muy cansados.»

—«Mira más cansado estoy yo de tí, y sin embargo te aguanto, y espero con santa resignación á que me pagues los atrasos.»

«Te portas, Juan Domingo, veo que estás haciendo méritos para que yo te considere.»

Adiós encantos de la Naturaleza, delicias del improvisado paseo; el maldito positivismo con su lucha por la existencia venía á echar por tierra nuestro idilio.

Y es claro, ya notábamos que el sol nos molestaba demasiado, que nuestros cuerpos estaban bañados en sudor, que la tarde avanzaba á paso de gigante, en fin, todos los inconvenientes de una larga caminata y no teníamos otro deseo que el alejarnos cuanto antes de aquel lugar. Pero el casero insistió en la enumeración de una serie de calamidades, precursora de un aplazamiento de la próxima renta y no hubo más remedio que escucharle.

La vaca no daba leche, el ternero había sido mal vendido, la mujer padecía reuma, la abuela no servía más que de estorbo, el maestro zurraba á los chiquillos en la escuela de la aldea, la cosecha de trigo ni siquiera alcanzaba para alpargatas, el hijo mayor, el *heredero* de la hacienda, se emborrachaba con frecuencia, había goteras en el tejado, el mejor tabique de la casa resentido, la cuadra en estado deplorable, y lo más importante, que el sol no aparecía cuando se le llamaba y la lluvia anegaba la cosecha cuando no hacía falta.

El cuadro de las plagas de Egipto era una diversión comparado con lo que oímos de labios de aquel hombre.

Para cortar por lo sano iniciamos el regreso en dirección distinta de la que habíamos llevado, y guiados esta vez por un chiquillo hijo de Juan Domingo; mas apenas andados algunos pasos nos ocurrió volver la cabeza y notamos delante de la casa un enjambre de hombres, mujeres y niños, en número hasta de veintidós,

que para presenciar nuestra marcha se reunieron con sin igual contento, pues sabido es que la familia del casero no gusta de las visitas del amo, y que ni siquiera habían tenido la atención de presentarse durante nuestra presencia.

El chiquillo nos dijo que la mayor parte de aquella gente pertenecía á la familia de Juan Domingo y habitaba repartida en los caseríos inmediatos.

Caminando, de vuelta, nuestras reflexiones se fijaron principalmente en la triste condición del colono vascongado. Acabábamos de mostrarnos duros con el que cultivaba nuestra finca, habíamos pasado un mal rato al ver tanta desidia y abandono; pero más sosegados y tranquilos, la elocuencia de los hechos nos hacía convenir en que la pobreza del suelo, la inseguridad del clima y el exceso de población agobian á los habitantes rurales de nuestro país obligándoles á buscar en la emigración los medios de subsistencia de que aquí carecen.

Cansados estamos de oír pregonar que el casero es un hipócrita, que cuando según costumbre, al hablar se rasca la cabeza, está engañando al amo, que llora y finge males y desdichas que no siente; mas ello es que ninguno sale de pobre, y si se presenta alguna excepción, seguramente que será en alguno que ha regresado de la América y que entre centenares de emigrantes habrá obtenido la categoría de *indiano*, ó rico.

Condolidos en extremo, procuramos hacer variar de rumbo á nuestras ideas, y poco á poco fuimos olvidando los sinsabores de la visita á *Berriozabal* y el lado práctico de la vida para volver á admirar la parte pintoresca

del paisaje y los variados tonos que nos ofrecía la puesta del sol, en aquel magnífico día de otoño.

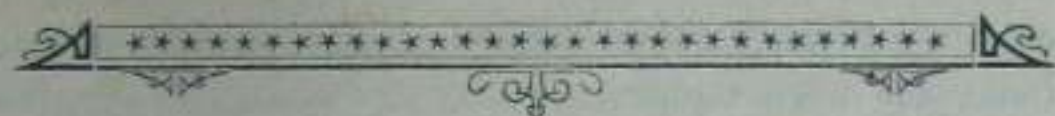
A la media hora de marcha ya no nos acordábamos de Juan Domingo ni de la manzana, y nuestra conversación fluía sobre la conveniencia de la vida campestre y los excelentes resultados del ejercicio á pie.

Innecesarios los servicios del chicuelo, después de divisado á un kilómetro de distancia el pueblo al que encaminábamos nuestros pasos, le despedimos con una propineja que había de dar lugar, al enterarse sus hermanos, á una batalla campal.

En el pueblo nos aguardaba, hacia ya rato, la *charrrete*.

La noche había tendido su negro manto y no se veía más que la cinta blanca de la carretera por la que, con la velocidad del rayo, éramos arrastrados en nuestro vehículo por el noble cuadrúpedo, ansioso de llegar al término de su carrera.

(1890)



La boda del mendigo

En otro tiempo vivía, si vida puede llamarse al por-diosear, un mendigo desharrapado que contaba ochenta inviernos cumplidos.

De su cabeza había desaparecido el pelo; su barba enmarañada larga é inculta, era blanca como la nieve; apenas si podía tenerse en pie, y lo poco que andaba lo hacía encorvado y apoyándose en un bastón.

Sus ojos se mostraban fríos y apagados en las grandes concavidades óseas, y las manos le temblaban presa de movimiento nervioso, sin que le fuera posible coger ni retener nada en ellas.

Cubría sus harapos con una vieja capa compuesta de sinnúmero de retazos de distintos colores y cuyos jirones certificaban la posición social de su dueño.

Este miserable octogenario habitaba una cueva en la falda de la montaña, sin más ajuar que un puñado de paja, una jarra y una escudilla.

A corta distancia de la cueva se veía una mala choza construída toscamente con tierra, troncos y ramas de árboles, y en ella moraba una viejísima mendiga, de-

crépita y sucia, y que al decir de las gentes de la aldea tenía más de cien años.

Su boca, huérfana de dientes y muclos, ofrecía las encías gastadas; los dedos parecían garras, las mejillas surcadas de grandes arrugas daban á la piel de la cara el aspecto de un pergamino; sus ojos eran dos agujeros cavernosos por los cuales apenas si entraba un resquicio de luz; sorda por la acción del tiempo, los fuertes estampidos de los disparos de la pólvora y el sonido de las campanas lanzadas á vuelo no herían su aparato auditivo; y hablaba muy poco y con palabras vacías de sentido.

Desde años atrás ayudábase para andar, con báculos, pues sus piernas, paralizadas por el largo período de quietud en que yacían, se negaban á ponerse en marcha.

Usaba desusados guñapos que mal cubrían sus enjutas carnes, y pedía limosna en el crucero de los caminos ó ante la puerta de las viviendas de los próximos pueblecillos.

Indiferentes el uno para el otro, vivieron tan cerca muchísimos años ambos mendigos, sin caer en la cuenta de que la común desgracia era un aliciente para reunirlos.

Una deliciosa tarde de primavera se arrastraron estos dos desdichados seres hasta el pie del mismo árbol, á que los rayos solares vivificaran sus ateridos miembros; y alegres y contentos cual los insectos que vuelven á la vida tras de un letargo prolongado se miraron por primera vez.

Apolo hizo el milagro de remover algunas chispas en las cenizas casi apagadas del corazón de los dos viejos.

Poseído de repentino entusiasmo amoroso quiso él depositar un casto beso en la arrugada frente de la anciana: pero la cabeza de ésta que involuntariamente oscilaba con ese movimiento propio de la senectud, no se colocaba en el camino de los labios del mendigo, y cuantas veces éste, todo tembloroso, intentaba cumplir su respetuoso deseo, otras tantas se veía defraudado. Atribuyó la causa al pudor, mas ella desesperábase de no poder, contra su voluntad, acceder á los transportes de cariño de su compañero de miseria.

Algo murmuró entre encías la centenaria que no debió comprender el anciano. Pero éste, en el paroxismo de su pasión, exclamó:

—«*Tierna Hero, yo seré tu Leandro;*» á lo que la vieja contestó:

—«*Antes de nuestro feliz encuentro bajo este árbol, frío glacial embargaba mi cuerpo; mi vida era una noche eterna, mas ahora yo soy Venus y tú eres Adonis.*»

El amor en estos dos pobres seres hablaba el mismo lenguaje apasionado que el de dos jóvenes amantes, porque Cupido, que reina en el hombre, no le abandona desde la cuna á la tumba.

Tan virtuosos mendigos, no queriendo en las postrimerías de su vida ser indignos el uno del otro, acordaron bajo juramento casarse el primer día festivo.

La noticia de esta boda se propagó de monte en valle, de aldea en villa á veinte leguas á la redonda, y muy especialmente entre la numerosa población de mendigos del contorno.

El día señalado, cojos, ciegos, mancos, leprosos, sordos y mudos, se reunieron para asistir á la ceremonia.

El novio llegó hasta el altar de la venerada ermita, empujado y sostenido al mismo tiempo por los brazos de dos cojos que le llevaban en medio.

La novia fué conducida entre dos ciegas, á quienes, á pesar de duplicarles la edad, las dejaba constantemente detrás, sin duda como una demostración de que el amor es ciego.

El cura de la aldea inmediata á quien aquel pueblo mendicante había suplicado la asistencia, y que por rara casualidad se hallaba también lisiado, los casó con un viejo anillo de cortina en señal de arras.

La desposada era tan vieja, que no pudo encontrar una ascendiente que la sirviese de madrina.

Terminada la ceremonia, aquella extraña multitud prorrumpió en gritos de entusiasmo y manifestaciones de alegría que contrastaba singularmente con su miseria. Hubo dicharachos y bromas para los recién casados, y un manco guasón se comprometió á prohiar los hijos del nuevo matrimonio.

El banquete de boda dió comienzo en una pradera, junto á la ermita, concurriendo á él toda la nata y flor del pueblo mendigo.

El *menú* se componía de buena porción de huesos recogidos en las calles, de zanahorias, hojas de berza y otras hortalizas marchitas sustraídas de las cajas de basura, alguna ave ó cuadrúpedo desenterrado y restos de comestibles cazados aquí y allá; y sin embargo, toda

aquella gente hacía honor á tan repugnante festín capaz de producir náuseas al estómago mejor constituido.

Un alma caritativa, compadecida de la horrible miseria, el cura lisiado, les envió un manjar para ellos de los dioses, consistente en unas cuantas libras de pan moreno, alguna patata y una cántara de abocado peleón.

Un hurra que produjo el generoso donativo repercutió de monte en monte, y aquellos representantes del hambre se lanzaron sobre el pan como fieras.

Al poco rato yacían la mayor parte por el suelo, borrachos perdidos, y los novios queriendo dar el ejemplo, se excedieron en términos que quedaron también tendidos en el campo.

Los que conservaron sano el espíritu quisieron cantar y bailar é improvisaron una orquesta con llaves, cadenas, báculos, cencerros y cuantos objetos hallaron á mano, produciendo un estrépito infernal, al que se unía la destemplada voz de tanto pordiosero. Hubo cojos que bailaron y sordos que desgañitaron su garganta; pero el espectáculo fué de los que no se ven con frecuencia en la vida.

El jaleo y la algazara de aquella pobre gente, que al día siguiente tenía que continuar su calvario de miseria, no terminó hasta muy entrada la noche y entonces en hombros tuvieron que conducir al viejo matrimonio á la choza de la desposada, en la que inertes como dos troncos arrojaron sobre la paja á los recién casados.

A la mañana siguiente había enterrados dos cadáveres más en el cementerio del pueblo.

(1890)

Hombre agradecido

(Un caballero ojeando con impaciencia los periódicos.) ¡Desgraciado de mí!..... ¡Grandísimo torpe!..... ¡Qué desesperación!..... ¡Era el pan de mis hijos!..... ¡Extraviar así, tan sin fundamento, diez mil duros en billetes cuando iba á emplearlos en valores, sin haber tenido la precaución de fijarme en el número del coche!.....

¡Soy un beduino!

¡Nada en el *Diario de Avisos*!

(Con indignación.) Y estos son los periódicos que se dicen bien informados!.....

¡Pero qué idea tuve de meterme en aquel funesto carruaje!.....

(Con furia.) ¡Es cosa de estamparse los sesos contra la pared!.....

La Correspondencia ¡nada!..... ¡Cómo resarcirme de esa pérdida!..... ¡Las economías de tantísimos años!..... ¡Qué voy á hacer ahora Dios mío!..... ¡Y mi mujer que llega mañana!..... ¡Facilito será convencerla de que no he perdido en el juego ó gastado alegremente ese dinero!.....

¡Nada tampoco en *El Imparcial*!... ¡Esto es desespe-

rantel!..... ¡Vale más pegarse un tiro y concluir de una vez!..... (Con vehemencia) ¡Daría con gusto diez mil pesetas!..... ¡Y este *Liberal* que no dice nada!..... ¡Veinte mil!..... ¡La mitad si fuese necesario, por recuperar el dinero perdido!..... ¡Así, al menos, no quedaría arruinado!.....

(Todo emocionado.) Pero qué veo, Dios santo..... el coche 913..... Inspección de Policía..... cincuenta billetes de á mil..... ¡Ay..... ay..... esta alegría me mata! (Se sienta sofocado.) Leamos con calma..... una cartera de piel de Rusia con chapas de metal, varias cartas y cincuenta billetes..... Es la mía..... me salvé..... corro..... (Volviendo á leer.) Serenidad, debe ser la mía, sí..... el cochero del número 913..... ¡Oh qué hombre tan magnánimo y honrado!..... ¡Dignísimo ejemplar de la clase!..... ¡Virtuoso cochero!..... ¡Mi salvador!..... ¡Con menos motivo se concede la cruz de Beneficencia!..... (Paseándose.) Por fin respiro..... (Se suelta el chaleco.) En la Inspección de Policía del distrito estará mi cartera en manos seguras, pero..... no, nada de precipitaciones, aguardemos un rato, ya iré á recogerla, y es preciso que me presente como quien ha perdido cosa de poca importancia, el pañuelo, por ejemplo, no sea que me venda la emoción y me tomen por un baturro.

(Reflexionando.) Y ahora vamos á cuentas, ¿qué gratificación voy á dar yo á ese grande hombre?

Quiero y debo ser espléndido y agradecido; una acción como esa no tiene precio, ni se paga nunca lo bastante.

Le daré mil pesetas..... sin embargo, mil pesetas son

muchas pesetas y no se encuentran así, á la vuelta de una esquina..... aunque á veces algunos imbéciles las pierdan en los coches..... Es igual, me parece mucho..... creo que con quinientas pesetas se quedará contento, esta suma representa una acción que produce interés, un valor cotizabile en Bolsa.

Mas ¿y si esto no fuera suficiente? Vaya, vaya, tranquilicémonos.

En mi pueblo el peón caminero encontró en la carretera un diamante que se había desprendido de un pendiente de la mujer del alcalde, y por toda gratificación le dieron cinco duros que pareció á todo el mundo un derroche. Y un diamante no es como un manojo de billetes metido en una cartera. Es bastante más difícil de encontrar.

¿Si le daré cien pesetas? Juzgo una cosa razonable. Cien pesetas, son, después de todo, cien pesetas..... y el cochero no habrá necesitado sudar mucho para ganarlas. Le ha bastado con abrir la portezuela de su coche!.....

Indudablemente que ha tenido la gran suerte el tal cocherito. Porque vamos á ver, ¿cuál es la vida que llevan esos *aurigas* alquilones?

Pues se dice que son unos tunos, bribones, borrachos, capaces de cualquier cosa..... No es que yo pretenda incluir en este número á mi generoso salvador el del coche número 913..... ¡Oh de ninguna manera, pero en fin....., ¿quién sabe? Y si le doy las cien pesetas ¿qué es lo que va á hacer de ellas?

Seguramente las *beberá* enseguida en medio de una orgía.

¡Y yo un hombre tan formal!..... ¡un padre de familia!..... ¿he de fomentar el vicio con el pan de mis hijos?.....

Hay que ser justo, pero no atolondrado y no dejarse llevar así como quiera de los impulsos del corazón!.....

Decididamente le gratificaré con cincuenta pesetas.... sí..... puesto que ha perdido algún tiempo prestando declaración en la Inspección de Policía.

Comprendo que en este asunto no ha sido todo desinterés y que el incentivo de la recompensa ha entrado por mucho en la restitución.

¿Cómo explicar de otra suerte el móvil de un descamisado?

Por de pronto él creería que yo había tomado el número de su carruaje y que, habiéndome apercebido al poco rato del extravío de la cartera, iba á dar parte á la policía y sería detenido.


Quizás el muy vanidoso lo habrá hecho porque su fama recorra en letras de molde los ámbitos de la Península, ó con la egoísta esperanza de que no pudiendo justificar el dueño la propiedad de ese dinero y pasado el plazo que marca la ley, quedase para él.

No me gusta que me engañen, ni que nadie se burle de mí, no señor; soy reconocido eso sí, pero no quiero pasar por pródigo.

(Tomando una resolución.)

Voy á darle cinco pesetas á ese hombre; es una cantidad respetable, y de paso advertiré al inspector de Policía que le vigile mucho.

(1891)



Un cachito de mi tierra

(DEL NATURAL)

En la verde loma la blanca flor de los manzanos alegra el paisaje.

Asoman aquí y allá en el conjunto del terreno inmensas caserías cuyas ventanas parecen ojos que vigilan la propiedad.

El cielo de un azul pronunciado en la línea del horizonte hacia el mar, cúbrese en el centro de revueltas nubes, semejantes á grandes masas de algodón que impelidas por el viento cruzan lentamente la grandiosa bóveda.

Entre celajes el sol poniente dirige sus rayos á la tierra que los recibe oblicuos y velados, dando un color de oro viejo á los cirrus que voltejean en el espacio.

Por encima de la loma se destaca la perfilada línea de una extensa montaña algo lejana, y en cuya cúspide se ven de trecho en trecho una casita, un bosquecillo, y

las moles graníticas de la constitución geológica de su suelo.

A la derecha del observador apercíbese una colina toda cubierta de terrenos labrantíos y abundantes pastos. El color negruzco de la tierra demuestra haber sido removida para la próxima siembra, y el tono agarbanzado, que se ha recogido la cosecha.

La alfalfa, la alholva y otra diversidad de herbáceas útiles al ganado verdean aquel campo, que en su variedad presenta aún las secas cañas decapitadas que han sostenido las mazorcas de maíz, los batallones de enhiestas plantas de haba, la profusión de flores silvestres que sin orden ni concierto crecen por doquier, los esparramados manzanos que simulan un ataque en guerrilla á la cúspide de la colina, y por término y como surgiendo del centro del mogote, la pequeña torre de una ermita rodeada de los tejados de algunas viviendas.

En el fondo del barranco por donde corre la regata, colosales álamos acompañados de arbustos de todas especies, cuyas ramas comienzan á cubrirse de tupida hoja anunciando la proximidad del estío, forman un túnel de verdura en la larga línea del arroyuelo.

A la izquierda se encuentra el vértice de las dos lomas que con la colina completan el primer término del cuadro, y en cuya intersección vemos una casería reedificada que ocupa la mitad de su perímetro anterior señalado por las paredes en ruina cubiertas de hiedra, (como esas prendas que hereda un flaco de un corpulento) y que probablemente su dueño al restaurarla habrá querido circunscribirse al gasto necesario y preciso

según las teorías económicas modernas de mayor utilidad al capital; bien opuestas por cierto á la liberalidad con que nuestros abuelos construían las caserías comunemente destinadas á casas solariegas.

El gorjeo de los alegres pajarillos, los continuados ladridos de los perros, algún *aida* ó algún *óoo*..... que denuncian que por aquellas inmediaciones la gente se dedica á las faenas agrícolas, y otro ruido muy común pero muy especial que en esta tierra vascongada se oye con frecuencia en los sitios donde convergen arroyuelos y regatas, ese chasquido ó *chissss*..... prolongado, efecto de los golpes que sufre la ropa al ser sacudida chorreando sobre la ancha losa por las manos de nuestras rústicas lavanderas que con agua hasta la rodilla en todas las estaciones del año lavan sin descanso, son los indicios de vida y movimiento que en el paisaje se notan.

En un cuadro de terreno despejado cuatro robustos caseros trabajan en correcta fila removiendo con layas la tierra. Visten boina azul, faja del mismo color, pantalón deteriorado por el uso é incoloro, y están en mangas de camisa.

Con movimiento uniforme levantan las herramientas, cuyos dientes de acero brillan fulgurantes al sol, las hincan en tierra, colocan el pie para ahondar el surco y vuelven á comenzar la operación con toda precisión, cual soldado que maneja en varios tiempos su arma.

Una mujer, descalza, con refajo de color de sangre de toro, sencillo corpiño y pañuelo multicolor en la cabeza va con una azada deshaciendo á golpes los voluminosos terrones que las layas dejan.

La jarra de *pitarra* adosada á un manzano, fuente de donde manó su contenido, aguarda el instante de verse libre del líquido que la llena y que pasa á grandes tragos al estómago de los trabajadores, y nunca falta el perrillo ó perrazo que indolente dormita mientras sus amos trabajan, porque á su vez vela cuando éstos descansan de las fatigas del día.

Tampoco faltan los consabidos chicuelos de todas edades que medio desnudos se refocilan en la hierba jugueteando con cualquier cosa, ni el muchachuelo que de regreso de la escuela y con la cartera de libros en bandolera desemboca alegremente por una de las sendas de la propiedad, silbando la canción más popular de la comarca.

En una hectárea de terreno próximo que ha sufrido ya las operaciones preliminares de la labranza, la rastra de agudos dientes tirada por una yunta de bueyes abre varios surcos en la tierra para que la simiente que en ellos se arroje encuentre cuna donde desarrollarse. Encima de la rastra va colocada una gran piedra que con su peso hace que penetren más profundamente los dientes.

El casero agarra con una mano este artefacto agrícola, y con el aguijón en la otra azuza al ganado cuando observa que la pereza ó el cansancio enervan á éste sus miembros.

¿Verdad que esto que vieron nuestros antepasados desde tiempos muy remotos, nos parece sin embargo, al mirarlo nosotros ahora, cosa nueva, precisamente porque estos procedimientos tan primitivos de labranza van

desapareciendo por completo de las naciones más ricas y adelantadas?

Comparémoslos con los empleados en el Nuevo Mundo en el que máquinas de todas clases se destinan á sembrar, recoger y transportar la inmensa producción agrícola que se da en aquellos dilatadísimos campos.

Este moderno sistema convendrá mejor á las grandes necesidades materiales de nuestro siglo; pero ¿cuánto no ha perdido con ello la poesía, que es al fin el alimento del alma?

En la Euskal-Erría podrá ser el terreno ingrato para la labranza, mas para la poesía y el sentimiento su producción no tiene rival.

(1891)



Un cuadro realista

(PASAJES)

No siempre ha de ser la poesía de las flores, la belleza del panorama, el ideal de la naturaleza, lo que canten los que presumen de literatos.

Alguna vez han de ocuparse de la poesía que encierra para la existencia material el desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio.

Con este objeto fijamos las ideas para intentar dar á conocer al público el animado cuadro que el seguro puerto de Pasajes presenta con motivo de la exportación actual de nuestros vinos.

Quien disponga de un momento desocupado para recorrer en todas direcciones los muelles del citado puerto, creera, con lo que allí vea y observe, que España es la primera nación comercial del mundo.

Cansa la vista tenderla por entre el sin fin de vagones que, atestados de pirámides de barricas, se aglomeran en las numerosas vías de aquellos terrenos.

En los muelles, en las plataformas, en los almacenes,

en los buques, por el suelo y en todas partes, no se ve más que envases conteniendo nuestro primer artículo de exportación; el vino.

La cantidad de pipas es tal, que asemejan innumerables rebaños hacinados en reducido espacio.

Las máquinas no cesan de maniobrar todo el día, dejando, tomando y apartando vagones.

Trenes ordinarios, suplementarios y especiales, arrastrando convoyes inmensos cargados de vino llegan del interior de España, y centenares de braceros hallan ocupación en la carga y descarga de esta mercancía.

Dícese que se calculan en 20.000 las pipas reunidas en este puerto en expectación de embarque, y los aficionados á estadísticas saben que en la línea, desde Alsásua á Pasajes 3.000 vagones contienen el estimado líquido.

Se presume, con fundamento, que hay más vino en las barricas que agua en la bahía, aun descontada la parte alicuota que de esta habrá en las barricas.

Una escuadra de cuarenta vapores tendría en los muelles de Pasajes despacho en breves horas.

¿Quién había de predecir al antiguo fangal que aun hace pocos años recibía el nombre de puerto, por cobijar en él únicamente las lanchas de los pescadores y sus famosas bateleras, que tan pronto había de ver surcada su bahía por grandes vapores?

Napoleón la codiciaba como situación marítima militar de gran importancia; pero los españoles la hemos convertido en rica y próspera, que es algo mejor, hasta el extremo de que hoy en día se recauden más derechos arancelarios que en la capital de España.

El extranjero que, al pasar, contempla desde la ventanilla del tren el aspecto de este puerto, no podrá menos de figurarse que continúa su viaje por uno de los centros más importantes de comercio.

El pero en esta ocasión está en que esta repentina atrofia de mercancías no es la normal, aunque estos últimos años haya subido mucho el movimiento ordinario del puerto.

La funesta fecha de 1.º de Febrero la tienen todos los cosecheros delante de los ojos; antes de la terminación del tratado expiden sin pérdida de tiempo sus caldos y la cantidad que llega crece en tal proporción, que no hay vagones, ni buques, ni sitio para recibir los envíos.

La fiebre llegará á su período álgido en el próximo Enero, y el conflicto también.


Verdad es que estamos presenciando un espectáculo hermosísimo, que causa admiración, y nos congratula con este pobre país, tan difamado y en el que, por lo que por la muestra se infiere, con un poco más de acierto en sus gobernantes, se desarrollaría mucho la riqueza.

Bien merece que, aunque el motivo sea pasajero en Pasajes, hagamos constar con gusto y elogio el ejemplo que está dando nuestra España con su producción vinícola.

Una nota cierra el cuadro que hemos procurado bosquejar y la terminación de estos apuntes.

La silueta del fuerte de San Marcos, que con su poderosa artillería parece proteger al amparo de sus fuegos ese colosal ejército de vino que se prepara á invadir á Francia.

(1891)



El versolari de Aloñaga

(LEYENDA VASCONGADA)

En tiempos bastante remotos, pero de costumbres algo más puras que en nuestros días, había sobre la loma de la anteiglesia de Aloñaga una ermita, que por lo bonita, alegre y pintorescamente que se hallaba situada en lo más poético de la sierra de Aitzgorri, unido á la gran veneración que tenían los naturales á la artista celeste Santa Cecilia, bajo cuya advocación había sido erigida, era lugar de expediciones sin cuento y de las más principales romerías del país vascongado.

Si alguien ahora tuviese la curiosidad de visitar aquel emplazamiento, lo encontraría tan riente y poético como cuando en él se alzaba la esbelta capillita, pero de ésta no vería otro vestigio que un montón de ruinas cubiertas de yedra y madreselvas y de cuyas sendas y caminos de acceso enseñoreábase la maleza.

El pequeño templo en la época de nuestra narración ofrecía el aspecto de un edificio cuidadosamente entre-

tenido. Sus paredes estaban interiormente llenas de asuntos del antiguo y nuevo testamento, que, aunque como pintura, hubiérase dicho bien coloreados, como arte dejaban mucho que desear.

Decoraban prolijamente la reducida nave rosetones medallas y paneles tan recargados de oro, que cuando los rayos del sol reflejaban sobre ellos parecía que el santuario era presa de un incendio.

El único retablo adolecía del mismo defecto y todo él se hallaba cubierto de imágenes y lienzos de dudoso mérito. Si en sus detalles aquel oratorio merecía las más severas críticas de las personas de buen gusto, en su conjunto presentaba ese aspecto de lujo y riqueza que tenían antiguamente los templos del país euskaro.

La Santa ocupaba el puesto de honor sobre el tabernáculo del ya mencionado único altar; calzaba zapatos de oro macizo, regalo del *indiano* más rico de la comarca, y cubría su cuerpo un traje de brillante plata donado en suscripción entre los guipuzcoanos acaudalados de allende los mares.

La ermita era rica porque en los tiempos aquellos la fe y el dinero abundaban más que en el día, y ningún hijo de esta tierra que emigraba á Ultramar dejaba de enviar, si le acompañaba la suerte, sus primeros ahorros á la familia y á la venerada imagen de su provincia.

Por eso Santa Cecilia de Aloñaga tenía fama de gozar de pingües rentas y sus romerías habían adquirido renombre universal.

Un día, uno de esos pobres versolaris mendicantes que recorren los caseríos cantando improvisadas coplas,

acompañadas con el sonido de usado violín que de un zurrón de cuero colgaba de su espalda, entró en la ermita á rogar á la patrona de los músicos que le librara de su triste suerte y se apiadara de su miseria.

Como nada podía ofrecerla, y pareciéndole irreverente entonar sus cánticos en aquel sitio, ejecutó en el violín una tierna melodía, pero tan triste y sentimental, que interpretó mejor que palabra alguna la mísera condición del errante músico. Sin duda aquellos desgarradores acentos que vibraban en las cuerdas del instrumento cual ayes de la desesperación, hallaron eco en el corazón de la artista Santa, la que conmovida y enterneciéndose con los suspiros exhalados en su predilecto arte, y ante el asombro y la colosal sorpresa del versolari, se inclinó hacia él y le dió uno de sus zapatos de oro.

Loco de alegría éste con el milagro, corrió presuroso á buscar al platero de la villa vecina con objeto de venderle aquel pedazo de oro y realizar algún dinero con que atender por el momento á su miseria; mas el platero reconoció en aquella prenda el zapato de Santa Cecilia, y creyendo que el que se lo ofrecía lo habría robado, dió parte á la justicia, y el infeliz versolari fué encerrado en la cárcel.

Difícil, por no decir imposible, se hacía la prueba de su inocencia, por más que jurase y protestase de la realización del milagro; pero como éste no había tenido testigos, el pobre estuvo largo tiempo detenido aguardando á que el proceso terminase con una condena á presidio.

Su insistencia de todos los momentos para que le

condujesen á presencia de la Santa á fin de que ésta con otro nuevo milagro probase su inocencia, y la excelente conducta que observaba en la prisión y sus buenos antecedentes, movieron al juez á acceder á la pretensión del versolari, más bien con el deseo de complacerle por su comportamiento, que en la creencia de que se operase el milagro.

El infeliz mendigo, tembloroso y emocionado, se arrodilló humildemente á los pies de la Santa.

En el interior del santuario no se cabía; tal era la muchedumbre que, aguijoneada por la curiosidad, había acudido. Entonces el mísero, con voz conmovida, suplicó y rogó á su bienhechora, arrastrándose por los suelos entre sollozos y lágrimas, que demostrase á sus jueces que él no era ni un malvado ni un ladrón.

Los fieles, al oír el acento de sinceridad y dolor con que el versolari pronunciaba estas palabras, comenzaron á enternecerse, cuando con estupefacción general de los mismos, Santa Cecilia, como la anterior vez, se inclina sonriendo hacia el pobre acusado y le da su segundo zapato.

Ya no había duda, el milagro estaba patente, todos lo presenciaron, y aquella multitud, desbordándose fuera del templo, corría exhalada á contar por montes y valles el extraordinario suceso.

En su delirio levantaron en hombros al versolari, y en triunfo le pasearon por las inmediatas villas, colmándole y agasajándole en todos términos.

Sin embargo de esto, los vecinos querían que los lujosos zapatos siguiera poseyéndolos la Santa, y para

ello acordaron rescatarlos de manos del mendigo mediante corta y mezquina cantidad, que, dado el valor de aquellas prendas, era una burla.

Pero llegado el día de la gran solemnidad religiosa en la que los aloñenses iban á reintegrar á la sagrada imagen su calzado, se vió con sorpresa ó que los pies de ésta habían aumentado de volumen, ó los zapatos achicado en sus dimensiones, porque no hubo forma ni manera de que entraran en los pies de la Santa.

Convencidos por este hecho de que los deseos de Santa Cecilia eran que el pobre versolari conservase los zapatos, se los volvieron á dar de buen grado para que hiciera con ellos lo que tuviese por conveniente.

El héroe de esta leyenda marchó á la capital para realizar, á cambio de sus joyas, unas cuantas onzas con que subvenir á sus necesidades y ponerse por algún tiempo á cubierto de la miseria.

Como recuerdo y agradecimiento de lo sucedido dejó á los pies de la Santa su viejo violín, y cuantos visitaban la ermita extrañaban ver aquel instrumento tendido en aquel lugar, en vez de hallarlo en brazos de la Santa, como parecía lógico por sus aficiones artísticas, hasta que un casero cualquiera de las inmediaciones les daba la explicación de la leyenda.

(1891)



Propósito de enmienda

Yo no se por qué los cocheros en general tienen fama de borrachos, cuando en el gremio, como en todas las profesiones, habrá individuos que no prueben más que el agua.

Pero ello es que si decimos de un auriga que va *alcoholizado* la gente encuentra muy natural la cosa y estima circunstancia inherente al *elevado* cargo que éste ocupa.

El irascible Juanuco las cogía á todas horas, en el pescante, á pie, por la mañana, por la tarde y por la noche.

La taberna era para él, el templo de la alegría y las *papalinas*.

Mientras su desvencijado coche enganchado á escuálido jamelgo no estaba ocupado por el público, que era la mayor parte del día, entraba nuestro hombre en la cantina más próxima á la parada y se pasaba las horas muertas empinando el codo.

El resultado de sus diarias libaciones motivaba que

entrara por las noches en su casa completamente beodo y que por primera providencia arrimase á su pobre mujer un gran pie de paliza, causando el escándalo del vecindario.

La mártir de las brutalidades del esposo vivía de la caridad pública, porque éste no la daba más que malos tratamientos.

Con frecuencia tenían que intervenir los vecinos para evitar una desgracia, pero el escándalo iba en aumento y en varias ocasiones tuvo Juanuco que dormir la mona en la prevención.

Una noche, en la que su *jumera* llegó á alcanzar las proporciones de una verdadera locura, tras de la paliza acostumbrada arrojó á su mujer á empellones por la escalera causándola en la espalda fuertes contusiones.

En el juicio de faltas, el juez le increpó duramente afeándole su conducta y el repugnante vicio que era causa de ella; le llamó cobarde, diciéndole que era una gran bajeza pegar á una mujer, máxime si ésta era la suya, y criminal gastar en vino el dinero ganado para la manutención de la familia.

Tal impresión produjo en Juanuco la filípica del juez y la condena que le siguió, sin duda le cogió en un buen cuarto de hora, que juró firmemente enmendarse y no volver á beber en los días de su vida más que agua.

Dispuesto á cumplir su palabra, á la mañana siguiente se dirigió con su coche al punto de parada y por primera vez desde que ejercía el oficio permaneció junto á su rocinante sin entrar en la acostumbrada taberna.

Durante el día y mientras prestando servicio corría por esas calles con su destartado vehículo, los establecimientos de bebidas que veía al paso eran para él otros tantos faros luminosos que le atraían con irresistible imán, pero firme en sus propósitos les dedicaba una expresiva mueca y encogiéndose de hombros se decía mentalmente:

«El vino se acabó para ti Juanuco, y en vano será que intentes volver á las andadas.»

Y con singular asombro de los que ocupaban su carruaje rehusaba las propinas, alegando que no servían más que para fomentar el vicio.

Por la noche, después de haber dejado el coche en la cuadra, se dirigía tranquilamente á su domicilio, cuando le ocurrió que los malos ratos que había hecho pasar á su mujer bien merecían una recompensa, y como estaba en su cabal juicio, cosa que por primera vez le sucedía en muchos años á aquellas horas, reflexionó de esta suerte:

— «Soy pobre, pero un pobre puede á su manera ser galante con su mujer. ¿Qué la llevaré? Comestibles no, porque so pretexto de regar las fauces aparecería el obligado acompañamiento de tinto y peligraría mi promesa y no quiero tentaciones, ni aun bajo el pretexto de obsequiar á mi compañera. ¿Un vestido? Me faltan recursos para ello. Le compraré un pañuelo para el cuello.» Y dicho y hecho, entró resueltamente en una tienda, mas al aperebirse que equivocadamente había entrado en una taberna, salió como alma que lleva el diablo.

Repuesto del susto compró el pañuelo, y ya se enca-

minaba todo satisfecho hacia su casa, cuando al pasar frente á una de sus favoritas cantinas las alegres voces y cánticos de algunos compañeros de profesión le hicieron titubear. «*Juanuco adelante, mira que te pierdes Juanuco.*» Y dominando su voluntad continuó el camino. Como vivía en un barrio muy apartado y hasta llegar á su casa tenía que pasar por delante de muchos establecimientos de bebidas, puede suponerse el lector la lucha que consigo mismo sostendría el automedonte á la puerta de cada taberna, y las torturas que el infeliz pasaría para evitar el volver á caer en el vicio.

Contento y satisfecho en extremo como el que ha cumplido un sagrado deber, llegaba ya nuestro hombre á la puerta de su domicilio. No le faltaban más que dos pasos para atravesar el umbral, pero antes se detuvo y hablando entre dientes murmuró:—«*Muy bien Juanuco, muy bien, veo que eres un hombre de honor, que te has portado como un héroe y sabes cumplir tu palabra.*»

Y agarrándose con una mano la solapa de su levitón:—«*Vamos querido, en recompensa de tu fidelidad voy á pagarte un vaso de vino.*» Y alegre como unas castañuelas, entró en la taberna que se hallaba enfrente de su casa.

(1892)



La escuadra pesquera

(SAN SEBASTIÁN)

Otro de los ramos de la industria que no se halla reñido con la poesía, es el de la pesca.

Cielo, mar y tierra, son elementos muy apropiados para la composición de una bellísima marina, como se dice en lenguaje pictórico.

La pintoresca faena del arrastre de las redes entre dos vapores, con mar tranquila; la infinidad de plateados peces de todos tamaños que las mallas oprimen para volcarlos sobre cubierta; espléndido sol en el horizonte; las aguas cristalinas reproduciendo las operaciones de la pesca; la cúpula celeste uniéndose en los figurados límites del espacio á la inmensa llanura del mar; tibio el ambiente, el movimiento suave en la embarcación, alegre canto entre los tripulantes, que, engolfados en su tarea, olvidan momentáneamente las tristezas y penalidades de la vida.

Este es el anverso.

Pero ¿y el reverso?

Temido vendaval hace su repentina aparición sobre la inmensa superficie del agua, encrespando las olas y elevándolas á la altura de colosales montañas; brama el viento, ruge la tempestad, y sorprendidas las frágiles embarcaciones, salvan milagrosamente después de espantoso bailoteo con la muerte, ó se hunden para siempre en los abismos.

La galerna, el huracán, el ciclón, todo es lo mismo, todas son palabras con que se designa la catástrofe y la desolación y el peligro inminente, que amenaza al pobre pescador, juntamente con la miseria para su familia.

Del cuadro desaparece la poesía para no dejar espacio más que al horror.

A los pocos días del naufragio, y cuando la calma sucediendo á la tempestad llena de gente los muelles y paseos del puerto, en el mar tranquilo que mansamente va á romper sus pequeñas y rizadas olas en la playa, se ve flotar un paquete, un fardo informe, que el flujo y reflujo se entretiene en zarandear sin decidirse á depositarlo en la orilla. Los curiosos se acercan, se pesca el bulto, que reconocido resulta el cadáver del marinero naufragado días atrás. En él apenas si se distingue forma humana, desnudo, con los miembros destrozados, vacías las concavidades óseas, hinchado horriblemente, recubierto de algas y musgo de color verdoso. La voracidad de los peces se manifiesta espantosa en aquel pedazo de carne humana y como venganza tomada de la hecatombe de millares de hermanos aprisionados en las redes del pescador.

Contraste singular; el hombre se come a los peces, y los peces al hombre.

Esta preciosa Concha, tan visitada por el forastero, es tan segura para el bañista como peligrosa para el marinero, y este es un segundo contraste.

Veinte vapores de pesca se guarecen al abrigo del islote de Santa Clara en la bahía.

Pocas veces es dado ver reunido ese número, porque la faena á que se dedican les obliga á repartirse y entrar en el puerto, por lo general, aislados. Mientras los unos pescan en las *calas*, los otros se ocupan en traer la pesca y llevar los víveres y el combustible á la escuadra.

El que estén juntos en tan crecido grupo en el fondeadero de la Concha, indica el mal tiempo y la imposibilidad de salir á sus operaciones, y aunque se hace raro el caso, excepto en épocas equinociales, la frecuencia con que este invierno se nota el suceso, demuestra bien á las claras la triste y pavorosa situación por la que está atravesando la clase pescadora en toda la costa Cantábrica.

A remediarla no dudamos que acudirán rápidamente las autoridades con sus disposiciones y el vecindario tendrá ocasión de ejercer uno de los dones más hermosos; la caridad.

Viendo los vapores reunidos en escuadra, con su penacho de humo flotando al viento en ademán de alerta, y prontos á zarpar mar adentro si arrecia el temporal, por la inseguridad de la bahía, asaltan á la imaginación mil pensamientos, tristes los unos, como

que han de referirse á la penosa vida del pescador, más alegres los otros, cuando se compara el progreso de la industria pesquera que, comenzada con una cáscara de nuez, la lancha sin cubrir, llamada no se por quien una tumba abierta, ha llegado á ofrecer ciertas garantías con el buque de cubierta, tonelaje y máquina de vapor.

Las antiguas lanchas no han desaparecido de la escena, pescan todavía, pero en mejores condiciones pues son remolcadas en toda su expedición por barcos de vapor, que á la par las escoltan en las *calas*, evitando con esta medida muchas probabilidades de desgracia.

Es un espectáculo sumamente poético é interesante en días de buen tiempo, observar la llegada al puerto de un vapor de pesca, remolcando un sin fin de lanchas, que con las evoluciones que tiene que practicar en la bahía, se asemeja á una colosal serpiente de mar, que se enrosca y se dilata, levantando altanera su gruesa cabeza.

(1892)

La ballena

Piérdese en la obscuridad de los tiempos la época en que se verificaban aquellas notables pesquerías de ballena en las aguas del Cantábrico.

La cordillera del Jaizquibel presenta vestigios que denotan haber sido muy abundante dicha pesca en nuestras costas, pues en las prominencias de esta sierra se ven aún en ruínas las atalayas que servían para hacer señales á la gente de mar de la aparición de verdaderos rebaños de estos cetáceos, á fin de que se apresuraran las embarcaciones á perseguirlos.

Desde tiempos bien remotos, la casualidad únicamente ha dejado ver por estos mares alguno que otro ejemplar de ballena, ballenato ó cachalote.

El *balenóptero* que una lancha de pescadores acaba de remolcar hasta el puerto de Pasajes, fué hallado muerto á muchas millas de la costa en alta mar; primero por marineros de San Sebastián que no quisieron recogerlo por el estado de putrefacción en que lo encontraron, y al día siguiente por los de Pasajes,

que cargaron con él en la inteligencia de que resultaría un acontecimiento aprovechable como fenómeno ya que poco podían prometerse del cuerpo del animal.

En efecto, estos últimos años de *fin de siglo*, en que la gente, ávida de emociones, se despierta todas las mañanas preguntándose cuál será el suceso del día, el conocimiento de que á las puertas de casa se exhibía una enorme ballena recién cazada, era poderoso motivo para que se despoblara San Sebastián.

¡Figúrense qué sería en Madrid una novedad por el estilo!

El sol, factor imprescindible de toda romería, prestaba todo su esplendor al panorama.

Largo cordón de gente cubría el espacio de cuatro kilómetros de carretera que separa la capital de Guipúzcoa, del barrio vecino de San Pedro del puerto de Pasajes. El tiempo y la circunstancia de la festividad del día constituían un doble incentivo á la natural curiosidad pública.

Los tranvías y carruajes se creyeron transportados por algunas horas á aquellos prósperos días del mes de Agosto, y entre los tropezones y codazos de millares de personas que se apretujaban en las estrechas y laberínticas calles de Pasajes, llegamos al lugar de la exposición de la ballena, que después de muerta ha tenido la virtud de mover á más de diez mil personas para que la viesen.

Un hedor insoportable denunciaba el sitio donde yacía en seco el repugnante animal que, según medición practicada tiene catorce metros de largo. A su alrede-

dor, y con objeto de que el que no pagara no viese, se había improvisado un vallado ligero de velamen.

Las autoridades, contando con la Junta de Sanidad, y para resarcir á los infelices pescadores de su trabajo, diéronles el permiso de exhibirla; y podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que la curiosidad en esta ocasión ha ofrecido mayor lucro á los aprehensores del cetáceo que el aprovechamiento de sus restos, en los que, aseguran sin embargo los peritos, que hay aceite por valor de mil pesetas.

El animalito parece un torpedero de nuestra marina de guerra.

Entre los numerosísimos visitantes se comentaban con viveza las peripecias de la caza, referidas con notoria exageración, por uno de los tripulantes de la lancha que la llevó á cabo.

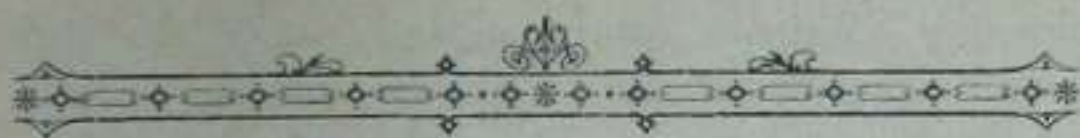
—«Pero, arguyó uno de los presentes, si la encontrásteis muerta!»

—«Quiá, no señor, estaba dormida, y por cierto que debía tener un fuerte catarro, porque de un estornudo separó nuestra lancha más de una milla. Eso lo dicen los envidiosos para quitarnos el mérito de la jornada.»

Por supuesto, este diálogo en vascuence y entre vascongados, no vaya á creerse que lo hablaba algún andaluz.

El afán de emociones es tan grande que no nos causaría extrañeza ver que toda esta misma gente hubiera acudido lo mismo á visitar una sardina, si ésta, por cualquier circunstancia, hubiera sido la nota del día.

(1892)



LA VEDA

(HISTORIETA RURAL)

En la casería *Istingorri* todo eran preparativos porque el amo había enviado á decir que al día siguiente iría á merendar con toda su familia.

El casero igualaba con la azada un trozo de terreno sito enfrente de la casa bajo una frondosa arboleda, elegido para que se colocara la mesa y con objeto de que ésta no se tambaleara; la casera afanábase en los quehaceres domésticos preliminares de una visita tan importante; los chiquillos corrían de aquí para allá persiguiendo á las aves á fin de escoger las que habían de ser sacrificadas, y hasta la abuela, á pesar de sus muchos años, contribuía fregando cazos y sartenes al extraordinario trabajo que el memorable acontecimiento ocasionaba á los habitantes de la mencionada casería.

El hijo mayor, un muchachuelo de diecisiete años, que veía estos preparativos desde la heredad, en la que con su hoz estaba cortando hierba, deseó asociarse á la

fiesta, y queriendo aportar alguna cosa á ella para hacerse simpático al amo, y dadas sus aficiones cinegéticas, cogió la red en la mano y el instrumento del reclamo entre los dientes y echó á andar por la jurisdicción adelante.

La época primaveral había atraído por aquellos contornos una crecida bandada de codornices, y el muchacho, experto en sumo grado en aprisionarlas, en cuanto halló terreno apropiado á sus fines tendió cautelosamente la red, y acurrucado en un extremo de ella, sin apenas moverse, comenzó á soplar suavemente en el reclamo.

Como estaba agachado, y el suelo era en aquel paraje muy desigual, nada podía divisar á dos pasos de distancia; por otra parte innecesario, porque la codorniz, cuando acude al reclamo, vuela desde lejos á meterse incauta bajo la red que ha de aprisionarla.

Al cabo de algún tiempo de espera el cazador obtiene contestación á su canto, al principio un poco lejana; aviva el oído, la contestación se oye cada vez más próxima; redobla el muchacho sus esfuerzos, y la codorniz parece ya por fin hallarse inmediata.

En este supremo instante diríase que el joven estaba muerto, pues ni los latidos de su corazón se sentían.

De pronto la codorniz aparece sobre el malecón á unos diez metros delante del cazador; es un magnífico ejemplar de guardia civil con su reclamo en la boca, del cuál salen los sonidos que han hecho creer al muchacho que su canto era correspondido por la tierna avecilla.

El guardia, sin detenerse un momento, corre donde

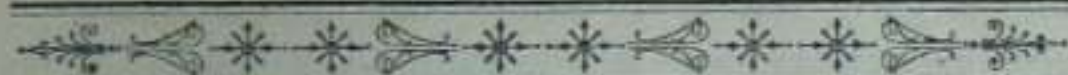
está el cazador, y antes de que éste pueda hacer el menor movimiento, le aprisiona en sus propias redes.

Mientras, el otro guardia, que había ido á cortar la retirada, se presenta por detrás, y entre la pareja llevan detenido al cazador furtivo.

El amo, que, á juzgar por los preparativos que hacían para recibirle los colonos de *Istingorri*, habrá adivinado el lector, era de los de corazón sensible que se dejan enternecer por los lloriqueos y rasquera de cabeza de los caseros, no quiso que la merienda tuviese su lado triste y pagó la multa, á la que el muchacho se hizo acreedor por cazar sin licencia y en tiempo de veda.

A la siguiente semana el agradecido muchacho llevó á su protector media docena de hermosas codornices que había cogido en el mismo sitio donde él había sido cazado.

(1892)



Blankolaris

~~~~~

En el mismísimo *Santiago-mendi* célebre monte de triste recuerdo para los moradores de la invicta Hernani, por los sucesos de la última guerra civil, se reunió el tercer día de Pascua una partida de hombres armados.

Dada la historia de esta montaña, desde la que las baterías carlistas bombardeaban á la heroica villa, y lo estratégico en todo tiempo de su posición, se supondrá la gravedad que tendría la aparición de esa gente con armas y propósitos siniestros.

Y á la verdad que, juzgando por las apariencias y fijándose en aquellos rostros curtidos por el sol de los campos y en el aspecto nada tranquilizador de aquellos hombres de músculos de acero, provistos de toda clase de armas de fuego, creeríase estar presenciando la formación de una partida facciosa al comienzo de la guerra.

Las fisonomías que veíamos delante, entre las que había bondadosas como la del anciano casero, pero la

mayor parte feroces y duras, cual las que debieron acompañar al famoso cura de Santa Cruz, daban pábulo á estas ideas.

Afortunadamente para el país, la concentración de esta fuerza sólo respondía á la celebración de una fiesta de paz. Todos los años, el tercer día de Pascua se reúnen, viniendo de muchas leguas á la redonda, numerosos aficionados á tirar al blanco, con objeto de dedicarse durante algunas horas á este género de *sport* ó *es pum...* como debiera llamarse por el ruido.

*Blankolari* es palabra moderna en el habla vascongada, derivada del castellano y quiere decir, lo que ya saben nuestros lectores; tirador de blanco.

Excusamos hacer una descripción de lo pintoresco que resulta este concurso de aldeanos, teniendo por escenario uno de los cuadros campestres más bonitos del país, y tras de lo pintoresco, lo útil, pues en dicho día se consume por los concurrentes á la célebre montaña entre meriendas y comidas, un rebaño entero de cordeles é innumerables pellejos de vino.

El mal tiempo, como es consiguiente, desluzce esta fiesta que presenta todo el carácter de una verdadera romería, tal es la animación y jolgorio que en ella preside; pero los caseros no se desaniman por esto y si llueve, en vez de verificar su certamen en la cumbre junto á la ermita del venerado Santiago, donde según costumbre colocan el blanco, lo efectúan en la villa de Astigarraga, que está situada en la falda del monte.

El alcalde de este pueblo á cuya jurisdicción perte-



nece el lugar de la asamblea, abre siempre el concurso disparando el tiro de honor, que no se cuenta.

Cualquiera que sea dueño de un artefacto balístico, de caza ó guerra, de dimensiones manuable, puede tomar parte en el certamen mediante el pago de una peseta y con opción á un solo disparo.

No hay más premio que el importe total de la *masilla*, que los años de mayor concurrencia asciende á doscientas pesetas, y lo gana el que hace mejor blanco.

Por supuesto que cual en todo espectáculo público de esta índole del globo terráqueo, se originan apuestas llevadas tan á lo vivo, que á fin de observar al tirador, éste tiene que disparar su arma por entre un callejón humano, gritando á la gente que se aparte, porque hay casero que se coloca delante de la boca del cañón *para ver* la dirección que toma la bala.

A pesar de esto, en aquellas alturas es aun más temible el viento que los proyectiles.

Allí acude toda clase de armamento conocido, desde el moderno rifle de repetición Winchester ó Colt, hasta la antigua escopeta de pistón, larga como una espingarda.

La diversidad de sistemas, calibres y dimensiones de las armas son dignas de observación, lo mismo que los tipos que las llevan, cuya cara parece ajustada á la época del sistema del arma que usa.

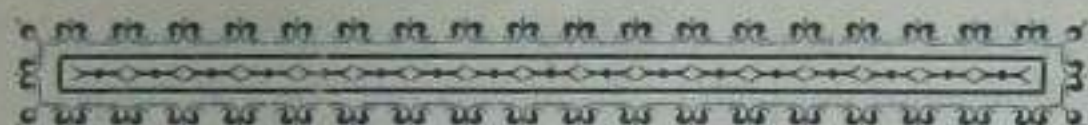
De tiempos remotísimos ha sido esta afición guerrera en el país vasco, desgraciadamente en algunas ocasiones para su mal, y ahí está la historia que no nos desmentirá.

Todo mozo que de esta provincia de Guipúzcoa entra á servir en el ejército, conoce lo que es un disparo y la caída de un cuerpo, aunque éste sea del de las dimensiones de un tordo, y no necesita en las filas más que aprender el castellano.

Este año los *blankolaris* han tenido por alfombra en su ejercicio favorito, una ligera capa de nieve.

(1892)





## Debilidad humana

---

Un gallardo mozo caminaba por una pintoresca carretera bordeada de olorosas lilas y cubierta con la extensa sombra que le proyectaban los corpulentos olmos que á derecha é izquierda se alineaban á lo largo de la vía.

Tras buena jornada llegó el joven á un crucero en que se reunían tres caminos y donde á la entrada de cada uno de ellos había una mujer.

La primera era rubia, la segunda morena y la tercera roja.

La rubia tenía los ojos azules, la morena negros y la roja verdes.

Un ramito de violetas en la mano distinguía á la primera, la segunda llevaba un puñado de claveles sobre el pecho y la tercera apretaba entre sus dientes una rosa de color sanguíneo.

El cuerpo de la rubia reunía á una esbeltez de palmera esa gracia indefinible propia de la mujer sencilla y virtuosa, y su cutis de un nacarado transparente

acusaba á ratos con la aparición del tono rosáceo los sentimientos del pudor. Su mirada era virginal, el perfil acabado y la frente altiva.

La morena sonreía luciendo dos graciosos hoyitos que mostraba en su hermosa cara. De frente espaciosa, nariz correctamente modelada y los labios aunque gruesos del máspreciado coral, todo su ser respiraba voluptuosidad y alegría.

La roja, apesar de ser baja de estatura era dueña de un cuerpo muy lindo y de una gracia provocativa; tenía brillante la mirada, un fuego especial en sus ojos, y la tez animada con los recursos de su coquetería.

Y en cuanto el mozo hubo puesto los pies en el crucero, la primera joven le dirigió el siguiente saludo:

— «Yo soy la que con timidez te aguarda desde que su corazón se ha abierto á esa sensación desconocida que llaman amor; la que tu sola presencia llena de felicidad y rubor; la que constantemente te ha de ofrecer un cariño sin límites y una sumisión eterna; la compañera fiel de tu existencia; la que ha de educar tus hijos y velar por tí, amándote por los siglos de los siglos. Yo soy tu prometida.»

La segunda se expresó de esta suerte:

— «Te esperaba con curiosidad para conocerte y ver si me agradas; tu presencia me complace y recibiré gustosa tus galanterías, pero sin compromiso ninguno; hallarás en mí, ratos de afecto y tendrás una compañera que compartirá tu vida temporalmente, hasta que se rompa nuestra pasajera unión en el momento menos pensado.



Procuraré amarte y seré si quieres tu concubina.

Y la última á su vez le dijo:

—«Ni quiero ser tu prometida ni tu concubina, ni me importa lo más mínimo tu presencia.

Si me ves aquí no es porque haya venido á esperarte como mis compañeras, sino porque he venido á espiar á estas dos infelices y divertirme á su costa. Tu amor me ha de hacer reír, tus galanterías entretenerme muchísimo; mas no te acerques, porque te expones á que te trate sin consideración y torture con mis crueldades y desprecios; jamás lograrás enternecer ninguna fibra de mi corazón, y no pretendas que te otorgue mis favores, porque no te he de amar nunca y serían causa de tu desgracia.

Aunque me ves tan rojiza, he sido antes rubia y después morena y mañana ¡quién sabe lo que seré! No tengo nombre.»

Y el gallardo mozo, estupefacto ante tanta hermosura, miró sucesivamente á las tres lindas muchachas mientras la primera se sentaba tristemente en una piedra y rompía á llorar, y la segunda con un mohín de indiferencia comenzaba á alejarse lentamente, y la tercera soltando una estrepitosa carcajada desaparecía á todo correr y el joven después de un instante de duda, se lanzó á la carrera á alcanzar á la coqueta.

(1892)

---





---

## Lo que es la suerte

---

Un joven médico vascongado, cuya carrera había sido objeto de penosos sacrificios para los pobres *caseros* sus padres, desesperaba de su mala estrella que no le traía ni un cliente, y sumiéndole en la más negra aflicción, cayó en el vicio de emborracharse de la manera más vulgar, frecuentando tabernas y sidrerías.

Vagaba una noche de verano por las calles de San Sebastián, ahogando sus penas de café en café, con sendos tragos de cognac, cuando cruzó cerca de un agente de policía á quien un criado preguntaba con la mayor ansiedad la dirección de un médico.

—Yo soy médico, exclamó el joven, aproximándose, é invitado por el doméstico, siguióle hasta una casa de lujoso aspecto, donde entró.

Conforme avanzaba en lo interior, el ruido de gentes que se mueven de un lado para otro, los llantos y lamentos de una mujer, daban claros indicios de una gran desgracia. En esto salió á su encuentro un hombre de aspecto distinguido, que debía ser el amo de la casa, según los demás le atendían y consideraban. Con frases

entrecortadas por la emoción, manifestole que se trataba de la vida de su hijo, un niño de seis años, que, presa de violentas convulsiones, parecía hallarse en la agonía.

El joven médico se acercó al lecho donde forcejeaba la pobre criatura, epilepsiada, los ojos en blanco, las manos crispadas.

El doctor miraba y remiraba sin comprender una palabra.

La madre, en tanto, prometíale cuanto poseía si lograba infundir de nuevo la vida en aquel tierno ser tan querido.

El doctor no desplegaba los labios, parecía reconcentrado en sus pensamientos, absorto en sus observaciones.

Pero la realidad era que los vapores del cognac, nublando su cerebro, no le dejaban coordinar las ideas y mantenía allá en su interior una lucha sorda, violenta, para despejar la cabeza y ver claro en aquel instante crítico que un resto de instinto y de conciencia hacíale comprender que pudiera ser el momento supremo de su existencia, del que dependía acaso su porvenir.

Mas el alcohol, con sus tinieblas, podía más que sus deseos de ver la luz, y en aquella lucha desigual, sintiéndose vencido, no pudo articular más que una palabra dicha en su lengua nativa y con el gesto y acento de la desesperación más profunda:

—¡Moskorra! ¡Moskorra! (¡Borracho! ¡Borracho!) y se alejó apresurado, fugitivo.

Dos días después la prensa local publicaba en lugar preferente un anuncio suplicando al médico que noches antes había sido solicitado en la calle para asistir á un



niño que padecía convulsiones en casa de la opulenta familia forastera de..... se sirviera pasar de nuevo por ella, á fin de recibir el testimonio del más profundo agradecimiento y cobrar sus honorarios por encargo de los padres.

El médico leyó el anuncio y apenas si podía darse cuenta de que él era el aludido.

Sin embargo, recordó su aventura con todos los pelos y señales, y acudió á la cita sospechando la clave del enigma.

Habíase descubierto, que en efecto, las convulsiones del niño eran ocasionadas por una borrachera.

El aya inglesa administrábale todas las tardes una poción alcohólica á fin de embriagarlo y que no pudiese denunciar sus devaneos amorosos con un compatriota.

Aquella débil naturaleza había llegado al extremo de su resistencia, concluyendo por el *delirium tremens* del beodo de profesión.

El grito de *¡moskorra!* dado por el doctor, había sido un rayo de luz en medio de las tinieblas en que todos se perdían buscando la causa del mal.

Aquel *ojo médico*, aquel diagnóstico clarísimo, decidieron de la suerte del malaventurado joven.

El padre de la criatura salvada le nombró médico de su familia, y merced á sus muchas relaciones le creó una clientela escogida, y el pobre facultativo vascongado cuyo porvenir hubiera sido probablemente la miseria y el idiotismo, se encumbró en términos que hoy es ya una lumbrera de la ciencia.

(1892)







## ¡OLE YA!

Nada, que los españoles somos así; desinteresados, derrochones, desidiosos, pero generosidad pura y muy barbianes, eso también; y no hay que cansarse en averiguar la causa de esta *idiosincrasia* porque la tenemos en la masa de la sangre.

Con dos pataditas en el suelo, un tarareo por todo lo alto y el ¡ole ya! estamos al cabo de la calle, ya somos felices.

Los hijos de San Luis, en cambio ahora que éste (el Luis) da quince y raya, discurren de otra suerte.

Para ellos no hay más adoración que la del San Franco de Plata.

¿Qué español, aun de la modesta clase de barrenderos, carece de un par de pesetas para *bebérselas* con un amigo?

¿Y qué francés no procura ahorrar aunque sean cinco céntimos á costa de un compañero?

Pero lo que no tiene perdón ni disculpa es nuestra característica indolencia, nuestro habitual abandono

causa de graves perjuicios; y un ejemplo de ello podemos presentar en nuestra propia casa, en estas provincias, que relativamente al resto del país son mejores en todo y por todo.

Hay unas aguas afamadísimas, cuya virtud, caso raro, ha transpuesto la frontera y ha sido reconocida como excelente en el extranjero.

El establecimiento es muy antiguo, y para que adquiriera un regular *comfort* conviene que se ejecuten algunas obras de ensanche y embellecimiento, y á fin de que no sean infructuosos los beneficios del agua en el estómago del paciente, se adquiriera un buen cocinero.

Pues ni en lo uno ni en lo otro han pensado sus propietarios, y á los enfermos que diariamente llegan atraídos por la universal fama del balneario, se les invita á que vayan con la música á otra parte porque no hay sitio donde albergarles.

¿Se quiere más? El filón delante de las narices, el mineral desprendiéndose solo, no hay más que alargar la mano para cogerlo y, por abandono, quizás pereza, se deja de alargar la mano.

Volvamos á la comparación con nuestros vecinos.

¿Qué hacen ellos en este ramo de la explotación balnearia?

De cualquier manantial unas aguas medicinales, de éstas un establecimiento, de éste una población de recreo con casino y hoteles, y de todo ello la explotación de veinte, treinta, ó sesenta mil bañistas, según el lugar, que dan vida, prosperidad y riqueza á la región favorecida.



¿Pero nosotros para qué molestarnos, para qué emplear actividad, inteligencia y capital en semejantes cosas?

Con el ¡ole ya! tenemos sobrado y somos felices.

Que remata bien la suerte el espada. ¡Ole ya!

Que arranca estrepitosos aplausos la tiple. ¡Ole yá!

Que gana un tanto el pelotari. ¡Ole ya!

Que pasa una mujer hermosa. ¡Ole ya!

Con estas dos palabras se sintetiza nuestra vida nacional.

(1892)

---





---

## El tapete verde

---

Verde, sin duda, porque es el color de la esperanza para el punto y de la realidad, la mayor parte de las veces, para el banquero.

Mientras haya holgazanes habrá tapetes de esta clase y *puntos* de la otra.

Como afortunadamente jamás hemos emprendido por este camino, nos es difícil precisar cuáles son las emociones que se sufren en esas fatídicas mesas donde se sientan las gentes á comer la fortuna de los tontos.

El juego nos roba tres cosas excelentes; el tiempo, el dinero, y la conciencia.

Romper constantemente con las ocupaciones serias, para no entretener el pensamiento más que con actos pueriles, esa es la fisonomía del juego; vicio que absorbe todos los sentimientos, reemplaza todas las nobles esperanzas, malogra todas las grandes aspiraciones, y cuya terminación fatal y única, es la ruina.

¿Contra ese vicio social existe algún remedio?

Existe uno, la educación, pero éste es muy lento.

Aportado nuestro grano de arena contra el juego,

diremos que visto sin pasión y bajo el prisma del interés general, no lo hallamos en clase de llaga ni más ni menos grave que otras calamidades parecidas y que están toleradas.

A cada instante oímos exclamar que el juego debería reglamentarse, como se ha reglamentado la prostitución.

Un reglamento para perder dinero sería el colmo de la reglamentación, y además que el juego legalizado sería un atentado contra el trabajo nacional.

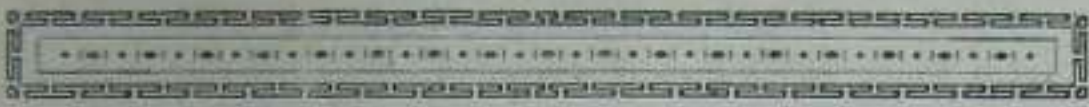
Así como hay cartilla femenina para la prostitución, que haya cartilla masculina para los jugadores, que siempre ofrecerá esto alguna garantía á la sociedad, porque el vicio del juego cual todos los vicios sociales, vivirá ínterin subsista la humanidad.

Si se ha de reglamentar el juego, que se obligue á los jugadores al uso de uniforme; y proponemos para cuando llegue el caso que se adopte el color del tapete, pantalón y guerrera verdes y sombrero *cagnnote*.

Estamos seguros que preferirían no jugar á salir á la calle vestidos de mamarracho.

(1892)





## Un espectáculo curioso

---

La otra tarde pasábamos el rato con la escopeta y el perro, levantando tal cual codorniz, y sin hacer caso de la numerosa bandada de golondrinas que sobre nuestras cabezas revoloteaban con grande estrépito. Pero era tan continuada la algarabía que metían las tiernas avecillas y tan extraños sus movimientos, que hubieron de llamar nuestra atención y dedicarla á observar á las pobres aves emigradoras. En un instante se reunieron millares de ellas, volando cual saetas en todas direcciones, y armando infernal batahola con sus chillidos prolongados y sus evoluciones continuas.

Aquello parecía un *aquelarre* en el que todas querían píar, volar y moverse al mismo tiempo.

La aglomeración de golondrinas llegó á adquirir proporciones gigantescas y ocupaban un extenso radio en el pedazo de cielo que teníamos encima.

De pronto, y cual si todas ellas obedecieran á una voz de mando, la legión entera en filas compactas, se lanzó sobre los hilos del telégrafo y los ocupó en una extensión de más de un kilómetro.

No es posible describir espectáculo tan curioso. Las cuatro líneas de alambre cuajadas de puntos negros entre los que no había la separación de un centímetro, y con las ondulaciones que de trecho en trecho forman los hilos, asemejábanse á una inmensa gama musical en la que se ha hecho un derroche de notas.

Transcurrieron diez minutos, y varias remontaron su vuelo en busca de rumbo, regresando en breve, y volviendo nuevas exploradoras á verificar la misma operación. Los preparativos del viaje se hacían con la mayor rapidez: y allí, entre el silencio profundo de la enorme falange, alguien, sin embargo, dirigía y ordenaba.

Un aleteo formidable seguido de un zumbido de huracán anunció la partida, y formando una extensísima nube negra, se elevaron las pobrecillas á prodigiosa altura, inclinándose ora á la derecha ora á la izquierda, y desaparecieron de la vista en la línea del horizonte, tras de altísima montaña.

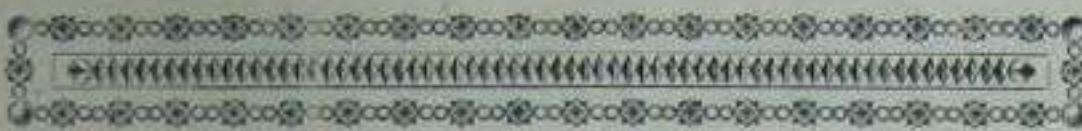
Buen viaje, golondrinas; hallad refugio en los cálidos desiertos africanos, mientras el blanco sudario (que aun no ha llegado) cubra los lugares donde construisteis vuestros nidos de amor.

Adiós, y hasta la primavera.

(1892)

---





## ¡Es horrible!

Horrible..... horrible ha sido la catástrofe del bravo marino Carril y sus ocho compañeros de infortunio.

Se erizan los pelos al pensar en la espantosa agonía de más de tres horas que sufrieron los desdichados naufragos.

El mar como un lago, la tripulación confiada, un panorama delicioso convidando á la vida, y traidora ráfaga de viento arrolla la vela de la embarcación, vuelca ésta y sepulta en el abismo á nueve valientes y sufridos pescadores jóvenes, padres de familia los unos, cariñosos hermanos é hijos los otros..... ¡¡es horrible!!

¿Qué imaginación puede hacerse una idea de los sufrimientos de aquellos pobres hombres asidos á la quilla de la lancha, prestándose mutuo auxilio, animándose unos á otros, y con la inmensa sábana de agua por todas partes? Esperan la salvación de un milagro, y ofrecen votos á la Virgen, al santo Cristo de Lezo, y cuando por fin la ansiada vela que anuncia la embarcación salvadora se acerca y desaparece sin haberlos visto..... ¿hay

medio en la naturaleza humana de hacer comprender aquellos instantes de desesperación?

— «Adiós, hijos queridos, mujer adorada, padre mío, ya no os volveré á ver más. Adiós, compañeros, me siento morir, me hundo para siempre en el abismo; si alguno de vosotros se salva, decid á la familia que muero pensando en ella y con la oración en los labios. Señor mío, Dios mío, recibidme;» y estas palabras dichas por nueve robustos jóvenes que momentos antes estaban llenos de vida y contento, y sienten que ésta se les escapa por falta de un socorro á tiempo, ¿no son capaces de conmover aun á la dura é inerte roca?

¡Pobres gentes, qué penosa profesión, qué amarguras en el oficio!

Y estos infelices no piden nunca nada.

Ni huelgan, ni exigen reducción de trabajo, ni la mejora de la clase.

No anhelan más que abundancia en la pesca.

Ejemplo digno de imitación para los que en los talleres y fábricas se insubordinan en demanda de los tres ochos. ¿Cabe comparación entre unos y otros?

Si hallamos muy justo que se considere al obrero, ¿qué opinión nos habrá de merecer el mísero pescador que desde que sale del puerto no tiene momento seguro?

¡Ah! la costa y la mar son muy bonitas, señores veraneantes; forman un conjunto precioso, un cuadro sublime. La línea de tierra, el horizonte azul, las rizadas olas que rompen tranquilas en la playa, todo esto es delicioso, es panorámico; pero ese colosal Océano se alimenta de carne humana y está llamando constantemente



á sus víctimas, tributo inevitable que tienen que pagar los que surcan su superficie.

Sí, la costa es bonita, pero en sus pueblos ¿nada os dice el número de viudas que veis?

Concluyamos con tanta tristeza, pidiendo una lágrima para los infortunados náufragos del Cantábrico, y una caridad para sus pobres familias.

(1892)

---







## Un mes antipático

No habrá necesidad de decir que es el de Noviembre. En los meses, como en todas las cosas del mundo, los hay simpáticos y antipáticos.

Noviembre es de los últimos, sin duda por las tristes circunstancias que concurren en él.

Comienza metiéndose con los difuntos, los días son lóbregos y cortos, las noches largas, cae la hoja tan temida de los enfermos de ciertas afecciones, y termina con la inauguración oficial del invierno.

Diciembre trae nieve, pero tiene su Nochebuena y el premio gordo. Enero es frío y desapacible, mas estrenamos año y esperanza nueva. De Febrero diremos que festeja el Carnaval, Marzo la Pascua y Abril la primavera, Mayo y Junio flores y frutos, verbenas y romerías; Julio, Agosto y Septiembre nos dan el delicioso verano y con él multitud de fiestas y diversiones al aire libre. Octubre se dedica á la vendimia, y sólo el desdichado Noviembre es el que descompone el cuadro.

Este año á juzgar por el ciclón que acaba de regalarnos, el primer día, en vez de Todos los Santos, parecía

la fiesta de *Todos los demonios*, pues únicamente éstos han podido soplar el ventarrón que ha derrumbado tejas, chimeneas, ramas y árboles.

Así es que por sufragio universal se aprobaría la supresión del mes de Noviembre, siempre que los otros once se estiraran un poquito para cubrir el déficit de días y completar los trescientos sesenta y cinco del año.

Total que se reduciría á suprimir el nombre, porque los hay indudablemente de muy mala sombra.

Pero nos ocurre que á pesar de tanta antipatía todo es según el color con que se mira. Ya hemos convenido que el propio de Noviembre es el negro, ¿mas si alguien lo mirara bajo el prisma de un billete premiado de la lotería?

(1892)

---





## La felicidad del hogar

(CUADRO EUSKARO)

¡Dichoso hogar el que con amor, salud, trabajo, y lo preciso para la existencia tiene lo bastante para constituir la felicidad!

«Lo necesario nunca falta al hombre laborioso, ha dicho Franklin, el hambre llama á su puerta pero no se atreve á entrar.»

Para los pobres leñadores que vuelven á su choza á la caída de la tarde, rendidos de fatiga de la labor de todo el día, el descanso comienza al anochecer al redor del blanco mantel de su pobre mesa coja.

Los niños acogen con manifestaciones de júbilo la llegada de su padre y la modesta cena que vislumbran.

Mientras el marido prepara las provisiones, la *echeko-andre* enciende el fuego y trata de calmar la impaciencia de los chiquillos hablándoles de la primavera que se acerca y que hace brotar de entre el césped en los bosques las florecillas perfumadas.

—«Pronto, les dice, Dios hará madurar las fresas y florecer los frutales, los pajarillos cantarán hasta la hora de las estrellas y el sol invadirá con sus fuertes rayos lo más tupido de las selvas.»

Y á la mañana siguiente, desde el amanecer, se siente el eco de los golpes del hacha del leñador anunciando la eterna faena, y la leñadora ayuda á su esposo haciendo atados con las ramas que va reuniendo, y los niños, ágiles y contentos cual alegres pajarillos, corren al lindero del bosque con las manos llenas de las primeras violetas de la primavera que se aproxima.

La zozobra é inquietud de tantas pasiones como se agitan en las ciudades no pueden franquear el umbral de la pobre morada del leñador, en la que la vida se desliza como las estaciones, en que sólo á Dios es dado disponer cuándo han de ser buenos ó malos los días.


No llegan á la choza las terribles emociones del alza y de la baja de los fondos, ni hay que luchar contra las mil tentaciones del lujo, de la vanidad y de la envidia; y el buen sentido, el hábito del trabajo y una sincera y mutua afección más que el alejamiento de los pueblos, es lo que produce la felicidad del humilde hogar del leñador.

La falta de prudencia y moderación lo mismo en el campo que en la ciudad pueden ocasionar la ruina.

La mísera taberna como el ostentoso hotel se levantan ó caen según quien los dirige.

(1892)





# La odisea de un capón

(FANTASÍA LOCAL)

Tiernecito aún y apenas salido de debajo del ala de mi madre á campar por mis respetos cometieron conmigo la villanía de inutilizarme, para impedir que se cumpliera el más noble de mis deseos, que era el de lograr la jefatura del gallinero.

Desde aquel solemne momento mi vida carecía de interés, se deslizó sin estímulo, insípida, indiferente, envidiando la suerte de las gallinas convertidas en amantísimas madres de sus polluelos y ambicionando la arrogante apostura del gallo que con su alta cresta y largos espolones semeja un caballero de la edad media dueño de vidas y haciendas; y pica por aquí, pica por allá, dormitando y engullendo, mi cuerpo ha llegado á adquirir la hermosura más ideal para el gastrónomo, excelente pechuga y carnosos miembros, todo recubierto con larga sedosa y multicolora pluma.

Yo no pretendía más que vegetar tranquilo luciendo mi soberbia estampa, mas desde hace unos días que oí en el caserío ciertas frases sospechosas, hablando de

Santo Tomás y de si peso ó no peso tantas ó cuantas libras, la intranquilidad se apoderó de mi espíritu porque un gallo viejo, vecino, muy experimentado en las luchas de la vida me había prevenido que desconfiara siempre de Santo Tomás.

Desgraciadamente esta madrugada cuando más sosegado dormía soñando con un próximo hartazgo de maíz, sentí un tirón de las patas y liándome éstas á un palo quedé colgado cabeza abajo y éste sobre el hombro de mi dueño que echó á andar hacia la ciudad.

El celador de arbitrios me lanzó un requiebro: *¡Vaya una pieza, qué capón tan hermoso!* y en la casa en que paró mi amo que era la del suyo, caí sobre una balanza en la que después de haberme bailoteado un poco la cocinera dijo:

— *«Señora, este capón tiene de sobra las libras convenidas»* y fui arrojado inhumanamente á una fresquera.

Repuesto del susto, de las emociones y del sofocón, grité con todos mis pulmones *cucurrucú*, y ¡oh! desdicha de nuestra raza, no era yo el único prisionero, pues en todo el patio resonó un estridente y general *cucurrucú*. Media hora escasa haría que me hallaba en aquel encierro, cuando me ví cogido de improviso y colocado en una cesta y después de un corto trayecto por las calles me dejaron en otra cocina y otra fresquera.

Reanudáronse los paseos, ora en cesta, ora cubierto con un trapo, ora al aire libre. He dejado un montón de plumas en cada casa y parte de la existencia por esas calles de Dios; han pasado ante mis ojos en baile infernal, casas, calles, árboles y hase apoderado de mí el delirio.



Intento huir y un zarpazo de un enorme gatazo negro me corta el vuelo de mi carrera no sin herirme horrorosamente. En mi desesperación, perdida ya la cabeza me lanzo al vacío, por entre un cristal roto, pero no había contado con mis escasas fuerzas y caigo inerte al patio.

Aprisionado de nuevo, me sujeta entre sus piernas una zafia maritornes, veo relucir el cuchillo en manos de la fregona, voy á morir, todo se acaba para mí, pero no será sin que antes proteste con un *cucurrú*..... se siente un formidable aleteo una convulsión intensa, y de aquel cuerpo cuyo cuello cuelga como un péndulo sobre la vasija ensangrentada la doméstica comienza á arrancar la pluma.

Mientras, los capones vecinos, á guisa de oración fúnebre, cantan con música de la zarzuelita *Salón Es-lava*, lo siguiente:

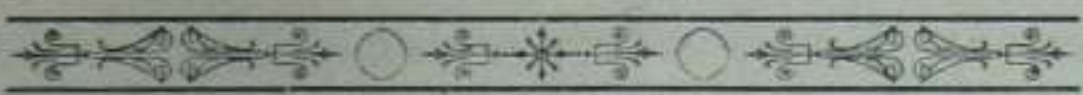
Es una cosa  
Que horroriza, mamá  
La degollina  
De la cocina, mamá,  
Pobres capones  
De tanta estamos, mamá,  
Caramba y grita que grita y grita,  
Caramba y grita *cucurrucú*.  
Caramba y grita que grita y grita,  
Caramba y grita que grita y pon  
Que este año nos comen sin remisión.

(1892)





---



## VALEROSO I.

---

Había en tiempos un rey piadoso, caritativo, valiente y que concedía su protección á toda criatura necesitada.

Regentaba los destinos de su pueblo bajo el nombre de Valeroso I y sus administrados le idolatraban por sus bellas prendas personales.

Dios en sus altos designios dispuso poner á prueba su fortaleza y ordenó á un ángel de la corte celestial que adoptando la figura de milano, se diera en perseguir á otro ángel disfrazado de paloma.

La paloma objeto de la persecución, asustada, se refugió en los brazos del monarca, y entonces el milano, imitando la voz humana, dijo al rey:

—¡Oh poderoso y magnánimo señor!, soltad esa paloma, es mi único alimento, y estoy expuesto á morirme de hambre.

Considerad que si me la negáis podéis causar una desgracia. ¿Queréis tener ese remordimiento?

A lo que Valeroso respondió:

—Esta paloma ha encontrado refugio entre mis brazos y yo no la he de abandonar en trance tan apurado;

más á fin de no disgustaros, os daré en cambio carne equivalente á su peso.

Y contestó el milano:

—Está bien, pero habrá de ser carne de vuestra propia carne.

El rey convino en ello, y cortando de uno de sus brazos una regular cantidad la puso sobre el platillo de una balanza, colocando en el otro la paloma; mas pesaba tanto ésta, que cuantos más pedazos añadía, desgarrándose completamente el brazo, tanto más pesaba el ave.

Entonces tomó una resolución extrema, y subiéndose sobre el platillo se entregó todo entero por salvar á la paloma.

Pero en aquel mismo instante oyose una voz celestial que decía:

—«Basta ya, Valeroso, has resistido con fortuna la prueba á la que te he sometido. Eres un verdadero hombre de bien y yo te recompensaré en la vida eterna.»

Y los dos ángeles abandonando sus formas de milano y de paloma devolvieron al monarca su cuerpo intacto y volaron á las regiones etéreas.

(1892)





## Un cuento fantástico

Cansado un herrero de tanto dar al yunque se dijo un día:

«No se aún lo que es correr una aventura, y aseguran que en el mundo las hay muy gordas, yo quiero tropezar con alguna;» y salió de la herrería provisto de su martillo, dispuesto á probar fortuna.

En el camino se encontró con un aprendiz de sastre, antiguo amigo suyo, al que lanzó al paso el saludo siguiente:

—Que Dios te bendiga, hombre, hasta más ver.

—¿A dónde vas de esa suerte?

—Dicen que en el mundo hay mucho malo y mucho bueno, y como jamás he experimentado ni lo uno ni lo otro, voy en pos de alguna aventura.

—Vaya un capricho, mas si quieres, haremos el viaje juntos, porque también en mí despierta curiosidad lo que te propones.

Y ambos reunidos caminaron largo rato hasta llegar á lo más espeso y sombrío de un bosque, donde hicieron alto para orientarse. Optaron por un estrecho sendero

que conducía en breves momentos á una casa de buena apariencia, en la que pensaban solicitar hospitalidad por aquella noche.

Entraron en la casa y la hallaron vacía, sentándose á esperar la presencia del dueño de la misma.

Al poco rato hizo su aparición una vieja enorme, casi un gigante, una especie de ogro, que no tenía más que un ojo en la frente.

—¡Hola! ¡hola! ¿con que tengo huéspedes? Que seáis muy bien venidos, jóvenes.

—Buenas noches, buena mujer; nos ha cogido la noche en el camino y buscamos albergue hasta que sea de día.

—No me parece mal vuestra presencia; carecía de comestibles, y parece que estáis de buen año; ya tengo con qué cenar esta noche.

Los dos viajeros se quedaron atónitos, estupefactos; pero la vieja sin hacerles caso, cogió de un rincón un manojo de leña y lo arrojó al hogar; después examinando detenidamente á sus huéspedes, fulguró su único y terrible ojo sobre el infeliz aprendiz de sastre, y cogiéndole por la garganta le ahogó entre sus manazas en menos tiempo que el que se necesita para lanzar un suspiro, y arrojó el cadáver al fuego.

Cuando, después de un rato, lo hubo devorado con sus dientazos en presencia del mísero herrero que no osaba respirar siquiera dijo á éste:

—Tú, mañana para el almuerzo.

—Harás muy mal, porque yo puedo serte útil vi-  
viendo.



—Tú, y ¿para qué sirves?

—Mujer, yo soy herrero.

—Y ¿qué haces, forjas?

—Lo sé hacer todo.

—Entonces me vas á forjar el ojo que me falta.

—Lo haré con mucho gusto, pero necesito una cuerda para sujetarte los brazos, porque de otro modo te moverías y la operación no daría resultado.

La vieja trajo dos cuerdas, una delgada y la otra gruesa.

El herrero la lió con la primera.

—Ahora, sacúdete.

Ella se sacudió y la cuerda saltó hecha pedazos.

—Esta cuerda no sirve, y con la otra la ató fuertemente.

—Ea, sacúdete bien.

Hizo lo que le mandaban, pero esta vez la cuerda resistió.

Entonces el herrero, cogiendo una barra de hierro, la calentó al rojo y aplicándola al único ojo de la vieja la dejó ciega.

Esta, rugiendo como una fiera, de un esfuerzo colossal rompió sus ligaduras, y corriendo hacia la única puerta de entrada de la casa, se colocó ante ella gritando:

—Aguarda, bribón, que esto no ha de servirte para escapar de mis garras.

El pobre herrero comprendió que la cosa iba mal y se dió á torturar la imaginación concibiendo nuevos planes para huír de la ferocidad de aquel monstruo. En

esto se presentó en la puerta el rebaño de corderos de la vieja, queriendo entrar en el establo.

La dueña les franqueó el paso para cobijarlos durante la noche y volvió á colocarse de centinela.

A la mañana siguiente, cuando les abrió la puerta para que se fueran al campo, el herrero al verlos llevó inmediatamente á la práctica la idea que le había ocurrido; se puso la chaqueta, que estaba forrada de piel de borrego, al revés, y andando en cuatro patas se confundió con el rebaño.

La vieja, para mayor seguridad, hacía pasar á los corderos por el umbral uno á uno, y cogiéndoles por las lanas los arrojaba fuera. Al tocar el turno al herrero se quedó con la chaqueta en las manos, pero él tuvo tiempo de escabullirse y se alejó gritando.

—Condenada vieja, me has hecho sufrir demasiado, pero ahora me río de tu poder infernal.

—Espera, espera, que aun no has concluido de penar; y aquella furia corría tras del herrero como si viese. Este tomó por el sendero que tan desdichadamente les había conducido á aquel antro y su paso era una desenfrenada carrera.

A pesar de su precipitada marcha se apercibió de que en uno de los árboles del bosque había clavada un hacha con mango de oro y, naturalmente, quiso cogerla para defenderse. Pero al intentar hacerlo, su mano quedó sujeta al mango y no pudo avanzar un paso más.

—Ya ves, bandido, que no has de escaparte, le gritaba la repugnante vieja que le iba á los alcances.

Desesperado el herrero, recordó que tenía en el bol-



sillo su martillo y sacándolo, á golpes, se destrozó la muñeca.

Solamente á este precio pudo verse libre y correr á ponerse en salvo.

Cuando de regreso llegó á su pueblo, dijo á sus camaradas:

—Ahora sí que conozco lo que es la desgracia.

¿Veis este brazo mutilado?


Pues yo no he perdido más que la mano, pero mi compañero ha perdido la vida.

(1893)

---







# JOŠE Y JOŠEPA

(CUENTO BASCO)

Joše era un joven robusto, lleno de vida, de conducta intachable, é hijo de un padre virtuosísimo.

Un día de los muchos que al cabo del año dedicaba á la labranza, acertó á pasar muy cerca de donde él lavaba la tierra su vecina Jošepa, arrogante moza, tan bella como buena.

Las pocas palabras que entre ambos se cruzaron en aquel memorable día, fueron el comienzo de una pasión que se desarrolló mediante los sucesivos y frecuentes encuentros que desde entonces se originaron, y al año justo de aquella primera entrevista amorosa, Joše, todo emocionado, se presentaba al padre de su novia y le pedía su hija en matrimonio, gracia que sin reparo le fué concedida merced á su reconocida laboriosidad y bondadoso carácter.

La víspera de la boda, Jošepa que estaba en la heredad cortando hierba para el ganado, se sintió mordida

en un pie y observó con espanto que era una víbora la causante de la herida y que su pierna iba por momentos adquiriendo un color negruzco é hinchándose de una manera horrible. Frío glacial cubrió su cuerpo, desvaneciose por completo su espíritu y la rigidez cadavérica de su faz denunció una muerte dolorosa. Efectivamente, á las pocas horas de tan triste suceso moría envenenada.

Joşe, presa de la mayor desesperación, lloraba como un niño ante el cadáver de su amada, cuando de las alturas celestes salió una voz que le dijo:

—«Si quieres que tu novia vuelva á la vida en tu mano está el conseguirlo.

Dale la mitad de tus días y ella volverá á levantarse.»

Y Joşe dió la mitad de sus días y tuvo el consuelo de ver sana y salva á su Joşepa, con la que casó al día siguiente.

Vivían felicísimos, pero en este valle de lágrimas la felicidad dura poco y nuestros recién casados la vieron pronto turbada con una nueva desgracia.

La viruela hacía estragos y Joşe se vió invadido de ella y á los cortos días desahuciado por los médicos en términos que su pobre mujer desolada aguardaba ya el desenlace fatal; mas en aquellos tristes instantes volvió á escucharse la misma voz misteriosa que había oído su marido en el lance en que ella estuvo á punto de ser enterrada, y esa voz dejó escapar las siguientes palabras:

—«Joşepa si quieres sacrificarte y dar tu vida por la de tu marido, éste vivirá, pero después de tu muerte se volverá á casar.»



La joven respondió:

— José es mi esposo, mi dueño, mi todo. No tengo necesidad de darle mi vida porque ella es suya. Tomadla pues, y que se salve mi marido! Pero, por qué, Dios mío, me habéis descubierto el secreto de que después de mi muerte pertenecerá á otra esposa?

Entonces la voz del cielo estallando como un trueno exclamó:

— «Mujer no acuses al Todopoderoso.

Ha querido probar tu fe y la encuentra digna de soportar las contrariedades de la tierra. Tu esposo vivirá y tú vivirás largo tiempo junto á él; y José no tendrá nunca más esposa que tú.»

(1893)

---







## CRÍSPULO

---

En Goizueta donde vive y de donde es natural le llaman así, á pesar de su nombre y apellido legal, que muy pocos conocen.

Este hombre sexagenario ha sido en sus buenos tiempos un infatigable cazador de jabalíes y aun en el día, gracias á su robustez y agilidad, sigue tomando parte en todas las batidas que se organizan en los montes de Leiza y Ezcurrea, teatro de sus numerosas hazañas.

Su cuerpo está lleno de honrosas cicatrices adquiridas en lucha con el feroz paquidermo con el que siempre ha combatido cuerpo á cuerpo sin más arma que un recio bastón provisto en su punta de una vieja bayoneta.

Crispulo no es un cualquiera, ha desempeñado durante muchos años el primer puesto del pueblo, el cargo de alcalde de Goizueta y cansado ya de la *vida pública* pasa ahora el tiempo retirado y tranquilo cultivando las hortalizas de su huerta.

Dos notas salientes distinguen á este individuo. Una

respetable nariz en la que, sobre todo en primavera, brota toda una generación espontánea de racimos cargados de grano y que le dan el aspecto de un viñedo, y su gran afición al tabaco.

Por este último vicio se impone el sacrificio, si sacrificio puede llamarse á su vocación de andarín incansable, de recorrer todos los sábados á pie y por el monte, la distancia que media entre Goizueta y Elizondo, unos cincuenta kilómetros, con el objeto de proveerse de tabaco.

Sale por la madrugada, invierte doce horas para ir y otras tantas en volver y á la madrugada siguiente, con cien kilómetros en el cuerpo, ya está en su casa.

Después de terminada la última guerra civil y cuando por falta de persecución la caza abundaba, Crispulo acompañado de su hijo y con su garrote-bayoneta destruyó en sólo un año treinta y dos jabalíes.

Esta hazaña había de tener sus quiebras y en diversas circunstancias recibió varias dentelladas que sirvieron para enardecerle más y más y proseguir con mayor ahinco en este género de caza.

En una ocasión su arrojo estuvo á punto de costarle la vida. Se lanzó como de costumbre al paso del cuadrúpedo, pero con tan mala suerte que resbalando cayó y entonces el jabalí que ya venía herido, se revolvió contra él y le hubiera destrozado seguramente, sin la serenidad de que hizo alarde.

Volvióse rápidamente panza abajo á fin de evitar que á colmillazos le rasgara el vientre, mas el furioso animal le arrancó del *contra vientre* varias tajadas, hi-



riéndole también en las piernas, cuyas cicatrices enseña hoy con orgullo cual muestra de sus campañas.

A raíz de este acontecimiento sus amigos trataron de disuadirle de que saliera á las batidas sin escopeta y lograron convencerle, pero en la primera oportunidad que asistió con arma de fuego, erró el tiro á diez pasos de la res y desde entonces ha vuelto á adoptar su palo bayoneta.

En la última batida dada aun hace muy pocos días, en los montes de Ezcurra, concurrió á ella con su famosa tranca y cuando de regreso los expedicionarios cansados de correr montes y breñas llegaron á Goizueta para pasar la noche, Crispulo pidió un vaso de vino, luego otro y luego otro, y después de haber apurado el último, nos dijo:

—«Adiós compañeros, voy á por mi ración de tabaco á Elizondo» y desapareció dejándonos á todos atónitos.

Era sábado y las ocho de la noche, pero llevaba el alumbrado por dentro.

(1893)

---







## LA PASA



No nos referimos á la de las aves emigradoras, ni á la rica fruta seca malagueña, ni á pasadizo de ninguna especie, sino á esa pléyade de *touristes* ingleses que en esta época pasan la frontera para recorrer España.

En bandadas, como las aves, y sin distinción apenas los sexos, por lo igual y estrambótico de sus trajes, se les vé por esas calles luciendo los hombres las pantorri-llas y sus diminutas gorras *jockey* de paño, y las mu- jeres el consabido sombrerito de paja.

Con un *cicerone* de fonda y un par de pesetas de guía Bøedequer tienen lo necesario para ilustrarse acer- ca de la población que visitan, sin importarles un bledo ser objeto de la atención general.

Exactos cual un cronómetro salen del hotel, y des- pués de recorrer minuto por minuto lo que les dicta el libro, sin detenerse un segundo más de lo previsto ante el monumento digno de admiración, ni un día de gracia en la ciudad que encuentran más de su agrado, siguen su rumbo como los seres alados.

Se figuran que las manifestaciones de extrañeza que hacen las gentes al verlos, son debidas á nuestro estado de atraso; pero qué chasco se llevan, porque el último español sabe ya que hoy en día se facilitan en tales términos los viajes, que se han constituido en todas partes agencias económicas que, por muy poco dinero, ofrecen expediciones por Europa y América y hasta la vuelta al mundo.

Los *lores* se acabaron, y ya no nos visitan más que *burgueses*.

Así es que nos asombra mayormente el que estos viajeros que están acostumbrados en su país á pasar el día con un pedazo de duro *rosbif*, el equivalente de nuestro puchero nacional, sean los que de regreso en su patria abominen del aceite español, de los cigarrillos españoles y de cuanto huele á España.

Líbrenos Dios de criticar la venida de los *gringos* <sup>(1)</sup> á la Península; al contrario, cuantos más vengan, se entiende en calidad de *touristes* que en la de amos hace tiempo que están en Gibraltar, mejor; pero ¿por qué no nos hemos de reír un poco de sus ridículas fachas, cuando ellos se burlan tanto de nosotros?

Los *english* que vemos en esta estación *son de los que dan la vuelta á España por media docena de libras esterlinas*.

Algunos de los tipos efectivamente causan nuestra admiración; fornidos, atléticos, color de bistek medio crudo, van por esas calles rebosando salud y fuerza;

(1) Así llaman en América á los ingleses.



pero los hay también de color de patata cocida, que parecen cañas de pescar y flautas mágicas.

La mayor parte vienen á presenciar las fiestas de Semana Santa en Sevilla, *beber un copo de manzanillo* y ver torear á Guerrita; mas á ninguno le ocurre, y eso que se trata de la ilustrada Albión, estudiar nuestros adelantos.

El inglés es un pájaro que se encuentra en todas las latitudes, resiste todos los climas y anida en el mundo entero.

Los que nos visitan ahora, aunque de menor cuantía, vienen á dejarnos su dinero, cosa que hay que agradecerles; pero los *ingleses* permanentes, los de casa no los de Inglaterra, esos son la desdicha del bolsillo y del presupuesto español, y no *pasan* como los otros, sino que se estacionan.

(1893)

---







## El curso del Urumea

Habrá muchas personas en Guipúzcoa que han estado en Montevideo y Buenos-Aires, pero raras serán las que conozcan el nacimiento de este pintoresco río Urumea que todos los días vemos correr con dirección al mar.

Los montes de Leiza y Ezcurra en Navarra forman su cuna y de entre aquellas enormes montañas cuajadas de manantiales surge al pie de las mismas el Urumea que, encajonado entre vertientes, comienza á dar sus primeros pasos hacia la civilización.

Signe su curso dominado por alturas todas cubiertas de arbolado que no ha sufrido corte en muchísimos años y que el invierno, sin hoja y dada la redondez de estos montes, les da el aspecto de grandes erizos.

Por alguna de las heridas abiertas por la mano del hombre en el flanco de estas montañas, se extrae   raudales el rico mineral de plomo argentífero.

En aquellos desiertos la madera y el plomo abundan extraordinariamente, y cuando existan otros medios de

comunicación mejores que los actuales reducidos á simples veredas, todo aquel precioso material inundará nuestros mercados.

Las instalaciones mineras de *Hollín* que así se llaman las del punto que nos ocupa, tienen medianos accesos, é interin no se construya la carretera á Leiza desde Goizueta, el transporte de mineral ofrecerá serias dificultades. Una línea telefónica pone en comunicación estas minas con la última de las villas citadas.

El Urumea de *ur mea*, esto es, agua delgada y sutil, que á corta distancia de su origen presenta hermosísimos saltos de agua, posee en los comienzos de su carrera tendidos de una orilla á otra, varios puentes improvisados de carácter primitivo para el paso de los leñadores, y que consisten en dos troncos de árbol, *zurbia*, por eufonía *zubia*, atravesados sobre el río, y para pasarlos hay que emular las glorias de Blondin.

Hasta llegar á las minas, no se ve el primer puente construído con arreglo á los principios arquitectónicos, donde para el servicio de las mismas hay uno de madera.

Recorre el río una gran extensión en zig-zag antes de llegar á la antigua y notable ferrería de Ibero, que podemos considerar como la primera estación de la vía fluvial que recorreremos.

Allí existe un puente de piedra bastante bueno y un molino grande. La antiquísima ferrería de Ibero no conserva hoy más que las viviendas que probablemente habrán sido reconstruídas; á poco que se halle enterado el lector de asuntos retrospectivos de nuestro país tendrá



noticia de lo que éran estas ferrerías de Guipúzcoa en lo antiguo, y la importancia sobre todo de las del Uru-mea, que fabricaban anclas, cadenas y otros herrajes para los navíos que se construían en San Sebastián y Pasajes.

Con el hierro en sus entrañas y la madera en la superficie, estos montes constituían el gran depósito de material para la creación de flotas, que como la invencible de Oquendo, habían de dar tantos días de gloria á la patria.

La mayor parte de las antiguas ferrerías no son hoy más que paredes en ruina, pero junto á su emplazamiento las caserías se han convertido en Ventas á fin de especular con los arrieros y viandantes que pasan de Guipúzcoa á Navarra.

El río entra en Goizueta y la divide en dos partes desiguales; mientras la de la derecha contiene casi todo el casco de la villa, la otra no presenta más que unas cuantas casas diseminadas y el camposanto.

Un puente de piedra pone en comunicación los dos términos de este pueblo, de unos mil habitantes. Nada hay digno de mención en él sino que á pesar de encontrarse enclavado en Navarra, por su aspecto y costumbres es un lugar puramente guipuzcoano.

La iglesia, contrariamente á lo que sucede en las demás del país, tampoco ofrece cosa de particular, y aparte una hermosa casa solariega que dista un kilómetro del poblado y pertenece á la familia Vergara, lo demás está visto y dicho con lo que se ve y se dice de un pueblécillo cualquiera de nuestra provincia.

De Goizueta parte una carretera hasta Hernani en un trayecto de dieciocho kilómetros, algo estrecha y á trozos muy empinada hasta la raya de Guipúzcoa en Picoaga y ancha y cómoda desde este punto á la invicta villa. Es la única comunicación que aquel pueblo tiene con el mundo civilizado, porque hacia el interior de Navarra no dispone más que de malos caminos vecinales.

La Diputación hermana abraja el proyecto de continuar la citada carretera á Leiza y enlazarla con Lecumberri, que prolonga la suya hasta Pamplona.

Continúa el Urumea á la salida de Goizueta, dando vueltas y revueltas por aquel terreno quebrado y montañoso, formando al paso promontorios, penínsulas é islas. A ambos lados de los montes vese la humareda de los carboneros y se siente el ruido del hacha de los leñadores, y á una distancia aproximada de unos seis kilómetros desde la salida de la villa y después de una gran curva se pasa un bonito puente de madera y se llega á *Arrambide*, una venta junto á las derruídas paredes de una ferrería y en el punto donde viene á desaguar un afluente, que baja de las montañas de *Articulza*, en jurisdicción de Oyarzun.

Desde Arrambide el río sigue sus culebreos entre montículos afilados como pirámides y la carretera comienza á subir desde el nivel del Urumea hasta una altura considerable en el punto denominado la caseta, que es albergue del peón caminero que cuida aquel trozo, y de aquí arranca un camino vecinal que por su enorme pendiente le llaman *la cuesta de la agonía* y conduce en unos veinte minutos, con buenos pulmones,



á Arano, pueblo de Navarra, colgado mejor que situado, en un picacho á guisa de nido de águilas.

El panorama que desde este centro de montañas se divisa es soberbio. Urdaburu al Norte cierra la vista del mar; á la derecha la cadena de los Pirineos indica el lugar de la nación francesa; detrás, al Sur, Leiza y Ezcurra y á la izquierda los montes de Olloqui y Berastegui cubren á Tolosa.

Volviendo á la carretera, después de haber pasado la caseta del guarda, y cuando aquella comienza á descender, nos encontramos en el sitio más peligrosísimo del camino, pues éste es muy estrecho con continuas revueltas y sin defensa sobre el precipicio del río que se pierde de vista en lo profundo. No es prudente atravesar por este punto de noche, y menos en carruaje.

La carretera y el río vuelven á alcanzar el mismo nivel y esta vez es para entrar juntos en Guipúzcoa, por Picoaga, donde hay una venta pulcra y decente. Sigue un hermoso puente de piedra muy bien entretenido, y tras de un par de kilómetros se llega á la fábrica de productos químicos de la extracción de la leña, de los señores Samaniego y Rocaverde. Otro kilómetro más y entrada en *Ereñozu*, que es un barrio en el que se levanta una ermita bajo la advocación de San Antonio y sus alturas están llenas de caserías. Un paso adelante y aparece *Fagollaga*, cuya importante y antiquísima fábrica de hierro que ha sufrido varias transformaciones y explotado diferentes industrias, yace hoy en completo abandono. Se ve el viejo puente de piedra derruido que no conserva más que uno de sus estribos á semejanza

de islote solitario y con un enorme arbusto que ha crecido en su centro, dándole el aspecto de flamear una bandera.

Un lienzo de pared de la destruída fábrica de anclas está convertido en habitación improvisada de gitanos y gente nómada que vive entre aquellas ruinas como en el mejor de los palacios.

Andando algo más se vislumbra el bien cuidado caserío *Epele-Echeverri*, lugar muy ameno, á orillas del río en el que se pescan sabrosas truchas y aprisionan numerosos salmones en estación propicia.

Este es uno de los sitios favoritos de los donostiarras para celebrar sus giras de campo.

El Urumea describe una gran curva y parece como querer romper los estrechos moldes que le vienen aprisionando desde su nacimiento y se expansía en la lindísima vega de Hernani, donde también se ensancha el horizonte, señalando el derrotero de la inmensidad del mar.

Atraviesa el río un bonito y recién arreglado puente de piedra y hierro, el de Carabel, y se acerca á los pies de la colina donde se asienta la invicta villa, y de aquí todo derecho toma la dirección de la gran llanura de Astigarraga.

Hernani es una población por demás conocidísima para que nos entretengamos en decir nada de ella.

El Urumea sería de los ríos más caudalosos si no tuviera sumideros ocultos, como lo prueba el que en las inmediaciones de Hernani no lleva mayor caudal de agua que en Goizueta, tres leguas antes, siendo así que



en todo el recorrido entre estos dos puntos, se le reunen muchos arroyos y aguas de fuentes sin número.

La misma ruta paralela llevan el ferrocarril del Norte, la carretera y el río hasta llegar á *Ergobia*, barrio de Astigarraga, siempre lleno de sacos de carbón y montones de leña, por el continuo paso de los carboneros que bajan del monte. El puente, también mixto de piedra y hierro, transporta la carretera al otro lado, dejando al ferrocarril y el río que continúen en amigable compañía. Este va serpenteando por toda la inmensa ribera de Astigarraga á la vista siempre de esta villa y bajo la protección de la memorable montaña de Santiagomendi, cuya cima corona la ermita de este nombre, y no muy lejos se apercibe la silueta del reducto de Choritoquieta protegiendo el fuerte de San Marcos.

Esta preciosa vega de Astigarraga está cuajada de todo género de medios de comunicacion, tiene cuidadas huertas y hermosos campos de labranza y reúne numerosos y excelentes caseríos, algunos de los cuales conservan de abolengo la primera marca en el país de la exquisita *sagardua*.

Pasado el puente de piedra de Matutene, la colina de *Ametxagaña* cierra el paso al Urumea y le obliga á describir una línea curva, lamiendo los pies del monte, y atravesando por ante el convento del Refugio y el recodo que hace junto al túnel del ferrocarril en el que se reunen escalonados, el río, la carretera y la vía férrea, cruza por el pintoresco barrio de Loyola y se dirige al Norte. Más, vuelta las alturas á rechazarle la entrada en el mar, y vuelta el río á describir una gran herradura

al pie de Moscotegui, Churco y Alcolea, formando el afamado y poético valle. En el puente de Loyola la carretera cortando por lo sano, se despide de su compañero y emprende la cuesta hasta llegar al alto de Piñueta de donde desciende en un verbo á la población, y el Urumea conformándose con su suerte vuelve grupas al Sur y desarrollando una semicircunferencia pasa bajo el puente metálico del ferrocarril y doblando la península de Muñdaiz llega por fin á hacer su aparición en Amara, desde cuyo punto en línea recta se lanza al mar.

Majestuosamente avanza en un espacio holgado á terminar los dos kilómetros que le quedan de recorrido, dentro de la bellísima capital de Guipúzcoa, y al poco rato entra en el canal constituido por los muros levantados en ambas orillas. El de la derecha con el emplazamiento de la estación del ferrocarril y barrio de Gros; y el de la izquierda con toda la ciudad extendida á lo largo del hermoso paseo del Urumea en sus tres secciones *Amara*, *Zurriola* y *Salamanca*, en una longitud aproximada de dos mil metros. Delante de la estación una provisional pasarela pone en comunicación las dos orillas, y el río antes de confundirse en el mar verifica su última etapa pasando como bajo un arco de triunfo, por entre los espaciosos arcos del monumental puente de Santa Catalina, mira con desdén á los pescadores de caña y corre sin descanso á la barra, á abrazar entre torbellinos de espuma al Cantábrico.

Esta es, descrita muy á la ligera la peregrinación del río Urumea por su cauce, desde su nacimiento hasta su muerte.



El recorrido poco más, poco menos, es de unos cincuenta kilómetros, atraviesa por bajo de más de dieciseis puentes, baña cuatro pueblos, presta fuerza á numerosas fábricas y molinos, fertiliza lindos valles y extensas praderas, da asilo á excelentes truchas y mejores salmones, sirve de vía navegable á las distintas *gabarras* para el transporte de materiales, frutos y cosechas, de espejo á las poéticas casas de campo y en suma es un factor de gran utilidad para el país.

No es posible que se haya borrado de la imaginación de los easonenses aquella sorprendente perspectiva que ofrecía este río, iluminado en sus bordes y lanzando fuegos artificiales desde sus colinas, en la apacible noche de verano en que la Reina Regente efectuó su poética expedición.

Era realmente una maravilla de las mil y una noches.

El Urumea con su pequeñez relativa comparada con los grandes ríos españoles, es una de las vías fluviales más bonita, más práctica y más pintoresca de la Península.

(1893)

---







# FERIA

(CUADRO EUSKARO)

---

A pesar del ferrocarril, del telégrafo, del teléfono, de la bicicleta, y de todos los inventos modernos, aun se conservan restos de nuestras antiguas y características costumbres.

Mucho se ha perdido de aquellas animadas ferias de ganado que semanalmente y por turno se verificaban en los principales pueblos de Guipúzcoa, porque en la actualidad los medios de comunicación rápidos y varios facilitan la compra ó venta de la vaca y del ternero en todo tiempo; sin embargo, se siguen celebrando ahora estas ferias con relativa animación en contados pueblecitos de la provincia.

El casero aprovecha este día para bajar de su caserío con el ganado que intenta vender, los comerciantes ambulantes llevan allí su mercancía, versolaris no faltan en la fiesta, pero quienes mayor animación prestan al mercado son los carniceros de la capital y villas impor-

tantes del partido que concurren con el objeto de hacer acopio de carne viviente.

Van en cómodo carruaje, un largo ómnibus tirado por cuatro caballos en el que se presentan en el pueblo de la feria por muy lejano que se halle éste.

Las *cestas* del país arrastradas por dos ligeros jamelgos también menudean llevando al curioso, al negociante ó al ganadero.

En la plaza pública se ve una larga fila de vacas la mayor parte con sus novillos, sujetas con una cuerda á las argollas que cuelgan de las paredes de las casas; piaras de cerdos se mueven de acá para allá gruñendo con voz sorda y barriendo con el hocico á guisa de escoba cuantas inmundicias encuentran al paso y los marranillos de leche chillan desesperados cuando alguien intenta cogerlos para cerrar el trato.

Los dueños de este mundo animal, trafican, ó aguardan tranquilos con la pipa en la boca á que se acerque algún comprador con quien discutir las excelencias de sus reses, y fijar el precio, y las caseras que por lo regular son las encargadas del ganado de cerda, siempre con sus cestas bajo el brazo y la vara de mimbres en la mano para hacer entrar en razón á los irracionales que cuidan, charlan y murmuran entre sí corriendo de un lado para otro.

Bajo los soportales de la casa Consistorial varios mozalbetes aspirantes á *pelotaris* de marca improvisan un partido y entre el abigarrado conjunto de feriantes se destaca el uniforme chillón, rojo y azul del miquelete, que cruzado de brazos observa indiferente aquel mare-



magnum de hombres, mujeres, niños y animales cuya vigilancia y mantenimiento del orden le está encomendado.

Cruza por enmedio de la plaza vestido de hongo y chaquet el afortunado jugador de pelota que de regreso de Buenos-Aires ó los Madriles descansa de sus fatigas en la villa natal, y completa la variedad del cuadro algún carruaje de lujo con señores muy principales que vienen de la población vecina á pasearse en la feria.

Una casa sí y otra no del pueblo tiene sidrería donde se refugian los traficantes á saciar su sed y apetito y se escucha el murmullo ensordecedor de tanto casero que entra y sale constantemente, unos provistos de un vaso conteniendo el líquido amarillento, otros prefiriendo el negro, todos meneando las mandíbulas entre las que descuellan grandes zoquetes de pan ó lustrosas rajadas de jamón chorreando el jugo sobre los labios.

En un cuarto bajo de la posada en el que no había más que las cuatro paredes que fueron blancas, una barrica llena de pitarra, algunos utensilios de uso doméstico tirados en un rincón, una mesa mugrienta y cuatro sillas, hacen su entrada tres hombres y una mujer.

Los primeros, vestidos con blusa azul y boina del mismo tono, fuertes y robustos, la cara de color de ladrillo cocido, enseñando con sus continuas risotadas el maxilar superior provisto de una fila de dientes que aunque descuidados y sucios son capaces de triturar piedras; la mujer con el pañuelo blanco á la cabeza, la inseparable cestita bajo el brazo y la cara toda arrugada, denunciando la fatiga de la labor campestre unida á la de los quehaceres domésticos.

Se sientan alrededor de la mesa dejando un gran espacio entre ésta y sus cuerpos, les sirven una botella con vino, un solo vaso y varias libras de pan; hacen pedazos éste, lo dejan sobre la mesa y cada uno va tomando lo que le viene en gana y come cual si fuese el manjar más exquisito. El único vaso, lleno hasta los bordes pasa de boca en boca y efectúa su ronda disminuyendo su contenido entre los labios babosos de los unos y secos de los otros y en las cuatro cabezas aquellas no bulle otra idea ni existe más preocupación que la que les resulta de la compra que acaban de efectuar.

¿Hubieran hecho mejor en decidirse por la vaca de Juan chiki? ¿La persistente sequía haría infructuosos sus propósitos de mantener gorda y hermosa su última adquisición?


Este era el tema de sus palabras sin que les importara nada lo que suceder pudiera fuera del radio de la feria ó del caserío en que vivían.

Al anochecer ésta termina y el desfile es de lo más curioso que se conoce. La carretera y los caminos vecinales se llenan de personas y bestias desparramándose cual rosa náutica á todos los vientos, entre el mugido de las vacas, el gruñido de los cerdos, los ladridos de los perros y las voces humanas. Es un toque de retreta dado por los seres que se alejan anunciando con sus gritos al pueblo que acaban de abandonar, que pronto envuelto en las sombras de la noche descansará de la actividad desplegada durante el día.

---

(1893)





## Visitas domiciliarias

(DIÁLOGOS)

—¿Joshepa?

—Señorita.....

—¿Qué hace usted ahí tanto tiempo en la puerta?

—Señorita, son unos caballeros que dicen que tienen que ver el *erretrete*.

—Ah, será la comisión de higiene, acompáñeles usted Joshepa.

—Han visto *toro* y se han marchado.

—¿Qué dicen?

—Señorita que *ole* muy mal porque está roto el *iodoro* y hay que componer.

—Bueno, pues antes de que venga la queja quiero poner remedio. No te olvides mañana de avisar á quien corresponda.

—Sin *palta*, señorita, sin *palta*, ya me iré mañana á llamar á los *comuneros*.

---

—Sin perjuicio de la queja que elevaremos á la alcaldía, pueden ustedes decir al propietario que ni esto es *retrete*, ni esto es *bodega*, ni esto es *patio*.

—Está bien, señores, se lo diremos, pero nosotros estábamos muy contentos sin nada de eso, porque el propietario podrá añadir, *ni esto es renta*, porque no se la pagamos hace más de dos años.

---

—A ver, cuál es la causa de este hedor insoportable, aquí no se puede respirar.

—Pues *mirusté*, casualidad será, porque en esta casa siempre hemos tenido *usaigosho* <sup>(1)</sup> porque abajo hay taberna.

—¿Pero ustedes viven como salvajes ó no tienen narices?

—Del cuarto de la *Mari Inashi*, no será pues, porque ella es muy limpia y se lava cara y manos todos los domingos. Del padre tampoco es, porque el reuma no tiene olor. Ay, ay, ay, eso será del cofre del hermano que tiene todo lleno de *carnada* para pescar.

---

Vaya una bodega caballeros; *Chateau Margaux*, *Chateau Laffitte*, *Sauterne*, *Tio Pepe*, *Pedro Giménez*, *Viuda Cliquot*, *Martel*, etc., etc.

—Muchacha, dile á tu amo que tiene aquí el mejor anticolérico y desinfectante conocido.

—Sí, señor, por eso me ha encargado que tuviera cuidado con los caballeros de la comisión no sea que les ocurra prevenirse contra la epidemia.

(1893)

---

(1) Buen olor.



---

# Los bastidores de la Prensa

---

(DIÁLOGOS Y ESCENAS)

---

—Hombre, usted por aquí Suarez.....!

—Querido director, cómo estamos?

—Ya lo ve usted, agotando la materia gris para dar amenidad al periódico.

—Y se la da usted, sí señor, porque es usted un periodista de punta y *La Camama* un periódico muy bien escrito.

—No tanto, no tanto, muchas gracias; pero se hace lo que se puede.

—He venido á recoger el número de hoy que me ha faltado y no he querido marcharme sin saludarle.

Con que no distraigo más su atención, adiós director.

—Vaya usted con Dios, Suarez.

. . . . .  
Poquita gana que tengo yo de dar un bombito á este muchacho que es muy simpático y sobre todo sabe hacer justicia.

---

—Oiga usted, *repórter*, que no se olvide usted de citar á las de Pérez en la revista.

—Pero si está ya compuesta don Andrés, y no caben más nombres.

—A ver..... á ver.....

Pues quite usted á las de Mínguez que son adversarias nuestras y no hacen más que criticar el periódico.

---

—D. Jenaro, ya lo sabe usted, recalque mucho en su artículo de mañana la nota popular; es un asunto que conviene á nuestros amigos y hay que crear atmósfera. Diga usted, que *todo el mundo* aplaude la medida, y mañana cuando lo lea el público, ese *todo el mundo* que hoy se reduce á su pluma de usted, será de tanto leerlo, repetirlo y comentarlo, la población entera.

---

—Hágame usted el favor, señor Director, de decir dos palabras en su diario, del artículo que nuestro común amigo y correligionario don Homobono Cabeza de Chorlito ha escrito en la *Revista de Coria*.

Aquí para *inter nos*, la cosa es de lo peorcillo que se ha dado á la imprenta, pero ya sabe usted que el autor es sobrino de don Máximo, elector influyente entre los nuestros, y á ese muchacho necesitamos protegerlo.

—Tiene usted razón, conozco el artículo de Homobono, está escrito con los pies y antes de terminarlo lo



he tenido que arrojar á la cesta de los papeles; pero puesto que conviene que me ocupe de él, allá va.

Espere usted un momento, que voy á redactar el suelto:

«Llamamos la atención de nuestros lectores hacia el lindísimo artículo de costumbres publicado en el último cuaderno de la excelente *Revista de Coria* por el ilustrado joven y reputado literato, tan ventajosamente conocido en la república de las letras, don Homobono Cabeza de Chorlito.

Lo castizo del lenguaje, la originalidad de su estilo y el conocimiento que del asunto que trata revela el autor, dan lugar á creer que en breve tiempo se ha de colocar el señor de Chorlito á la cabeza de nuestros primeros escritores contemporáneos.»

—Gracias, amigo, está muy bien y creo que quedará satisfechísimo Chorlito, y el partido también.

---

—Habrás leído el precioso artículo de García que trae *El Literato*.

Está admirablemente escrito, ese sí que es un muchacho de porvenir, vale cualquier cosa.

—Efectivamente, es de los pocos que escriben en castellano, un estilista de primera fuerza, pero le voy á arrimar un palo, porque es muy antipático ese tipo y en las elecciones siempre vota contra nosotros.

Ahora verás:

«Ayer nos dió el señor García en *El Literato* otra muestra de su ingenio.

El desaliñado lenguaje de su soporífero artículo y las mil inexactitudes que en todo él comete, demuestran que es un tejido de disparates.

¿Cuándo habrá de convencerse el señor García que no le ha llamado Dios por el camino de las letras?

Nosotros que vemos en él al digno sucesor de la industria que montaron sus mayores, le aconsejamos que abandone la literatura para dedicarse de lleno á la profesión que tanto renombre ha dado á sus antepasados.»

(1893)

---



---

---

## El grano de sal

---

(LEYENDA)

---

Pobre mujer, qué de extraño tenía que su desesperación fuese inmensa al verse con su único hijo muerto en su falda, á la edad en que los niños comienzan á hablar!.....!

Con el cadáver en sus brazos anduvo de puerta en puerta suplicando un remedio con que volver á la vida al pedazo de sus entrañas y los vecinos compadecidos de aquel dolor tan grande no se atrevían á arrancarle el muertecito para darle cristiana sepultura.

Está loca! está loca! exclamaban.

Un anciano que vió á la joven madre recorrer de tan triste suerte aquel calvario pensó:

Esta infeliz no sabe lo que es la muerte y por caridad hay que consolarla, y llamándola la dijo:

—«Buena mujer, yo no puedo darte el remedio que buscas para tu hijo, pero conozco un médico que lo puede todo.

—Ay señor, por Dios, dígame ¿quién es ese médico?

—Tú misma has pronunciado su nombre, sólo Dios puede darte ese remedio; corre al templo, póstrate en oración y aguarda.»

La mujer siguiendo el consejo del anciano se apresuró á entrar en la iglesia y arrodillándose oró con fervor durante algunos minutos pidiendo en sus oraciones la vida de su hijo.

Al poco rato un eco armonioso que en forma de palabra repercutió por las bóvedas del templo dejó escuchar las siguientes frases:

—«Si quieres volver la vida á tu hijo en tu mano está el conseguirlo. Tráeme un grano de sal que proceda de una familia en la que no haya muerto ni un padre, ni un hijo, ni un criado.»

La infeliz salió escapada, conservando el cadáver entre sus brazos y loca de contento creyendo hallar en seguida lo que se le pedía.

Recorrió las casas del pueblo, del campo, de las villas vecinas, y en todas le daban el grano de sal, pero al preguntar si en la habitación había muerto algún padre, algún hijo ó algún criado, le contestaban:

—Quó dice usted buena mujer, *«contados son los vivos é innumerables los muertos.»*

Y la mísera continuaba su peregrinación en busca siempre de ese grano de sal que debía encontrar en familia donde ningún deudo hubiese muerto.

Mas en todas, un padre, un hijo y un criado faltaban en la lista de los vivos.



La fatiga y la desesperación abatieron el ánimo de la pobre mujer y ya casi sin aliento exhalaba hondos suspiros murmurando: «¡Oh Dios mío, qué tarea tan horrible! ¡En todas las casas ha muerto alguno, de modo que no soy yo sola la que sufre esta desgracia!»

Entonces como por encanto se calmó su excitación, frío glacial invadió su cuerpo, y denunciando su inmenso dolor por el fallecimiento de su hijo, depositó el cadáver en el cementerio.

Después volvió al templo á orar, y la misma voz misteriosa le preguntó:

—¿Has encontrado el grano de sal?

—No; todo el mundo me ha dicho: *«contados son los vivos é innumerables los muertos.»*

—Tú creías ser la única que has perdido un hijo y ahora te convencerás de que el destino de la criatura humana es ese, morir.

En la tierra nada hay que no esté de paso.»

Estas palabras impresionaron profundamente á la infeliz mujer y la movieron á dedicarse á la vida religiosa entrando en un convento á los pocos días, y una noche en que absorta en aquella vida contemplativa oraba en el coro impresionada con las luces del altar, reflexionó de esta suerte:

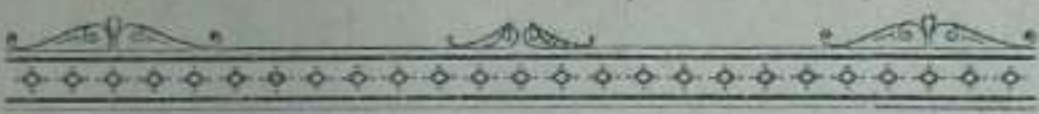
La vida humana es como esas luces que brillan durante cierto tiempo para apagarse después.

(1893)

---







## La muerte de la vaca

(ESCENAS CAMPESTRES)

La vaquita con su jaspeada piel blanca y negra, sello distintivo de las que no trabajan y se las dedica exclusivamente á producir leche, había dado ya once terneros y miles de litros de este nutritivo alimento.

Quince años, poco más, poco menos, cumplía en el establo de casa y á la sazón estaba amamantando el último ternerillo con un disfrute de salud inmejorable.

La vida de estos animales no puede ser más monótona y tranquila; limitada á pacer por la mañana, pastar por la tarde, rumiar entre horas, tumbarse en la cuadra y aspirar con satisfacción el aire puro del campo, sin otra obligación que la de ofrecer á sus amos las hinchadas ubres llenas de mantecosa leche.

Una tarde, el criado encargado de su cuidado notó con extrañeza que el animal no quería comer y que á su insistencia respondía con una triste mirada de sus ojos, como diciéndole, *¿no ves que no puedo?*

La enfermedad hizo en pocos días rápidos progresos

y el albéitar, encogiéndose de hombros, auguraba mal para la pobre bestia, calificando de *francesmiña* su dolencia y de carácter contagioso, procedente de Francia. De Francia y de todo el orbe, se podía argüir, pues lo que el veterinario diagnosticaba de tal, era una neumonía ó pulmonía infecciosa, exactamente igual á la que padecen los racionales.

Entramos en la cuadra por curiosidad y cariño á ver á la pobrecita vaca presa de una disnea que la asfixiaba por momentos. De pie, con la cabeza estirada buscando aire, la lengua fuera de la boca, estremeciéndose todo su cuerpo al compás de una irregular respiración que imitaba el ruido de una pequeña sierra cortando la madera, en cuanto se enteró de nuestra presencia, su mirada se fijó anhelante en nosotros, cual si en nuestras manos estuviese el poder aliviarla.

El novillito permanecía silencioso en un rincón del establo y como extrañado de las novedades que en tan poco tiempo surgían y que le privaban de su acostumbrada ración de leche, y el hermoso mastín blanco, guardián de la finca, nos acompañaba en la triste visita con el rabo entre las piernas y la mirada vaga en señal de desconsuelo.

Verdaderamente que el cuadro era conmovedor, pues no por tratarse de un irracional dejaba de impresionar el ánimo el ver sufrir tan cruelmente á la pobre vaca, que con el instinto de todo ser organizado resistía á la muerte con desesperación.

Pero no había remedio, sus instantes estaban contados y así nos lo denunciaba aquel extraño ruido de sus



congestionados pulmones, que parecía salir de un fuelle roto al que se escapa el aire por todos lados.

La reunión de expertos caseros, venidos espontáneamente de las inmediaciones á prestar sus desinteresados servicios, dictaminó el caso lanzando sus conclusiones por unanimidad con la frase de que el animal *no pasaría la noche* y á la desesperada le propinaron algunos remedios domésticos, cuya base es casi siempre gran cantidad de vino ó aguardiente y terminada su misión se retiraron, lamentando la pérdida de una vaca que había dado tan grandes rendimientos á sus amos y de la que aun se podía aprovechar la piel, y si la junta de sanidad no se oponía, hasta la carne.

Nos retiramos á descansar, y ya dormidos nos despertó sobresaltados el incesante y plañidero aullido del mastín y los mugidos cada vez más fuertes del ternero.

Saltamos de la cama, era la una, y precipitadamente salimos al campo, porque la cuadra se halla algo separada de nuestra habitación, y al vernos el mastín nos guía al establo. No habíamos hecho más que abrir la puerta de éste, y ante nuestros ojos aun soñolientos, vemos en aquel preciso momento á la vaca agitarse convulsivamente, sentimos un resoplido extraño, y cual si hubiese recibido un enorme golletazo del torero más hábil de España, caer redonda, muerta.

El mastín y el ternero redoblaron su lúgubre algarrabía y nosotros volvimos á retirarnos, á aguardar la mañana para sepultar los restos de nuestra fiel compañera de quince años de vida campestre.

A la hora del enterramiento, se reunieron más ca-

seros que los que acudir suelen á los funerales de un semejante, y los comentarios fueron dignos de los que encariñados con los animales conceptúan á éstos como miembros de su propia familia y á veces les lloran más que á sus propios hijos.

En una rastra tirada por dos congéneres suyos fué transportada la vaca á un manzanal inmediato, y á la profundidad ordenada por las disposiciones sanitarias, quedó sepultada para siempre.

Los caseros, después de haberse comido un par de quesos del país, algunas libras de pan y vaciado una azumbre de vino á título de ceremonia de enterramiento, se desparramaron en dirección á sus viviendas, y la cuadra donde murió el animal, ya bien desinfectada para evitar la propagación de la infecciosa enfermedad, aguarda á que cumpliéndose el refrán de que *á rey muerto rey puesto*, ocupe el lugar de la anterior, otra vaca bretona comprada en la primera feria.

(1893)



---

---

## El ojo del Emir

---

El emir Abou-Keer había perdido un ojo en una de las batallas libradas contra los cristianos.

—Los perros infieles me han de pagar esta fechoría exclamaba entre iracundo y furioso, presa de la mayor exaltación, y acto seguido dispuso que todos los prisioneros fuesen llevados á su presencia.

Dió la orden de que á cada uno le arrancaran un ojo, para tener dónde elegir el que le había de reemplazar al que le faltaba; pero halló el inconveniente de que ninguno servía para el caso, porque diferían mucho en forma, color y tamaño, del único que le quedaba en la cara.

El emir Abou-Keer era lo que se llama todo un buen mozo, y precisamente lo que más embellecía su fisonomía eran sus grandes y hermosos ojos negros, tan dulces y llenos de expresión, que sus súbditos no podían concebir, cómo con ellos, cuando montaba en cólera, fulminaba rayos de muerte.

Un personaje de su corte tuvo la ocurrencia de manifestarle que quizás el ojo de alguna bella joven esclava

podría sustituir con ventaja al que había perdido en la guerra.

La elección recayó en una lindísima joven esclava cristiana llamada Sancha, y sin pérdida de tiempo la presentaron al emir, quien, satisfecho de ver tanta hermosura en aquella joven, hizo una seña á su médico para que la arrancara un ojo con objeto de llenar su órbita vacía.

La pobre niña al enterarse de tal sentencia, rompió á llorar con una desesperación sin límites. Sus soberbios ojos negros arrojaban un mar de lágrimas, y en el paroxismo de su dolor se golpeaba todo el cuerpo, estropeando con la intensidad del llanto el brillo de sus envidiables órganos de la visión; cosa que tenía muy inquieto al emir, temeroso de un nuevo fracaso.

Un doctor turco, cuyo renombre era muy grande en la corte, y además muy querido del pueblo, al presenciar la escena que estamos narrando, llevado de sus sentimientos humanitarios, pidió al emir suspendiese la ejecución de su mandato hasta que él le expusiese su manera de pensar en lo de la sustitución del ojo.

Sabía que la operación que se intentaba contra la pobre joven sería completamente infructuosa para llenar los deseos del feroz musulmán, y que ese hecho no causaría más que una cruelísima tortura á la infeliz cristiana, lo cual era de un barbarismo sin ejemplo.

En esta manera de proceder del sabio médico había mucho de reconocimiento hacia Sancha, que en cierta ocasión encontró al doctor turco inanimado y sin fuerzas al borde de un camino, y ella le había socorrido y



alentado, y su conciencia le ordenaba cumplir aquella deuda sagrada.

Dijo, pues, á su soberano que él poseía unos ojos de cristal tan admirablemente hechos, que respondía de que ningún ser humano los podría distinguir de los naturales.

Añadió que la duración era mucho mayor y el aspecto más agradable que el de los ojos de los perros cristianos, que, extraídos de la órbita de su dueño, perdían en brillantez y consistencia, como había tenido ocasión de experimentarlo varias veces.

El emir quedó completamente convencido, y entusiasmado con el ojo de cristal que le ofrecía el doctor, le pidió precio.

— Señor, os lo daré en cambio de la esclava cristiana.

El emir, que juzgaba ventajosísimo el trato, se la concedió de buen grado y se hizo colocar el ojo de cristal.

Toda la corte se deshizo en grandes elogios acerca de su brillo y hermosura.

— ¡Pero, si yo no veo nada con él! exclamaba el musulmán.

— Señor, es menester darle el tiempo necesario para que se haga á vuestras costumbres, respondía el doctor.

No habéis de pretender que este ojo os sirva inmediatamente como el anterior, que llevaba tantos años en vuestra órbita.

— Esperaré, dijo el emir, convencido con la fuerza

de este razonamiento; pero quien no esperó fué el doctor, que al día siguiente se apresuró á huir, llevándose á Sancha lejos de aquellos lugares y entregándola con toda fidelidad á su familia y á la libertad.

(1894)

---





## MOSTAFA ALVILA

---

En uno de los califatos establecidos en las provincias conquistadas á España por los moros, reinaba con una fastuosidad oriental el gran Mostafa Alvila.

Esto califa que era un verdadero tirano, agobiaba á impuestos al pueblo para aumentar sus tesoros y darse el capricho de adornar su alcázar con todo lo más precioso que en materia de ricas telas y costosas joyas podía reunir de las cinco partes del mundo.

Los comerciantes de los más lejanos países que conocían esta afición venían á ofrecerle sus mercancías más caras.

Cierto día, uno de estos mercaderes recién llegado de la Persia, le trajo un soberbio tapiz bordado de oro y perlas y tejido con lanas y sedas de una combinación de colores notabilísima y cuyo valor era muy grande; pero Mostafa Alvila tropezó con la dificultad de que sus riquezas no alcanzaban para pagar aquella joya, y sin embargo, la quería á todo trance.

Vista su perplejidad, el gran visir Ali Baba, le dijo:  
—«Señor, vended diez mil perros cristianos y con

el dinero que obtengáis podéis comprar esa preciosa tela que tanto os encanta.»

Y el emir aprobó el consejo de su gran ministro, y vendió los diez mil cristianos, pagando con su importe el precio del tapiz.

Sentado delante de él, con las piernas cruzadas á la turca, Mostafa Alvila, no se cansaba de admirar los brillantes colores y maravillosos dibujos árabes que materialmente cubrían la alfombra.

En el centro, y atrayendo con irresistible imán la mirada, se veía un rosetón de grandes dimensiones, esmaltado de oro y piedras preciosas, formando unos caracteres extraños.

El emir, lleno de curiosidad por lo que pudiera significar aquella inscripción, hizo llamar inmediatamente al comerciante que le había vendido el tapiz, pero éste se había ya marchado.

Envío varios jinetes en su busca en distintas direcciones y con orden de traerlo enseguida á su presencia; pero al cabo de recorrer durante tres días todos los caminos, volvieron los enviados sin haber podido encontrarle por parte alguna ni dar señales de su paso.

La curiosidad de Mostafa Alvila aumenta con este contratiempo, llegando hasta un estado febril.

Reune en asamblea á todos los sabios del califato y les invita á que le traduzcan la inscripción. Los sabios se miran sorprendidos y contestan unánimes que nunca jamás habían visto letras semejantes, y que por lo tanto desconocían su sentido. Pero uno de ellos hubo sin duda



de palidecer, y el califa dedujo de ésto que conocía el secreto del escrito.

Le amenazó con quitarle la vida si no le traducía fielmente y en el acto, aquellos caracteres extraños.

El interpelado cediendo á la amenaza y todo tembloroso, leyó lo siguiente:

*«Shiroes, hijo de Chosroes, mató á su padre y murió seis meses después.»*

Mostafa Alvila se turbó al oír estas frases, porque también él había asesinado á su padre para sucederle en el califato, y su reinado databa precisamente de hacía seis meses menos un día.

Dispuso sin pérdida de tiempo que el sabio interpelado y todos los que escucharon la profecía fuesen decapitados creyendo así evitar el conjuro; pero la misma noche del suceso, y entre las tinieblas de su cámara vió ó creyó ver aparecer el cuerpo ensangrentado de su padre que le acusaba por su espantoso crimen.

Horrorizado con la visión y lleno de temor y espanto Mostafa Alvila se cubrió la cara con la sábana y quedó repentinamente muerto.

(1894)

---





## La imagen de la vida

Nos embarcamos de noche, nada se distinguía; poco á poco fué apareciendo el alba y los objetos que nos rodeaban comenzaron á adquirir forma, al principio borrosa, confusa, luego más precisa, hasta que por último amaneció un espléndido día.

La navegación se presentaba llena de peripecias, con distintos cambios en el horizonte; tan pronto se veía éste en calma, como surgía improvisada tempestad desarrollando terrible huracán que lo barría todo, ó asomaba en el límpido azul del cielo el majestuoso astro solar que tranquilizaba las aguas.

El tiempo desaparecía tras de nosotros en la rápida estela que dejaba el buque.

Pronto declinó el sol, los colores del día se borraron, y un poco más tarde no se divisaba más que las brillantes estrellitas destacándose en la obscuridad del cielo y enviándonos de todas partes su misteriosa luz.

Sabíamos que el puerto no estaba lejos, confiábamos en nuestro capitán y guía, y cansados de la navegación nos dormimos en paz y con la fe puesta en el cielo.

¿No es éste el símil más perfecto de la vida humana?

(1894)









## EASO Á EOLO <sup>(1)</sup>

(CARTA TEMPESTUOSA)

QUERIDO AMIGO:

Justamente alarmada con tu brusca presencia en mis dominios te ruego moderes el paso, que de continuar la desenfrenada carrera que has emprendido vas á dejar la linda ciudad que yo gobierno, sin una teja.

Recuerdo que á veces sabes guardar muy bien las formas; tú soplas suave y ligero cefirillo bienhechor allá en el estío, ¿qué te sucede ahora que tan enfurecido te muestras, para descargar tus iras sobre mi tacita de plata?

¿Por ventura has regañado con tu padre Júpiter, desoíste quizás los cariñosos consejos de tu madre Menalippa ó has consentido que tus esclavos llenos de inextinguible curiosidad hayan roto los odres donde misteriosamente encierras los vientos huracanados?

Eolo, tú no pareces un rey serio, sino un gnomo poseído del vértigo de arrancarlo todo.

---

(1) Easo, San Sebastián.

No hay mirador que contigo se conceptúe seguro, ni chimenea que pueda seguir en pie, ni cristal que no se rompa en mil pedazos, ni persiana que no viaje por los aires.

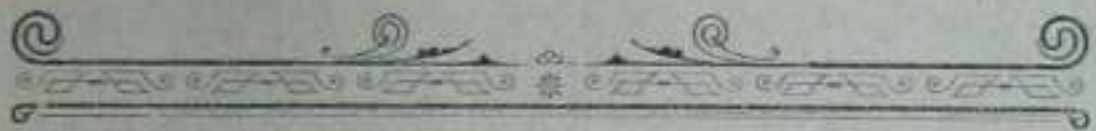
Me has alborotado el mar que se alza imponente en colosales montañas de espuma queriendo romper los estrechos moldes de la Concha y la Zurriola que le aprisionan; á los árboles les haces bailar un desenfrenado can-can, lanzas chubascos de granizo que fastigan la cara del transeunte cual si recibiera sendos latigazos; no respetas ni á los ministros del Señor á quienes arrojas inconsideradamente en la vía pública, tampoco te inspira ternura la infancia y te ensañas con unos pobres niños que arrojas contra el suelo, y falto de educación y cortesía con las damas las arrebatas el paraguas y con tus continuos resoplidos las expones á que vuelen.

Claro está, con semejantes temores mis súbditas se encierran en casa y no circulan por la calle ante el peligro de que se rompan una pierna ó les caiga un tiesto ó una teja que les descrisme.

En vista, pues, de las consideraciones que te hago y la buena amistad que siempre nos ha unido, yo te suplico encarecidamente que calmes tus ímpetus, que no me prives de comer pescado esta Semana Santa, y á mis pescadores de ganarse su mísero jornal, y si estás en buenas relaciones con Neptuno intercede para que cese de arrojarnos tanta agua, y á ambos favores te quedará eternamente reconocida tu afectísima amiga y servidora. EASO.

(1894)





## Contra el anarquismo

---

Aun hay patria Veremundo.

Nos sugiere esta frase un hecho que por lo extraño y desgraciadamente desusado en los tiempos que corremos, hemos tenido ocasión de presenciar hace muy pocos días, precisamente en la época en que la maldad y el vicio pugnan por enseñorearse del mundo.

La sociedad, triste es confesarlo, va por muy mal camino; el anarquismo ataca á la sociedad y sin embargo en medio de esta lucha tan terrible hay un rincón en el que se conservan puros los nobles sentimientos patriarcales que se disfrutaban en lo antiguo.

Pero para ello, lo decimos con dolor, ha sido menester que nos alejáramos de la ciudad, que el azar nos deparara una casa en el monte en la que fuimos testigos de lo que se relata á continuación.

La venta de Mugaire sita en la carretera de Irún á Elizondo, es muy frecuentada por carreteros, viandantes y cazadores. En ella nos refugiamos para pasar la no-

che y encontrámonos con un cuadro animadísimo de gente.

Una veintena de pastores del Baztán habían encargado gran cena en celebración del buen resultado obtenido con la venta de las lanas, producto del trasquileo de sus rebaños.

Para hacer tiempo jugaban al mus y de pronto de entre el grupo más numeroso de jugadores y curiosos, se levanta airado uno increpando duramente al que tenía enfrente porque le había robado un tanto, y el increpado que era un muchachón alto y fornido, joven aún, lejos de incomodarse por aquella acusación y con asombro nuestro, se postra de rodillas y con las manos cruzadas y voz anhelante exclama:

—«Perdón, perdóname, confieso que yo he sido, pero te prometo que no volveré á hacerlo en mi vida.»

Y aquel hombre no quiso levantarse del suelo hasta que á instancia de los demás pastores sus amigos que veían este acto sin extrañeza, el ofendido le hubo otorgado su perdón.

Trasladen los lectores este cuadro á una taberna de cualquier poblado y díganlos si no se imaginarían á los jugadores dándose de puñaladas.

Por lo que colegimos, el hecho se produce con bastante frecuencia en los altercados que allí, como en todas partes, tienen lugar, y esto demuestra la bondad de las costumbres que por aquel rincón imperan.

Dense una vuelta por allá los señores anarquistas, ya que todo el mundo lo juzgan tan malo, y comparen la mísera condición del pobre pastor que en vez de



quejarse resulta por la escena descrita que es el único fiel guardador de la pureza de costumbres.

Hechos como los narrados son tan rarísimos en este fin de siglo que hay que recogerlos cuidadosamente para enseñanza y ejemplo de las gentes, y por eso debiera hacerlos circular la prensa.

(1894)

---





## Un par de bribones

Ayer domingo por la tarde, después de haber comido con toda la frugalidad que es consiguiente á un dispéptico que anda atrasadillo de jugos gástricos, me fui al paseo de Atocha.

La tarde estaba muy templada, y como el pasear gasta los zapatos y altera los estómagos averiados me senté en un banco de los muchos que allí existen.

Saqué la nueva obrita «*Zerurá*» del popular poeta vascogado Antonio Arzac, y me dí á leerla con todo el entusiasmo propio del amante de las cosas de su tierra.

A breve rato vinieron al mismo banco dos individuos cuyo exterior me engañó, como engañan casi siempre los exteriores.

Representaban tener de cincuenta á sesenta años, aunque el color sano y la firmeza de sus pasos desmentían la fe de bautismo, como desmienten la suya las mujeres de más de treinta años. El traje de ambos era lo que se llama decente, cual si la indecencia consistiera en lo raído y mugriento, aunque no pasaba de chaqueta, pantalón, alpargatas y boina.

Me miraron, tomaron asiento en el ángulo opuesto al que yo ocupaba, y continuaron la conversación que tenían comenzada, mas lo hacían tan por lo bajo que me movieron á escuchar lo que no hubiera oído si lo dijeran más recio.

—Te aseguro, decía el uno, que no hallarás vida mejor en el mundo. Yo todo lo he probado, y después de abandonar el oficio tres veces, he vuelto á él para acabar mis días en la cofradía.

Trabajé una temporada en las obras de Amara, pero es mucha molestia aguantar á la intemperie todo el año para ganarse ocho ó diez reales diarios, sin poder contar con un cuarto de hora para nada. Otra vez fui sereno dos meses, pero, amigo mío, tras de perder todas las noches desgañitándose por esas benditas calles, con el menor pretexto te obligan á prestar servicio extraordinario durante el día.

Trabajé algún tiempo como peón por cuenta del Ayuntamiento, y aunque en las obras públicas no se hace nada, al fin tiene uno que estar esclavo todo el día, levantarse temprano, y depender del capricho de un capataz que hace lo que le da la gana. Estuve algún tiempo también de mozo de café, pero si das con señores mal humorados te dicen cualquier desvergüenza, llevas la culpa si las bebidas son malas, van á gastar un real y te mandan doscientas cosas, y desde criado del cafetero paras en criado de todos los concurrentes.

Me vendí de sustituto para Cuba y he corrido mil y mil aventuras hasta que como Dios quiso regresé á la madre patria, para mí, madrastra, y muy madrastra.



Otras cosas he probado y otras, pero te digo Pedro, que es una locura salir de mi oficio.

Ya estoy resuelto á no ser más que mendigo.

—¿Pero por qué no pruebas el meternos en la casa de Beneficencia? dijo el llamado Pedro.

—Eso es lo peor de todo.

Allí trabajas, comes poco y malo, y te tienen encerrado como si fueras un malhechor.

No, no, libertad, libertad, esto es lo primero. Tres veces me han metido en esa maldita casa, gracias á los bandos de los alcaldes, que sin duda no tienen otra cosa que hacer más que perseguir á los pobres, pero me he escapado, y como nadie se acuerda de bandos y disposiciones á los ocho días de publicados, hasta que se queje nuevamente el vecindario, el oficio es seguro; y cuando nos persiguen, con andar medio escondido una semana, ya nada hay que temer.

—¿Pero de qué manera aseguras la subsistencia? le preguntó Pedro.

—Oye la cuenta por semanas.

Todos los viernes tengo veinte casas de á perro chico y cinco de á perro grande. Ve contando, son treinta perros chicos. Dos casas en las que he servido y tienen la consideración de darme cinco perros. Son cuarenta. Cincuenta céntimos de peseta que le pisco todos los domingos á una señora en cuya casa golpeo las alfombras y hago algunos recados. Son cincuenta. Una pesetilla cada semana de un señor cura á quien ayudo diariamente á celebrar la misa. Son setenta. Unos días con otros puedes contar diez perros diarios que recojo en las puertas

de las iglesias por las mañanas y en los paseos y carreteras por las tardes. Son ciento cuarenta. Un real diario de la comida que vendo.

—¿Vendes comida?

—Cuenta, ya sabrás cómo. Son ciento setenta y cinco. Una peseta semanal que saco vendiendo á las fábricas de galleta los corruscos de pan duro que recojo mendigando. Son ciento noventa y cinco. Diez céntimos de peseta diarios que me da un trapero por aduyarle á revolver las basuras. Son doscientos nueve. Y cinco céntimos más ó menos para redondear la cuenta hacen un total semanal de doscientos diez perros chicos ó sean cuarenta y dos reales que partidos por siete días me dan un presupuesto de seis reales diarios.

Tengo dos cocineras, antiguas conocidas, que me guardan las sobras de la comida, y de esas sobras como á mediodía y vendo á los granujas por un real lo que me queda.

Para almuerzo y cena no gasto más que setenta y cinco céntimos de peseta; pago diez céntimos de alquiler de casa, una covacha; diez céntimos para fumar y tomar tabaco por las narices; otros diez céntimos de lavandera, y veinte para café y copa. Con lo cual ahorro al día cinco perros que á fin de mes suben á siete pesetas, cincuenta céntimos y al fin del año á diez y ocho duros sobre poco más ó menos, admitiendo que de tiempo en tiempo venga alguna fortunilla.

—¿Pero no te fastidia comer siempre de sobras?

—Nada de eso; porque mis amigas me lo guardan muy limpio, y por Navidad no falta algún trozo de ca-



pón, ni de cordero por Pascua, ni un ala de pichón en otras festividades.

—¿Pero y la ropa? ¿Y el calzado?

—Como que no trabajo, la ropa no se destroza y las alpargatas cuestan poco; este traje me sirve hace veinte años y es el que tengo de gala y en cuanto á las prendas de pobre casi tienen tanto tiempo como yo.

—¿Pues qué me aconsejas?

—Que te dejes de trabajar, vente conmigo, te presentaré á los parroquianos, escogeremos algunas casas para que pidas, te finges náufrago del Cantábrico ya que tu posees el vascuence, te recomendaré á alguna criada de servicio, y no tengas cuidado, como le tomes el pulso al oficio no lo has de dejar aunque te ofrezcan un empleo.

Ah, y para cubrir nuestro déficit en los malos tiempos se toma en los bolsillos del prójimo, lo que se encuentra, sabes?

En esto se levantaron y sin saludarme se dirigieron hacia la plaza de toros, y no he vuelto á verlos más.

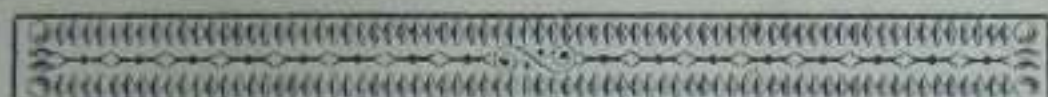
¿Se habrá conocido pillos semejantes?

(1894)

---







## La Nochebuena del besugo

En las inmensas profundidades del Cantábrico miriadas de peces pueblan sus aguas, y en la presente estación numerosa colonia de besugos ocupa esta zona á fin de pasar el invierno en lugar favorable á sus voraces aficiones.

Todos los pececillos, desde la sardina al pancho, viven amedrentados con esta invasión besuguera y no tienen momento seguro de existencia.

Por aquello de que el pez grande se come al chico, los diminutos seres emigran á bandadas, en esta época á lejanas aguas.

Pero no todo es dicha entre los besugos. Cuando más distraídos se encuentran en sus faenas bucólicas, una sombra comienza á dibujarse en el límite de su cielo, en la superficie del mar.

De lados opuestos descienden tenues nubes al principio, opacas después, que van agrandándose á medida que bajan, y ya tarde, los peces se aperciben de que van quedando aprisionados en la que tomaron por nube y es una muralla de mallas que les impide la huida.

Algunos escapan, pero centenares quedan presos en aquella gran bolsa ó cárcel flotante que les arrastra en vertiginosa carrera para sacarlos á la superficie, asfixiados los más, agonizantes el resto, sobre la cubierta de un barco.

Este transporta su preciosa carga (preciosísima en Nochebuena) á puerto, y allí se hacen los preparativos de expedición.

Miles de cadáveres metidos en acondicionadas cestas son llevados al ferrocarril, al coche, al lomo del macho para que en el último villorrio de España no falte este pescado en noche tan clásica; y en fuente apropiada á la forma de su cuerpo, esto es, en ataúd de porcelana presentan el sabroso animalito en la mesa del burgués, porque el pobre lo come en cazuela ó como puede; y allí, tendido á lo largo, con aquellos ojazos refranescos aguarda el momento de su destrucción.

Unos se vengán pudriéndose antes de que les hinquen el diente, y otros clavan sus aceradas espinas en la garganta del glotón.

La Nochebuena de la humanidad es la noche triste del pobre besugo que es la víctima, no porque en otras no sufra la misma suerte, sino porque es el momento en que mayor número de sus individuos arrancados de su elemento llenan las mesas de los festines.

No se concibe Nochebuena sin el tradicional besugo, como no se concibe mar sin orillas.

(1894)





## El lenguaje de los colores

Hay tres colores fundamentales que son: el rojo, el amarillo y el azul.

El rojo representa la parte física de la vida, el cuerpo humano con todos sus apetitos, sus satisfacciones, y sus dolores; como que es el color de la sangre.

El amarillo representa la inteligencia humana con sus esfuerzos, trabajo y lucha por la existencia, porque es del mismo color que el oro.

El azul representa el alma, sus aspiraciones, la poesía, la pureza, la fe, las convicciones; es el color del cielo.

Estos tres colores con sus combinaciones crean el anaranjado, el verde y el violeta, que forman el arco iris, suprema representación de las esperanzas humanas.

Supongamos que todo color obscuro signifique el dolor y todo claro el placer y justificaremos de esta manera un lenguaje convencional.

¿No se ha hecho de la encarnada rosa el símbolo

del amor feliz, y de la aterciopelada escabiosa la flor de las viudas?

¿No se han destinado los matices más acentuados á estigmatizar un infortunio de convención?

¿No personifica el botón de oro la falsedad?

¿Y lo azulado, el color del aire, (llamado fluido incoloro) que es el intermediario entre nosotros y la inmensidad del cielo?

¿No está entre los tonos más oscuros el color del mar embravecido?

El violeta es el símbolo del amor maternal.

El color grisáceo supone malas impresiones, y por último el negro es el eterno símbolo de la nada, de la obscuridad, de la extinción de la vida; por eso se le denomina fúnebre.

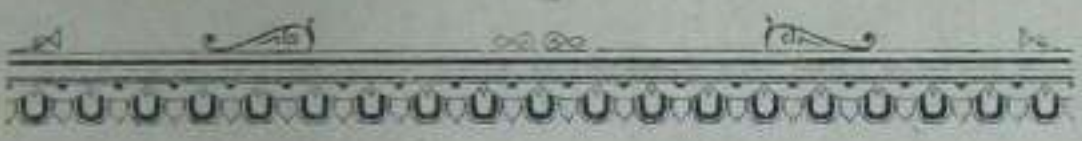
Sin embargo es también el color de la tinta que con sus caracteres escritos abre la luz de las inteligencias.

La bandera española, de color sangre y oro, da al espíritu español gran bravura, mucha alma y mucha alegría; por eso jamás podrá ser vencida en la manigua de Cuba, porque allí todo es negro inclusa la cara de nuestros adversarios.


(1895)

---





## Los pastores del Baztán



Es conveniente que sepan las gentes cómo viven algunos de sus semejantes en este fin de siglo, porque se tiene idea de las comodidades que ofrece el dinero y no de las ventajas que concede la Naturaleza.

En el Baztán, cerca de los Alduides, formando parte de la cordillera pirenaica se halla situado el altísimo monte Auza y en una borda de ganado de este monte nos propusimos enterarnos de la vida que hace el pastor.

Salió á recibirnos un zagalón fornido, de unos dieciocho años, alto y colorado. Fisonomía clara, sonriente, con una dentadura que envidiaría la mujer más hermosa y unas piernas capaces de luchar con el ciclista más intrépido.

Estaba envuelto en una manta á pesar de que, hallándonos en el mes de Diciembre, soplaba el viento Sur y no se sentía el frío en aquellas alturas.

La borda se encuentra á unos cien metros de la muga que separa Francia de España, por medio de una línea imaginaria, pues la Naturaleza no puede explicar-

se de otro modo las opuestas formas de gobierno y de manera de ser de los pueblos donde los productos ni la tierra cambian.

Nada en aquel punto indica que se sale de España para entrar en Francia, porque es el mismo prado el que pertenece á ambas naciones, la misma montaña común de una y otra, la misma cosecha repartida entre la república y la monarquía.

El colono de aquel trozo de terreno no sabe cuando lo trabaja á quién debe obediencia, si á Mr. Faure ó á la Reina Regente, y si posee una peseta española al comienzo de su predio en el final queda reducida á 80 céntimos.

La demarcación de la frontera en aquel sitio es muy caprichosa; una piedra en el centro de un herbal, piedra que se ha convenido en que por un lado represente la corona y por otro el gorro frigio.

Ni de cerca, ni de lejos se ve ese aspecto que da á las fronteras una separación fluvial ú otro obstáculo de la Naturaleza.

Allí nada, por no haber nada ni un ser viviente, excepción hecha del pastor su rebaño y nosotros.

Observábamos el panorama delicioso en aquellas altitudes y el joven pastor nos llamaba la atención hacia los picos, diciéndonos, que donde llegaba el límite de la sombra á la hora del mediodía en los pelados riscos del Anza, pertenecía á Francia, y del lado de Febo á España, casi una frontera móvil.

Este baño de sol en la cúspide de la montaña sirve de reloj al pastor que sin grandes diferencias acierta



con la hora menos cuando el cielo nublado le quita la noción del tiempo, que por otra parte dado su género de vida, le es indiferente.

Habita la borda con trescientas ovejas, que según la temperatura se recogen bajo techado ó pastan en el campo.

No hace uso de la lengua más que para cantar, gritar al rebaño, ó masticar los alimentos, porque en aquella soledad son un lujo las palabras.

Dos veces al día atiende al sustento y asombra la frugalidad de este muchacho que llena sus necesidades con tan poco y sin detrimento de su robustez y fuerza.

Por la mañana un par de tortas de maíz apenas pasadas por la lumbre y un pedazo del durísimo queso que fabrica con leche de ovejas, esto es todo, repetido al anoecer, y rociado con agua pura y cristalina de los ricos manantiales que brotan por doquier entre peñas y riscos, batida, aireada y espumosa cual inmejorable champagne, y para descanso un lecho de hojas secas dentro de la borda.

Cada quince ó veinte días baja á una de aquellas aldeas del Baztán que á sus ojos tienen las proporciones de un París ó de un Londres.

Este sistema de vida de un mortal á fines del siglo XIX y en la época del vapor, de la electricidad y demás adelantos modernos, supone que en el monte nada ha variado y que se conserva la existencia cual hace quinientos años.

Pero como los extremos se tocan, la ciencia moderna que preconiza el oxigenarse como un bien para la

humanidad, nada tendrá que argüir en contra de este medio de obtener un régimen de oxígeno puro.

Lo narrado acerca del pastor que encontramos en nuestro camino, puede servir de retrato de la mayor parte de los que cuidan rebaños en el Baztán.

En frente del monte Auza hay un puerto formado por dos altas montañas y hasta él llega la nueva carretera que desde Elizondo y pasando por Errazu se dirige á Francia.

En lo alto del puerto está la muga que separa las dos naciones y allí termina la carretera. Los franceses no han construído el ramal que necesitan para unir la parte española con el pueblo de Baigorri al pie de la sierra.

De aquel lado del Pirineo tiene Francia un ferrocarril extratético, paralelo á la frontera, y que se extiende desde Bayona á Osens, pasa por Baigorri y pronto llegará hasta San Juan de Pie de Puerto, en cuyo punto el gobierno francés, dueño de este ferrocarril, está construyendo un fuerte de importancia para la defensa de aquel paso.

Este valle del Baztán que demuestra en sus campos la labor incesante de que es objeto, exhala las ricas emanaciones de heno, alimento nutritivo del hermoso ganado que se cría.

Todo señala la riqueza del país. El aspecto de las tierras y la grandeza, relativa, de los pueblos.

Multitud de antiguas casas solariegas refugio de la nobleza en otros tiempos, están hoy ocupadas por la nobleza del trabajo que al restaurarlas ha modificado su tétrico aspecto por el de alegres viviendas modernas.



Irurita es una preciosidad, cada casa es un palacio y todo él sobre una loma, un pueblecito de nacimiento.

La emigración vasco-navarra tiene sus corrientes; mientras los guipuzcoanos se dirigen con preferencia á la República Argentina, los baztaneses emigran á México, donde hay una colonia numerosísima.


Por eso al contemplar los monumentales edificios de los pueblos de aquel valle se concibe que hayan sido levantados con onzas mexicanas.

(1895)


---







## Los tres hijos de familia



Cierto día, el caprichoso Naáman, bey de Constantina, mandó pregonar un bando en que disponía la prohibición absoluta de que nadie se paseara de noche por las calles de la ciudad bajo la pena de muerte, y ordenó al *caid-dar* (gobernador) que en persona cumplimentara esta orden verificando las rondas que estimase convenientes.

La misma noche de esta medida el *caid* hizo su oración acostumbrada en la mezquita y al salir de ella llamó á cinco agentes y comenzó su vigilancia recorriendo los barrios más principales.

Al llegar á *Souc-el-Herguelma*, calle de los *restaurants* tunecinos, sorprendieron á tres jóvenes elegantes que conversando amigablemente se paseaban por aquel sitio.

—Jóvenes, les gritó el *caid-dar* ¿qué hacéis aquí á estas horas?

— Ya lo véis, contestó uno de ellos, pasear.

— ¿Y no sabéis, desdichados, que lo ha prohibido el Bey?

Decidme, ¿quiénes son vuestros padres?

— El mío, respondió el primero, es un hombre en cuyas manos están las cabezas de los demás.

— Yo, dijo otro, soy hijo del hombre que mantiene las gentes para que no se mueran de hambre.

— Y yo, añadió el tercero, lo soy del que da de beber al sediento.

Tras de un momento de reflexión, el *caid-dar*, les invitó á que le siguiesen.

— Váis á quedar detenidos por infringir las órdenes de nuestro soberano, les dijo, y no os pondré en libertad hasta tanto que él lo disponga.

Al día siguiente comparecieron á la presencia de Naáman-Bey

Los jóvenes detenidos dieron al monarca la misma respuesta que al *caid-dar*, y el soberano les concedió inmediatamente su perdón, dejándoles en el acto en completa libertad.

Cuando se hubieron marchado, Naáman, dirigiéndose á los cortesanos que le rodeaban, mudos de asombro, les interpeló de esta suerte.

— ¿Habéis notado la discreción, las buenas formas y oportunas palabras de estos adolescentes?

— Señor, le contestaron, nos perdemos en conjeturas y no nos explicamos cómo vuestra majestad ha podido comprender el significado de las palabras de esos jóvenes.



—Pues voy á descifraros el enigma.

El primero de esos muchachos es hijo de un barbero, el segundo de un panadero y el tercero de un aguador.

A estas palabras, sorprendidos los cortesanos y con un palmo de boca abierta, exclamaron á voz en grito:

—¡Que Dios os conceda su misericordia, señor y amo nuestro!

¡¡Grande es vuestro talento!!

(1896)







## Páginas de la guerra civil

(EPISODIO VERÍDICO)

El hermoso caserío Piticar, entre Hernani y Lasarte delante de Santa Bárbara, había sido fortificado por los cristinos en la primera guerra civil para guardar el camino vecinal que une á ambos pueblos.

Le guarnecía un destacamento de veinte hombres al mando de un teniente.

Una tarde, cansados los carlistas de varias tentativas infructuosas, se decidieron á apoderarse del fuerte, y desplegándose en guerrilla circunvalaron la colina donde se asienta el caserío, y poco á poco fueron acercándose sigilosamente con objeto de sorprender á la guarnición; pero ésta, apercebida del hecho, rompió un nutridísimo fuego de fusilería.

Los carlistas tenían un cañoncito con el cual molestaban mucho á los defensores; pero viendo que sus repetidos disparos no obligaban á los del fuerte á rendirse, se decidieron por el asalto.

Un cabo carlista, mocetón bravo y arrojado, despreciando el peligro y seguido únicamente de un puñado de hombres se acercó hasta la puerta de la fortificación intimando la abrieran, y entre la porfía de los de fuera y la obstinación de los de dentro, cedió la puerta á la violencia de los primeros que invadieron cual furias el recinto.

El mocetón echó mano al cuello del teniente que era casi un niño, y le hizo prisionero, mientras que los demás carlistas, apoyados por nuevas fuerzas, pasaban á cuchillo á toda la guarnición.

Igual procedimiento quisieron emplear con el oficial prisionero, pero su aprehensor gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—A éste no le toca nadie; ¿no os habéis hartado de carne?

Y cumpliendo las instrucciones recibidas se encaminó con su presa á Lasarte, á presentarla al comandante de armas de aquel punto.

En el trayecto, á medida que iban encontrando grupos de carlistas, el cabo tenía que reñir nuevas batallas contra sus compañeros, que se empeñaban en dar muerte al oficial cristino.

Cuando llegaron á Lasarte, agradecido el teniente á las continuadas defensas de su protector, le entregó su bolsa de seda verde con todo el contenido, unas seis onzas.

De orden del comandante de armas, el joven oficial fué destinado al depósito de prisioneros que los carlistas habían establecido en Nuestra Señora de Aranzazu, y



el mocetón pidió, como gracia especial por su comportamiento en la acción, que le encomendaran el acompañamiento y custodia del prisionero hasta el lugar de residencia.

Una vez allí, y al despedirse del cristino para regresar á incorporarse á su batallón, le devolvió la bolsa intacta diciéndole que más falta le haría á él; y por mucho que insistió y rogó el prisionero, no pudo vencer la testarudez del cabo carlista, que por toda recompensa se dió por satisfecho con que el oficial apuntara el nombre apellido y residencia de la familia del hombre generoso que le había salvado la vida.

Terminó la guerra de los siete años y transcurrieron muchos más, y un día de verano entró en Tolosa una brigada de infantería, compuesta de cuatro batallones, que venía á escoltar á la reina Isabel II durante su permanencia de baños en Zarauz.

El jefe de ella se alojó en la fonda de Sistiaga, y sin quitarse el polvo del camino envió emisarios por todo el pueblo para que averiguaran si vivía un ex-cabo carlista que había llevado á efecto cierta proeza en la guerra de los siete años y cuyo nombre pronunció, y al poco rato le fué comunicado que el individuo por quien preguntaba residía efectivamente en Tolosa, con numerosa familia y la mantenía con el modesto sueldo de celador de arbitrios.

Le hizo llamar á su presencia, y en cuanto vino le obligó á sentarse á la mesa entre el Estado Mayor, instándole mientras comían á que refiriese la historia que ya conocen nuestros lectores.

El pobre hombre, todo confuso y avergonzado, narró como pudo, en su medio vascuence medio castellano, pero con modestia y con exactitud, el episodio de la toma de Piticar; y levantándose entonces el brigadier, le dijo:

—«Todo es ciertísimo, lo atestiguo yo. ¿No me conoces? Soy el teniente que hiciste prisionero y á quien salvaste la vida.»

Recuerda el refrán de que «no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague,» y ahora mismo vas á abandonar ese empleo de «guarda vinos,» como tú le denominas, y te voy á llevar á mi tierra, á Andalucía, donde tengo bienes, y viviréis tú y tu familia sin trabajar en uno de mis cortijos.

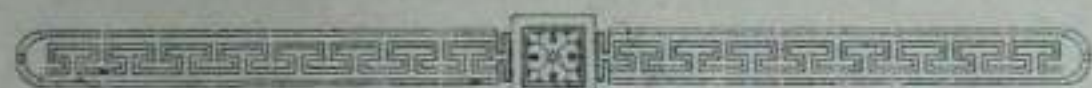
El celador de arbitrios no sabía lo que le pasaba, tal era su emoción; más repuesto de la sorpresa, dió las gracias al brigadier y le manifestó que nunca se decidiría á abandonar la tierra nativa, pero que le quedaba reconocido por sus buenas intenciones. Y por muchos argumentos que expuso el brigadier para convencerlo, no hubo medio de que aquel hombre se resolviera á dejar el país vascongado.

—Conozco tu terquedad y no insisto, le dijo el jefe; aun recuerdo lo de las seis onzas: pero ya que no aceptas lo que te propongo, dame un apretado abrazo, aquí delante de todo el mundo, toma estas mil pesetas, y cuenta con que mientras yo viva te serviré una pensión de diez reales diarios.

(1896)

---





# Patriotismo y venganza

---

(GUERRA FRANCO-PRUSIANA)

---

En uno de los salones de conversación del gran círculo militar de Berlín, un grupo de oficiales de diversas armas departía entre sorbo de café, copa de licor y chupada de veguero, sobre asuntos profesionales, comentando las varias guerras de este siglo y la parte que en ellas había tomado la confederación alemana, elevada hoy á la categoría de imperio.

La narración de episodios guerreros y aun de curiosísimas escenas de combate, se sucedía sin interrupción, y en aquel preciso momento estaba en el uso de la palabra el capitán Koórber, del 29.º regimiento de dragones prusiano, con un relato que cautivaba la atención de los oyentes.

«Una serie de calaveradas que habían producido muchos disgustos á mis padres, me obligaron á sentar plaza en el 2.º de hulanos, á los diecinueve años, abandonando los estudios preliminares que cursaba para

entrar en la Academia de guerra á fin de seguir la carrera militar.

Era yo entonces casi un niño por el aspecto físico, con la tez muy pálida y apenas un bozo naciente; pero tenía una salud envidiable.

El 2.º de hulanos fué destinado á la frontera del Rhin en cuanto Francia nos declaró la guerra, y yo creí volverme loco de alegría cuando vestí por primera vez el pintoresco uniforme de este cuerpo tan escogido de caballería, é incorporado al regimiento, salimos para nuestro destino.

Pocos días después se precipitaron los acontecimientos y primero en Saarbruch y luego en Wissemburgo, Worth y Spicheren, recibí mi bautismo de fuego, afortunadamente sin consecuencias.

Mi regimiento quedó diezmado, y con objeto de reponerle de las bajas y fatigas sufridas en los cuatro combates que había tomado parte, se le ordenó pasara á retaguardia, á cubrir la línea de comunicación con nuestra base de operaciones, y desde este puesto puramente pasivo contemplé el avance victorioso de nuestras armas sobre París.

Con la capitulación de Metz fuimos llamados para cooperar á los planes que en el Loire desarrollaba el general Von der Tann, jefe del cuerpo de ejército bávaro, y sin pérdida de tiempo nos pusimos en camino con dirección á Orleans, donde se hallaba el cuartel general.

Parte del trayecto, hasta el punto que permitía el estado de la línea lo recorrimos en ferrocarril, pero llegamos á un sitio en que tuvimos que abandonar la vía



férrea y emprender la marcha por muy malos caminos, en etapas largas, pues aun nos separaban 200 kilómetros del término de la jornada.

Nuestro único cuidado, y por ello tomábamos precauciones, eran los franco-tiradores que emboscados en cualquier repliegue del terreno ó en lo intrincado de los bosques, nos causaban sensibles bajas; pero yo era demasiado joven é inexperto para temer sus asechanzas é iba cantando alegremente, entusiasmado de conocer un país nuevo y soñando con aventuras galantes, lo que me producía un humor y una alegría que contrastaba con la seriedad y previsión de mis camaradas, más prudentes y experimentados.

Pocas jornadas antes de llegar á Orleans nos detuvimos en un pueblecito, y el coronel ordenó que un destacamento pernoctase en él, á aguardar la impedimenta que venía retrasada y no llegaría hasta el día siguiente; mientras, el regimiento continuaba su marcha para unirse al cuartel general aquella misma noche.

Siete números y un sargento entramos en calidad de alojados en una casa de muy buena apariencia, en la que nos recibieron con muestras del mayor agrado, debido sin duda al respeto que el uniforme de hulanos infundía sin duda en el territorio invadido.

No había un solo hombre en toda ella, únicamente la habitaba una francesa muy bella, de maneras muy distinguidas, y que tenía consigo una sirvienta y dos preciosos niños de ambos sexos.

¿Dónde estaba el marido? ¿Ausente en el extranjero, muerto ó formando parte del ejército?

Era un detalle que no nos preocupamos lo más mínimo en averiguar.

Lo que sí declaro con gusto es que desde el primer momento quedé prendado de los soberbios ojos de la sirviente, una criatura verdaderamente hermosa.

Mi juventud disculpaba entonces la facilidad con que me enamoraba de las hijas de Eva; así es que al cuarto de hora de haber entrado en aquella casa, ya la criada se había apercebido del efecto que sus encantos me producían.

Mis chicoleos en alemán parece que no la disgustaron, porque las mujeres entienden ésto en todos los idiomas del mundo, y como mi figura no era del todo despreciable y me sentaba admirablemente el vistoso uniforme, debí trastornar la cabeza á la chiquilla.

Sin embargo, ella me miró con una expresión tan triste y un aire de compasión tan grande, que aun hoy, después de 25 años de sucedido, no se ha borrado de mi imaginación aquella mirada que entonces no pude comprender el valor que para mí tenía.

La mesa estaba preparada en el comedor para siete cubiertos y en ella se veía abundancia de comestibles.

Cierto que los alimentos despedían un olorillo grato, pero desde mi entrada en campaña no pude acostumbrarme á la cocina francesa, y cuando no eran los rancheros del regimiento los que preparaban la comida, procuraba ser lo más parco posible.

Prefería el rancho á la condimentación de algunos manjares que se servían en los alojamientos.

—Comed y bebed con entera libertad, nos dijo la



dueña de la casa. Estáis en la morada de una familia que simpatiza con los alemanes y me complaceo mucho en poder festejar á tan valientes soldados. Eugenia, añadió dirigiéndose á la muchacha que tanto me había gustado, sirve á estos señores.

—Un momento, un momento, compañeros, exclamó el sargento en el instante en que los camaradas iban á atacar una enorme fuente de estofado que Eugenia acababa de poner sobre la mesa.

La más rudimentaria noción de táctica militar nos impone el deber de ser prudentes y desconfiados dentro de las líneas enemigas, y yo que soy vuestro jefe, os prohibo que toquéis este guisado antes de que lo pruebe nuestra patrona.

—Señora dispensad; aquí falta un cubierto, disponed que lo coloquen y sentaos á nuestro lado.

—Esa sospecha es infame, señor sargento; tengo la costumbre de comer sola con mis hijos; pero no importa, quiero desvanecer vuestros escrúpulos y á pesar de la injuria que me hacéis, comeré y beberé en vuestra compañía.

—Señora, mil perdones; pero cuando se está en país enemigo toda precaución es poca; máxime alojándose en las proximidades de la cuna de Juana de Arco, cuyas hazañas he leído en mis ratos de ocio.

La dueña de la casa se sentó sonriendo y con el aire más tranquilo del mundo junto á nuestro jefe, y llenando su plato se puso á comer alegremente.

—¿Y los niños? observó uno de los camaradas ¿por qué no comen con nosotros?

La madre dirigió en voz baja algunas palabras á la sirviente y ésta salió, volviendo al poco rato con los dos niños, que se sentaron á la mesa.

—Pobrecitos, murmuraba la señora, son mi tesoro, mi felicidad. Les amo más que á mi vida, y si murieran, moriría yo con ellos.

Ya véis si vuestras sospechas son infundadas cuando mis hijos y yo comemos de este sustancioso estofado.

— ¡Hola! prorrumpió nuestro jefe, parece que se ha picado la patrona por nuestra previsora conducta.

—De ningún modo, replicó ésta, y os juro que si me habéis ofendido, os lo he perdonado.

—Pues para probárnoslo tenéis que brindar con nosotros á la salud del futuro emperador Guillermo.

—Con mucho gusto; y tomando un vaso lleno hasta los bordes, lo apuró de un solo trago diciendo: «*Por el rey Guillermo y mis bravos huéspedes.*»

Estas manifestaciones de la dama francesa que contrastaban con el silencio y tristeza de Eugenia la doméstica, me causaron gran extrañeza.

Vagos presentimientos asaltaban mi espíritu, y contrariamente á mi manera de ser y á mi natural buen humor, permanecía callado y pensativo.

Inapetente, no había querido tocar una sola vianda ni bebido una gota de líquido, mientras que mis compañeros comenzaban á sentir los efectos de las copiosas libaciones y la hartura que en sus estómagos producía el exceso de alimento.

—No bebéis, joven, y parecéis mustio y preocupado, me dijo la señora, fulgurando en sus ojos dos rayos; sin



duda habréis dejado en vuestro país algún tierno amorcillo ó notáis la falta y el cariño de vuestra madre y ansiaréis el término de la guerra para regresar contento y victorioso á vuestro hogar.

—Señora salí de él voluntariamente, pero temo que los azares de la lucha me impidan volver á besar á mi madre á la que adoro con loco frenesí.

—¿Queréis brindar conmigo por ella y el triunfo de los ejércitos alemanes bebiendo de este excelente Borgoña?

—Con mil amores, señora.

Llenó el vaso y me lo presentó, pero en el instante en que iba á llevarlo á los labios, Eugenia, cuya cara parecía la de un cadáver, dando un salto me lo arrancó de las manos y lo hizo añicos contra el suelo.

Oímos una sorda imprecación, seguida segundos después del disparo de un arma de fuego y antes de que pudiéramos darnos cuenta del suceso, Eugenia, caía con el corazón atravesado por una bala, sin proferir la menor queja.

Nos levantamos horrorizados, desenvainando los sables, y la patrona con el semblante pálido y descompuesto, asomando á sus labios una espuma negruzca y sanguiinolenta y con el pequeño revólver humeante aún entre sus manos, cogió el vaso con los crispados dedos vociferando: *¡Viva la Francia! ¡Mueran los alemanes!* y rodó por el suelo retorciéndose en espantosa agonía.

—Estoy envenenada, nos dijo, mis hijos lo están también, pero he vengado á mi marido, valiente capitán de franco-tiradores, vilmente fusilado por vosotros, ase-

sinos, por el delito de defender á su patria; he vengado á mi país y muero contenta porque vosotros no tardaréis en seguirme á la tumba corroídos por el veneno que he infiltrado en vuestras venas. ¡Viva Fran.....!

Los hulanos quedamos petrificados, tal era el terror que se había apoderado de nuestros cuerpos.

Mis camaradas comprendiendo la gravedad de la situación, comenzaron á blasfemar horriblemente y á la vista de los inocentes niños que se arrastraban por el suelo como queriendo dar el último suspiro sobre el seno de su madre:

—Miserable, cruel, monstruo del averno, clamaron, hagámosla pedazos, y los sables se levantaron para cumplir la amenaza.

—¡Deteneos!, les grité, no véis que esa mujer está muerta y os váis á ensañar en un cadáver.

A su vez, mis desgraciados compañeros comenzaron á sentir los síntomas de envenenamiento y rugían como fieras á quienes se arranca las entrañas; tales eran los gestos y contorsiones de dolor.

—Hemos liquidado nuestra cuenta, gimió el sargento, y puesto que tú Koórber has escapado de pagarla, gracias á tu buena estrella, monta á caballo enseguida y vete á reunirte al regimiento.

En cuanto á nosotros no nos queda más remedio que morir rabiando.

—Pero mi sargento, voy en busca de auxilios, de un médico.....

—¿Un médico francés para que venga á martirizarnos?



Inútil. Vete y déjanos morir, no pierdas un instante, que pueden venir esos condenados de franco-tiradores.

Obedecí en el acto, ensillé mi caballo y me alejé al galope de aquella casa maldita.

De madrugada llegué á las inmediaciones de Orleans, donde se acantonaba ya mi regimiento y dí cuenta al coronel del triste suceso.

Inmediatamente dispuso que saliera un escuadrón para el pueblo.

No encontramos en él bicho viviente.

Los habitantes, persuadidos de que la muerte de los seis alemanes sería vengada por sus compatriotas, huyeron á refugiarse en el bosque.

Yo, que servía de guía, entré el primero en la casa del drama, todo estaba en el mayor desorden, los cadáveres habían desaparecido y tan sólo una extensa mancha de sangre en el suelo se veía en el sitio en que murió Eugenia.

Matamos á sablazos á dos paisanos sospechosos que se hallaban escondidos en una bodega, con el objeto sin duda de asesinar al que se rezagara de nosotros, y dimos fuego al pueblo por sus cuatro costados.

Escena terrible, de una guerra no menos terrible, en la que perdimos 130.000 hombres, es cierto; pero no se obtienen 600.000 prisioneros, 200 banderas, 7.000 cañones y 1.000.000 de fusiles sin derramar abundantísima sangre.

(1896)

---







## Por montes y valles

---

Oñate es una pintoresca villa de Guipúzcoa que recuerda sin esfuerzo la historia accidentada de su antiguo señorío, de cuyas luchas conserva multitud de vestigios.

Su caserío es rico y el aspecto de los campos muy próspero, demostrando con esto la gran labor que en ellos se ejecuta.

De horizonte más abierto que la mayor parte de los pueblos de la provincia, el sol baña grandes extensiones, y si la falta de tránsito por sus calles le dá ese colorido de tristeza tan común á las villas rurales, suple con creces esa deficiencia la belleza del panorama, que invita á ser conocido.

El edificio de la Universidad de *Santi-Spiritus* tiene reminiscencias con la famosa de Alcalá de Henares y fué construído por el arquitecto francés Pedro Picard. Forma un cuadro con un patio convertido en jardines, y galería bastante capaz y de buen estilo; en su fachada de piedra arenisca se descubren varios cuerpos de arquitectura de orden corintio y compuestos unos

sobre otros con abundancia de nichos y estatuas aisladas de piedra.

Lo más notable que la fachada ofrece, son las figuras en medio relieve, ejecutadas en unos cuadros de los netos de los pedestales, que representan otras tantas figuras humanas del tamaño de la mitad del natural lidiando á brazo partido con leones, sátiros, faunos y otras quimeras, acabado todo con mucho gusto y gracia.

Sobre la puerta de entrada está la estatua de su fundador el Ilustrísimo señor don Rodrigo de Mercado y Zuazola, Obispo de Avila, que en 1540 obtuvo una bula de Paulo III para la erección de este establecimiento, levantado en 1548.

Es la iglesia parroquial de San Miguel, de estilo gótico, y en sus naves laterales hay dos capillas dignas de mención.

La una con un monumento conmemorativo al señor Mercado, donde yacen sus restos, y denominada capilla de la Universidad, y la otra propiedad de los condes de Oñate.

El río pasa por debajo del claustro lateral del templo y causa un efecto sorprendente ver desde las ventanas el agua formando una vía fluvial bajo los altares.

Los muros exteriores del citado claustro representan una obra de arte notabilísima.

Rodean los cuatro ángulos del último tercio de la torre de la iglesia otras tantas estatuas de gran tamaño.

A una de ellas, no recordamos el nombre del santo, un rayo le partió la cabeza, y pasan los años sin que la



junta de fábrica ordene que se la vuelvan á colocar sobre los hombros.

Hay algo más que visitar en Oñate, después de haber ojeado la capilla moderna de los Agustinos fundada por el R. P. Mortara y contemplado la original fachada de la Casa Consistorial, y es la casa palacio de don Vicente Artazcoz, antigua morada de Condes y Reyes, donde residió Carlos V y estuvo establecida la imprenta de la memorable *Gaceta de Oñate*.

Todavía queda por examinar la verdadera maravilla del pueblo, el retablo del altar mayor del convento de Vidaurreta, obra que impresiona al más profano en el conocimiento de las bellas artes.

Con la calificación de obras de mérito suceden á veces escenas graciosísimas, y de una de éstas es origen la villa de Oñate.

Visitando cierto artista el Hospital se fijó en un cuadro que representa la Magdalena, y tras de detenido estudio, dió su opinión de que era una preciosidad debida, sin género de duda, al pincel de algún aventajado discípulo de Murillo y que valía un tesoro.

Los oñatienses se asombraron primero, reflexionaron más tarde, y convinieron por último en que efectivamente tenían en casa un ejemplar de los grandes maestros y que era preciso conservarlo con cuidado.

Otro artista confirmó el parecer del que lo había visto antes, y cuantos examinaban la pintura creían de buena fe que únicamente un genio podía dar aquella muestra.

El Ayuntamiento, deseoso de asegurar la fama del

cuadro, y aprovechando la estancia del malogrado Madrazo en los baños de Santa Agueda, envió una comisión para invitarle á que se presentase á reconocerlo. El laureado artista defirió á la invitación, y visto que hubo la supuesta obra de arte, dijo, que el marco bien valía veinticinco pesetas.

De modo que el verdadero mérito de este cuadro y por el cual se exhibe al forastero, es que no tiene ninguno; y así se le ha forjado su historia.

Desde la plaza, el imponente Aloña, con su gran masa rocosa cubierta de vegetación, atrae las miradas del observador que nota que la cima, al perderse en el azul del cielo y las más de las veces entre las nieblas de la atmósfera, marca, por decirlo así, el primer peldaño de la extensa cordillera que allí principia.

Tras de esta montaña, en terreno abrupto y picos inaccesibles, la devoción de las gentes ha levantado un santuario á Nuestra Señora de Aranzazu y para llegar á este sitio se ha construído una carretera que en un par de horas en carruaje, conduce desde la villa á aquel lugar de recogimiento y soledad.

El camino va subiendo por la falda Norte del Aloña hacia la derecha hasta el barrio de Uriberri y en éste es preciso detenerse para contemplar el panorama.

Entre la vertiente Oeste del Aloña y la renombrada peña de Urréjola, sita aún más á la diestra, se abre el puerto que da paso en sus profundidades al río Aranzazu y en su altura media al camino del monasterio.

Esta peña de Urréjola, cortada á pico por su lado Norte que mira á Oñate, ofrece el aspecto de un plano



vertical agujereado, tal es el número de concavidades, cuevas y grutas (algunas que atraviesan la peña de parte á parte) que presenta y que por hallarse como colgadas en el espacio sirven de albergue seguro á las aves de rapiña.

La aldebuela de Urréjola, toda blanca, con su modesta casa de baños y sus buenas heredades, está delante.

El camino de Aranzazu tuerce al Este y dobla la montaña, mientras que otro vecinal descendiendo hasta el río sigue la dirección de Araoz, poblado de contados vecinos, situado en un valle detrás de la peña.

Uno de los pasos laterales, al nivel del río, muestra una inmensa cueva dentro de la que se ve un caserío y la afamada ermita de San Elías que le dá nombre y es lugar de concurridas romerías.

Antes de que la carretera, como hemos indicado, comience á doblar la montaña, aparece en lo alto del puerto una pequeña mole de granito llamada *Zapata*, por ser de tradición que allí posó su planta la madre del Salvador.

De este punto á Aranzazu y á lo largo del camino la piedad cristiana ha edificado, de trecho en trecho, cierto número de capillas cuidadas y entretenidas por las familias más principales de Guipúzcoa.

Detrás del Aloña se observan las inmediaciones del riacho Aranzazu, compuesto en su nacimiento de multitud de regatas que bajan despeñándose de aquellos riscos á formar el cauce que corre un corto espacio entre peñascales y barrancos hasta dejar atónito al viajero

que ve que el río penetra en una insondable cueva de grandes dimensiones y desaparece de la vista en el interior de una larga montaña para reaparecer un kilómetro más abajo, precisamente en frente de la cueva de San Elías, después de haber recorrido misteriosamente las entrañas del monte *Aitzkirri*.

En éstas y otras curiosidades semejantes se camina hacia el monasterio, teniendo al Sur la extensa cordillera de montes que cierran el paso á Alava, y en la dirección que se lleva las primeras estribaciones pirenaicas de la altura colosal que se denomina Aitzgorri.

La última capilla de la carretera, llamada del Cristo, anuncia las proximidades del santuario, y medio kilómetro antes de llegar á él hay un recodo muy peligroso que ha sido causa de desgracias.

Ultimamente, cuando el conflicto de Melilla, varios jóvenes caseros de la alta Guipúzcoa, que como pertenecientes á la primera reserva habian sido llamados al servicio activo, no quisieron incorporarse á las filas sin despedirse de la Virgen, y cumplido este acto de fervor, regresaban á pie y en correcta formación recordando los tiempos de la milicia. Uno de ellos que iba por delante con un palo al hombro á guisa de cabo de gastadores y por lo tanto volviéndose continuamente de espaldas, se descuidó al pasar por el citado recodo y cayó en el abismo rebotando su cuerpo de pico en pico y quedando completamente destrozado.

Desde entonces se han tomado algunas precauciones y construído un pretil.

El monasterio surge de pronto de entre las profun-



didades de un barranco formado de duras rocas y apoyado en tres gigantescas puntas ó peñascos que caprichosamente colocados por la naturaleza, le dan tan difícil como inusitada base.

Las ruinas del primitivo convento vense allí cual si estuviesen fundadas en el vacío, y en testimonio de los repetidos incendios sufridos, el último por orden de Rodil en la primera guerra civil.

La cimentación de aquellas ruinas es objeto de asombro y lo es también el que, á pesar de las tempestades y fuertes vientos que allí reinan, se mantengan en pie lienzos de pared coronados con delgadas piedras que no se explica cómo en tantos años no han sido desgajadas por el huracán.

Adosada á las ruinas se yergue la restaurada iglesia, muy larga y muy pobre en su aspecto exterior, con buena torre; interiormente bastante desnudas las naves, excepción del retablo principal donde se halla la Virgen, muy dorado y adornado á la moderna.

Como particularidad singularísima de la aparición se nota á los pies de María, dentro del esplendente camarín el histórico cencerro.

Aranzazu quiere decir « *Voz en el espino.* » Cuéntase que la Virgen se presentó y habló desde uno de éstos, y que cuantas veces su efigie era trasladada por los fieles á la iglesia de Oñate otras tantas volvía al espino.

La carretera pasa unos metros más alta y á su término levántase la hospedería, bastante mediana, y una casa grande con muchos huecos, y bien blanqueada, la posada, y complementan las viviendas dos ó tres caseríos.

El nuevo convento está á la izquierda de la carretera, construído en peña viva y bastante más elevado que el santuario al que le une un puente cubierto que pasa por encima del camino.

Su aspecto es el de un gran hotel ó seminario, y por eso, dejándolo para uno de estos dos usos, persisten los franciscanos en su proyecto de reedificar el monasterio en las propias ruinas.

Pero lo majestuoso, lo sublime de este lugar, es el soberbio cuadro de la naturaleza abrupta que se tiene delante y que convida á la meditación y el recogimiento.

El éxtasis se apodera del alma humana y lo terrenal va desapareciendo de la memoria para ocuparla con ideas que demuestran la grandiosidad del Creador de todas las cosas.

Allí no recuerda al mundo lo confortable de los hoteles, ni las bellezas artificiales de que son tan pródigos los extranjeros en sus santuarios teatrales.

Todo es modesto, simple obra de la Naturaleza, cuyo esplendor contemplamos maravillados desde el balcón de la sacristía á semejanza de la barquilla de un globo y después de haber curioseado la riqueza de mantos que Reyes, aristócratas y devotos han donado con fervorosa devoción á Nuestra Señora de Aranzazu.

Las romerías conservan su sabor primitivo, é innumerables gentes de Alava y Guipúzcoa acuden á la celebración de la fiesta de la Virgen.

Por escasez de locales disponibles para albergar á tanto romero, éstos pasan la noche como pueden. Los unos invaden los graneros de los caseríos á falta de si-



tio en la posada y hospedería, los otros los pasillos del convento, algunos los cobertizos de los carros y hay quienes duermen á la luna de Aitzgorri, en la pradera, metidos en heno hasta la cintura.

Pero el verdadero espectáculo original que debemos á las referencias del padre franciscano que hace de vigilante en tan animada noche, lo ofrece el montón de carne humana apiñado en los desvanes de las viviendas. El cuadro es inenarrable; aquella masa tendida en la paja, exhausta de aire y sobrada de calor, gime, murmura y concluye por pedir á gritos agua para extinguir su devoradora sed.

Al destello de la luz mortecina del farol del padre vigilante la escena recuerda las víctimas del hambre ó las horrores del cólera.

Al anoecer, dentro del santuario, era para impresionar la *Benedicta* que en nuestro obsequio cantaron los frailes.

Las voces del órgano, el canto de poderoso registro bajo del R. P. Arrue, guardián interino de la comunidad, las atipladas notas de los novicios, y la obscuridad en que yacía el templo al crepúsculo de la tardeada de Julio, imponían gran majestuosidad á aquel acto, verificado en honor de la madre de Dios en las estribaciones de la alta sierra del Pirineo.

La grandiosidad del panorama comienza aquí en el punto destinado á conmemorar la aparición de María Santísima, y por grados aumenta el interés á medida que el expedicionario va subiendo la cordillera hasta alcanzar la cima más elevada del Aitzgorri.

Esta inmensa montaña separa Guipúzcoa de Alava y Navarra y vierte sus aguas en dos mares.

Encaramado á la mismísima cresta divísase un mundo de tierra y la faja de agua que indica el lugar del Cantábrico, pero esto último sólo en días claros que son muy contados al año, y el observador puede descender pasando por el puerto de San Adrián, á la estación de Otzaurte.

Si el monasterio estuviera en manos del extranjero, Oñate tendría un ferrocarril económico y Aranzazu un funicular y varios hoteles y en estas condiciones el pico de Aitzgorri sería más asequible y un precioso balcón de las Vascongadas.

Pero á nuestro juicio todo lo que en afluencia y comodidad ganaría el místico lugar de la aparición, perdería de su pristina grandeza y hartos sitios hay de esparcimiento y recreo en la tierra para que llevemos á tan hermoso santuario el mundanal ruido, y la explotación del fervor religioso.

Es Aranzazu para hacer abstracción completa de las miserias de la vida, y únicamente así está aquello en carácter.

Admirable lugar de retiro enclavado en la fragosidad de la sierra, en el que el incrédulo encuentra la fe perdida, el enfermo el necesario oxígeno á la existencia y todos un delicioso rincón para la meditación y el descanso.

Ahora que tan de prisa se vive y tantas emociones se sufren, Nuestra Señora de Aranzazu es un sanatorio de cuerpo y alma.



El hombre que ha padecido mucho y que aspira á cicatrizar sus heridas obtendrá la salud del cuerpo entre aquellas gigantescas peñas, y el pasto del espíritu en la escogida biblioteca de los Padres franciscanos y con la amena conversación del simpático P. Umerez.

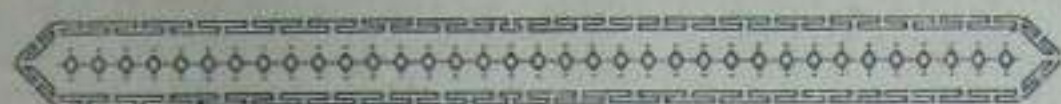
¡¡Aranzazu qué antesala de la eternidad!!

(1896)

---







## Los cazadores de Oyarzun

Oyarzun ha dado en todos tiempos hombres al monte.

Para la caza ó para la guerra, según que las circunstancias del país han sido de paz ó de disturbios, los *oyarzuarras* han mostrado rara habilidad en el manejo de las armas de fuego, y en cuanto á piernas y pulmones, son la especialidad del solar vascongado.

Con estas ventajas á nadie extrañará que en aquel valle exista una importante sociedad para la caza de montería, que según los inteligentes, es la mejor organizada y con mayor disciplina de la Península.

Los individuos que constituyen la cuadrilla pertenecieron en su mayor parte á los bandos liberal y carlista de la última guerra civil, y olvidando actualmente antiguas rencillas se han unido como hermanos para la prosecución de la misma idea, la lucha con el jabalí.

Los cazadores de Oyarzun no se visten con casacas rojas, ni cabalgan sobre potros *pur sang*, ni usan trompas de caza, ni tienen salones donde se exhiben en medio del lujo y el *confort*, atributos venatorios, pero sin

necesidad de todo ésto matan más jabalíes y corzos, y á veces hasta lobos, que esas sociedades revestidas de aparato tan teatral.

La blusa y la alpargata son las prendas características de esta cuadrilla que, á pesar de su sencillez y origen democrático, cuenta en su seno con personas aficionadas que ocupan una brillante posición en el país.

Entre los individuos de la misma hay algunos que pasan por ser los primeros cazadores de volatería de España, porque más de uno y más de dos no se satisfacen sin haber matado en cada temporada un centenar de becadas, y para estimar este resultado precisa se comprenda lo difícil que es, y lo escasa, en nuestras montañas, la persecución y la presencia de estas aves.

Esta gente cazadora es de una resistencia inverosímil y su lema en las batidas el siguiente: «*Ojo certero y piernas de acero.*»

Dirige la cuadrilla el simpático *Ezkerra*, rechoncho, de cara plácida, cuidadosamente afeitado y con un carácter afectuoso á la par que enérgico.

José Antonio Irigoyen, que éste es su nombre, tiene en Oyarzun una carnicería con cuyos despojos mantiene una hermosa jauría de perros. Ha pasado de medio siglo, lo que no le impide ser el primero en las batidas, y su apodo proviene de que es zurdo. Es un hombre muy inteligente, de alguna instrucción y trato social, y tiene la gran habilidad de hacerse respetar de sus gentes conservando con tacto la disciplina entre ellas.

*Ezkerra* casi siempre va montado en un caballo, á guisa de jefe de partida, pero algunas veces se apea



para ceder su cabalgadura á algún compañero rezagado ó aspeado, generalmente de la clase de señoritos.

Los cazadores de esta sociedad más dignos de mencionarse son: *Aldura*, un bravo; los hermanos *Lete*, principalmente Ramón, gran maestro en el arte de matar becasas; Fermín de *Lixarregui*; *Valerio*, un mozallete que promete, sobrino de *Ezkerra*; Alberto Aristi, de Astigarraga; *Mayatza*, del mismo pueblo, y *Erbili*, guardamonte de Rentería. Es una gente escogida, valiente, incansable y cariñosa. Con ella se puede ir á conquistar el mundo.

El teatro de sus hazañas es Urrizate, Iñarbey, Auza, Arizeun y Errazu, en el Baztán, cerca de los Alduides; Articuza, Picoaga, Añarbe, Leiza, Goizueta, Olloquiegui y Berastegui, en la vecindad; y Mugaire, Bertiz, Echalar, Yanci é Infernuco-erreca, también en Navarra.

Y por supuesto, siempre donde haya alguna fiera que matar en veinte leguas á la redonda.

A veces se reúnen hasta treinta escopetas.

Reproduzcamos para conocimiento de los lectores un ligero croquis de cómo efectúan las expediciones.

Estos mozos salen de Oyarzun y sus inmediaciones á la madrugada; *Ezkerra* en su caballejo, los demás á pie y caminando todo el día por el monte llegan á Elizondo al anochecer, después de una caminata de diez á quince leguas y para descansar, á la madrugada siguiente, emprenden la batida, como ellos saben hacerlo, recorriendo primero una zona considerable cubierta ya por las paradas, y en cuanto dan dentro de ella con la res, persíguenla con los perros, y ellos, ataja que ataja,

por sendas, vericuetos y riscos, monte arriba ó monte abajo, sin descanso, adelante siempre, hasta descerrajar el primer tiro y único al jabalí, porque se consideran deshonorados si no le tumban del primer disparo.

Al día siguiente otra batida en lugar opuesto, en la raya de Francia, y al tercero de la salida de casa, el regreso á Oyarzun, en la misma forma y por el mismo camino, con ó sin jabalíes, según el resultado de la jornada.

¿Qué suma de esfuerzos de toda índole representa una expedición de esta naturaleza hecha generalmente en el rigor del invierno, á veces nevando ó con lluvia y viento?

Y sin embargo á tan bravos camaradas hay que ofr-les la noche de las batidas, refugiados en una venta ó una borda de pastores, contar chascarrillos, ó verles improvisar escenas cómicas.

Varios aficionados de San Sebastián forman parte de la cuadrilla, y si no sujetos por la estrecha disciplina del reglamento, lo están por el afecto que tienen á los *oyarzuarras*, á los que las más de las veces acompañan en sus cacerías.

De entre estos aficionados unos están en activo y hay otros que han pasado á la reserva y se les considera como *socios honorarios* por los servicios prestados anteriormente.

En el café de Europa de esta ciudad, han sido expuestos en varias ocasiones jabalíes muertos por los cazadores de Oyarzun en unión de los *donostiarras*, y el difunto Mariano Cabestré, que fué dueño del estableci-



miento, era uno de los más entusiastas protectores y acompañante de las expediciones cinegéticas de los de Oyarzun.

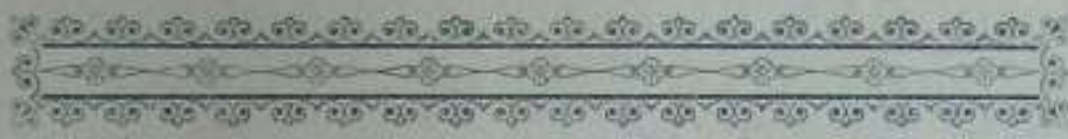
*Eskerra* y su cuadrilla de cazadores merecen ser conocidos del público, y hemos tenido una verdadera satisfacción en haber contribuido á ello con estos renglones.

(1897)


=====







## MARÍA



La fiebre causaba gran desasosiego en aquel hermoso cuerpo acabado de despertar de un profundo letargo.

Medio sentada en la cama, y apoyándose sobre el codo, dirigía miradas inquietas á su alrededor.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... murmuraron sus labios secos, y de un movimiento natural atrajo hacia sí las desarregladas cubiertas.

En la casita no había más ser humano que la enferma, algunas llamaradas fugaces bailaban entre los tizones de un mortecino fuego que se extinguía en el hogar.

Un perro de lanas bastante sucio, único acompañante de la recién parida, se entretenía en husmear los rincones del aposento, pasando su lengua por cuantos artefactos impregnados de residuos de alimento líquido encontraba al alcance de su olfato.

Fuera escuchábase el cacareo de las gallinas y el graznido de los patos.

Anocheecía y la escasa luz del crepúsculo que pene-

traba por el reducido espacio de dos estrechas ventanas permitía distinguir la fisonomía pálida de la que yacía en la cama.

En su blanquísima faz los grandes ojos negros sombreados con profundas ojeras indicaban con su singular brillo que la vida se había reconcentrado en ellos, y la cabellera también negra, esparramada en natural desorden, contrastaba con lo rojo de los labios que denunciaba la intensidad de la fiebre.

No se percibía otro ruido que el del claqueteo de la lengua del perro bebiendo alguna inmundicia.

María hizo un movimiento, y colocando la cabeza entre las manos comenzó á sollozar.

En aquel instante se oyó un débil gemido que salía de los pies de la cama donde un pequeño ser recién venido al mundo y muy envuelto en mantillas y trapos protestaba del olvido en que se le tenía.

María se fijó en su hijo y su mirada adquirió una expresión dolorosa.

—¡Oh Señor!... si algún día Juan Antonio... mas no pudo terminar la frase presa de invencible miedo.

La obscuridad se había hecho completa, y el fiel guardián sintiendo los pasos de alguien que se acercaba á la morada, comenzó á ladrar furiosamente; pero muy pronto rectificó su error aullando con alegría y meneando la cola sin descanso en señal de que no era un desconocido el que llegaba.

En efecto, entró la vieja Andrea, que tuvo que sostener una lucha contra las excesivas caricias que en son de saludo de bienvenida le prodigaba el animal.



—Vamos León, aparta, que no me dejas andar. ¿Qué fechoría habrás cometido durante mi ausencia?

—¿Duermes, María? y se fué á dejar su cesta de provisiones sobre la mesa.

Después, cogiendo de un rincón unos cuantos leños los arrojó al fuego, que avivado con este refuerzo produjo colosal llama que iluminó toda la estancia con fuerte resplandor.

Ofuscada con esta claridad, María cerró los ojos.

—Agua... pidió con voz débil y apagada.

Su madre apresuróse á satisfacer este deseo.

—Bebe hija mía. ¿Quieres una taza de caldo? Y dando vueltas y más vueltas por la habitación mientras lo ponía todo en orden mascullaba entre dientes:—«El nene habrá llorado mucho. Ya será hora de mudarle. Caramba (dándose una palmada en la frente) se me han olvidado el chocolate y los azucarillos. ¡Todo sea por Dios! Veré lo que he traído; ron, azúcar, café, bizcochos, cognac, arroz, pasteles»...

Un suspiro que salió del pecho de la enferma le cortó la relación.

Acercóse poquito á poco á la cama de su hija, y cariñosamente le dijo:

—¿Por qué suspiras, hija mía, sufres mucho?

—Madre, mi corazón sufre tanto por el pobre Juan Antonio, que yo no sé como resiste.

Los dolores físicos los sufro con resignación, ya que los he merecido.

Andrea se sentó en el borde de la cama, y con expresión de dulce reproche exclamó:

— Siempre esa idea en tu cerebro. ¿Por qué te atormentas, si Juan Antonio ha muerto?

Hace dos años que se marchó á Cuba llamado como reservista. Desde entonces nada sabemos de él, y puedes figurarte que si viviese ya hubiera escrito. Los demás mozos del pueblo envían noticias y nunca dicen una palabra de tu marido. Y si por designio de la Providencia aun viviera, sería peor, mil veces peor, hija mía después de lo que ha sucedido. Tiemblo de pensar en la posibilidad del regreso de Juan Antonio.

— ¡Madre, madre, por qué haber traído aquí á Pedro, á ese hombre funesto!

— Estás loca, tu cabeza se trastorna con la fiebre.

¿Quién se hubiera ocupado del ganado, de la labranza, del pago de la renta?

Seguramente que ni tú ni yo.

Pero María no escuchaba; entre sus dientes se oía confusamente el rumor de algunas palabras:

— «¿Por qué ha venido á esta casa? ¿Por qué me ha perseguido día y noche sin descanso? ¿Por qué en todas ocasiones le tenía delante?

Yo quería guardar fidelidad á mi Juan Antonio, quería esperarle con los brazos abiertos porque le amo, le amo á pesar de todo, más que á mi vida, y la fatalidad se interpone entre nosotros.»

— Sí, hija mía, todo eso que barruntas es muy cierto, pero ya no tiene remedio. Sé razonable, desecha esos recuerdos y no te desesperes.

María continuaba en voz baja:

¡Pobre Juan Antonio! su confianza en mí era ilimi-



tada; me idolatraba tanto que al despedirse volvió por última vez la cabeza para decirme: «Adiós María, no me olvides, ya volveré, que me seas fiel.»

¡Fiel yo!... ¡fiel!... y la mísera cayó postrada sobre la almohada.

—María, por Dios, cálmate; no eres tú la primera mujer á quien semejante desgracia acontece, ni serás la última en este mundo.

Es un gran pecado, una gran falta, cierto, pero te queda el arrepentimiento, y debes ofrecer tus padecimientos en holocausto á la Virgen Santísima.

No me acuso de nada; cuando eras niña he velado por tu inocencia; si ahora siendo mujer, y mujer casada, has sufrido un desliz, no es mía la culpa. Hay que dar á cada uno lo suyo.

Pedro es un buen muchacho; no le conozco rival para el trabajo. Cuanto gana nos entrega religiosamente; no tiene vicios, te adora, y me respeta.

Es un sabio consejo el de tomar las cosas como vienen. Resígnate y en cuanto se confirme la muerte de Juan Antonio, os casáis y en paz.

Un grito de desesperación fué la respuesta:

—Nunca... jamás... No, madre, eso es imposible.

Podrá vengarse si quiere... pero yo no seré la esposa de ese hombre.

Me había de ofrecer montañas de oro, una felicidad sin límites, y todo sería en vano.

¿Ignoraba él por ventura mi desolación á causa de la ausencia de mi esposo? ¿Y cómo ha respetado mi dolor? Valiéndose de la astucia, persiguiéndome sin

piedad, aprovechándose de mi debilidad de mujer sin amparo para perderme.

¡Ah miserable, le odio!

La vieja algo irritada:

—Maldícele lo que quieras; ¿pero no te acusa la conciencia de haberle puesto buena cara alguna vez?

—¿Yo á él? Antes hubiera preferido quedarme ciega.

Me ha faltado valor para matarme. Es un canalla.

Esta explosión de dolor inquietó á Andrea.

—Sosíégate María, y rechaza esos negros pensamientos.

Procura hacer las paces y sacar el mejor partido posible de tu situación.

—¡Oh, nada bueno puedo ya esperar, lo sé!

En este momento la puerta se abrió dando paso á un hombre alto y de complexión robusta. Era Pedro, el mozo encargado de las labores de la finca.

Su fisonomía revelaba una expresión grande de tristeza.

—¿Se ofrece á usted algo? señora Andrea, he terminado el trabajo de hoy y vengo por si le ocurre algún recado.

—Sí... sí... tienes que ir por el chocolate y los azucarillos que he olvidado esta mañana; y mientras regresas te prepararé la cena.

—¿Descansa? preguntó haciendo un gesto con la cabeza en la dirección de la enferma, la que al apercibirse de su presencia, se había vuelto de cara á la pared.

—¿María? volvió á preguntar; pero como nadie le



hiciera caso, se sonrió contrariado... si se empeña en que no, no contestará; sería más fácil que contestasen las paredes.

Es mucha terquedad.

—No lo creas, replicó Andrea. Ya verás...—¿María? Pronunció con dulzura. Pedro se va al pueblo á traer los encargos que á mí se me han olvidado. ¿Lo oyes?

—Pues que se vaya bendito de Dios—contestó la enferma sin moverse siquiera.

—Déjela usted, déjela usted, que no es de hoy lo que sucede.

Este recibimiento tan hostil al mozo disgustó sobremanera á la vieja, que ya le consideraba como á su futuro yerno, y para indemnizarle de esa frialdad, le dijo:

—Mira, Pedro, mira qué hermoso es tu hijo; no tiene más que ocho días y parece que tiene treinta.

Pero él no le hacía caso; la cólera y la rabia mal contenidas desde tiempos atrás explotaban con furia en su corazón.

Estaba herido con los desaires de María, y disgustado contra sí mismo que toleraba tanto desprecio. El otro era el causante de todo y le aborrecía de muerte.

—Ya es hora de que bauticemos al niño—continuó Andrea.—¿Qué nombre le pondremos?

—Por mí el que quiera María.

—Me es indiferente.

—¿Te gustará que le llamemos Juan Antonio?

Un lastimero grito interrumpió este diálogo. María, sentada en la cama, con los ojos despidiendo chispas, retorciase los brazos.

—No... no... ¡Virgen santa! eso es muy cruel. Nombrarle como queráis, pero de ningún modo Juan Antonio.

¡Ay! ¡quiero morir! ¡dejarme morir!—gemía con voz delirante la infeliz.

Su madre se acercó á acariciarla con efusión.

—Tranquilízate, hija, por todos los santos, ya encontraremos otro nombre, no te aflijas; y tú Pedro, no olvides traer con el chocolate y los azucarillos un par de botellas de Jerez.

Deseo que los convidados salgan satisfechos del bautizo.

—Preferiría que la ceremonia se verificase sin ruido.

—¡Pues no faltaba otra cosa! María está en su casa y no debe nada á nadie.

¿Queréis que se diga que lo hacemos á cencerros tapados por si no ha muerto el otro?

Yo no lo he de consentir.

A Juan Antonio lo enterraron hace tiempo.

Y Andrea, colorada y muy excitada, se puso hecha un basilisco.

A medida que la vieja hablaba, el mozo desarrugaba el entrecejo, porque preveía que al fin de la jornada él sería el usufructuario de aquellas tierras tan prolíficas, el amo del ganado y los útiles de la labranza y de cuanto pertenecía á aquellas dos mujeres, contando con que la más joven iba á ser su esposa, si el otro no volvía.

Aproximóse á la cama de la enferma en un momento de ternura, é intentó acariciarla los cabellos; mas ella con un gesto desdeñoso, le rechazó murmurando:

—Vete, vete y déjame.



Taciturno y sombrío se dirigía á la puerta, cuando la vieja Andrea, compadecida, le hizo observar que la noche estaba bastante fría y que se abrigase.

Pedro descolgó un capote que había pertenecido á Juan Antonio; pero en el acto, María, intranquila, decía vociferando:

—Profanación, madre, que no se ponga el capote.

La vieja perdió la paciencia.

—No alborotes, mujer, por tan poca cosa. Tus escrúpulos me van cargando. ¿Has olvidado acaso que Pedro desde hace un año no recibe un cuarto de salario y que apenas tiene ropa...?

—Que pida, que pida lo que es suyo y se lo daremos, aunque nos quedemos en la calle. Si en el viejo cofre no hay dinero, venderemos una vaca y se cobrará; mas la ropa de mi Juan Antonio, esa nunca.

—¿Pero qué te importa si Juan Antonio ha muerto y bien muerto?

—Aunque haya dejado de existir, nadie en este mundo usará su capote—y se desató en un mar de lágrimas.

—¡Ira del cielo!—exclamó el mozo volviendo á dejar la prenda en su sitio, y dando un portazo desapareció de la habitación.

. . . . .

El bautizo se había celebrado la víspera, y Andrea dormía bastante cansada del trajín de la fiesta.

De pronto sintió la voz de María.

—Madre, me voy á levantar.

¿Para qué, hija mía? No estás repuesta aún y sería una imprudencia.

—Quiero levantarme.

—Pero ¿qué necesidad tienes? Hace frío y puedes recaer.

—Hoy es el día de los Difuntos, y quiero oír una misa por el alma de Juan Antonio.

Esto me tranquilizará un poco. Que esta misa sirva para su reposo eterno, si es que el Señor le ha llamado á su presencia. Que la hierba crezca espesa, muy espesa sobre su tumba, ¡para que no oiga... para que no vea!

—Bien, hija, tienes razón, sea lo que Dios disponga; levántate y vete á la iglesia, pero vuelve pronto, porque necesitas cuidarte mucho.

María comenzó á vestirse con apresuramiento, febrilmente.

—Mi pobre Juan Antonio... parece que voy á asistir á sus funerales. ¿Qué habrá sido de él... allá lejos... sin una mano amiga... muerto....

La vieja Andrea, á la que aun duraban los efectos de las libaciones de la víspera, sacudía con trabajo el sopor que la embargaba, y tratando de reflexionar dijo:

—María, si tú te vas ¿con quién se quedará la criatura?

Querrá mamar, dormir, llorará y se desesperará...

Yo tengo que marcharme á la feria con Pedro.

—Que llore y se desgañite me es igual.

—No digas eso. Llamaremos á nuestra vecina, la sorda, para que le cuide hasta nuestra vuelta.

—Haz lo que te dé la gana.



—Y si dejaras para mañana esa misa...

—No... de ningún modo... hoy es el día de los Difuntos, é iré aunque me tengan que traer en camilla...

Cogió unas pesetas, las envolvió en la punta del pañuelo, que guardó en el bolsillo, y abrazando á su madre...

—Adiós, la dijo, hasta luego.

—Adiós, hija; ¿pero te vas sin dar un beso al niño?

María se encogió de hombros y salió.

. . . . .  
. . . . .

Caminaba con paso vacilante, impresionada con el completo silencio de la Naturaleza. De todas partes el horizonte se extendía hasta lo infinito. Por la derecha y á bastante distancia, un río manso y tranquilo culebreaba por entre las casas del pueblo, y en lontananza el vaho que producían los abonos de las extensas praderas comenzaba á subir al cielo interponiendo vasta cortina ante los ojos del espectador.

Del lado del Poniente, en la extremidad del interminable camino que desaparecía entre dos filas de olmos, surgía la flecha de una torre.

María avanzaba penosamente, apretando cuanto podía el paso; su palidez iba siendo mortal, y los cabellos se le enmarañaban á impulsos del viento.

Muy nerviosa, debilitada por el sufrimiento y sin poder borrar de su imaginación el recuerdo del odiado festín del bautizo de la víspera, parecía una infeliz ave-cilla herida, arrastrando su cuerpo acribillado por el plomo del cazador.

Jamás había querido al tal Pedro, y por el mísero Juan Antonio, su marido, hubiese dado con gusto la vida.

¡Cuánto sentía no haberle seguido á Ultramar, á despecho de todas las vicisitudes, á jugar su suerte con la del bien amado!

Antes del bautizo conservaba la ilusión de que todo había sido un sueño; mas ahora que su hijo tenía un nombre, padrinos, que aparecía inscripto en el registro...

Por instantes las fuerzas le iban abandonando y tuvo que pararse á descansar.

Tras de un respiro volvió á emprender la marcha, pero siempre acompañada de la fiebre de cuerpo y alma que la atenazaba.

«No eres la primera mujer á quien esta desgracia acontece en el mundo.»

Estas palabras, pronunciadas por su madre en tono profético, le bailaban en el cerebro y pesaban sobre su corazón como una losa de plomo.

Nuevamente se estremeció cual si un viento glacial le hubiese transpuesto el cuerpo, y sin embargo la temperatura no era muy fría.

Tan sólo un ligero cefirillo desprendía las últimas hojas de los árboles.

Apresuraba el paso, la iglesia se veía cada vez más próxima, y una á una las campanas dejaban oír el lúgubre tañido de la conmemoración de los muertos, cual triste lamento de los desaparecidos.

La imaginación de María no admitía descanso, seguía en completa actividad.



«Perdóname, Juan Antonio, ya no nos volveremos á ver.

Voy á ofrecerte una misa, y á encender una vela á la Virgen de los Desamparados.

Tu muerte es cierta, debo creerlo, porque si vivieses sería una situación horrible para tu infeliz compañera. ¡Y pensar que quizás con mi gran pecado te he empujado á la tumba!

Perdón... perdón... rezaré día y noche por tí y me arrastraré por los suelos hasta que desde la otra vida me envíes tu absolución.»

Y sin detenerse, andando, andando, para llegar lo antes posible al término de aquel camino, que para ella era el del calvario, se esforzaba en la marcha.

Cuando más distraída seguía caminando, una voz que bruscamente sale de un recodo de la carretera, la grita:

—¡Maria... María!...

Escucha atenta y procura descubrir de dónde provienen tales voces. Apercebe en mitad del camino, á unos cincuenta pasos, la silueta de un hombre, casi un fantasma por lo enteco, flaco y enfermizo. El individuo la hace señas con la mano y continúa llamándola por su nombre. Tenía el aspecto de un forastero, y las trazas de venir de muy lejos, como lo indicaba su cansancio, la destrozada ropa y el morral que colgaba á su espalda.

Pronto observó la joven que el extraño vestía el traje de rayadillo de los soldados de Cuba, y que bajo el deteriorado sombrero de jípijapa se veía una cara de color de cera.

Presas de una emoción vehementísima voló á su encuentro.

—Si es Patricio, el compañero de Juan Antonio.

—Su sombra, María, querrás decir, porque sombra y no otra cosa somos los que por nuestra suerte volvemos á la madre patria desde aquel nefasto clima.

—Dime, por Dios, por los santos del Cielo, una palabra de mi Juan Antonio, dame siquiera una esperanza: ¿qué ha sido de mi Juan Antonio?

—Alégrate, mujer, que ahí viene; pero como el infeliz tiene que caminar con... le falta un... una... resígnate, nadie vuelve entero de allí, tardará bastante en llegar, y yo he querido adelantarme para anunciaros la noticia de su regreso.

—¡Jesús!! madre, y María cayó desvanecida en medio de la carretera.

El bravo soldado acudió en su socorro á prestarla los auxilios que pudo. Le mojó las sienes empapando su pañuelo en un arroyo inmediato, la desabrochó las ropas y con el sombrero á guisa de abanico la procuraba aire. Cuando hubo conseguido que volviera en sí, y ante las reiteradas súplicas de la joven, que ya se sentía bien, para que la dejara y fuese á abrazar á sus ancianos padres, Patricio, cumplido su deber de compañerismo, se alejó, y María como una exhalación salió disparada al encuentro de su marido.

Corría, corría la infeliz en alas del deseo. «No debe estar lejos,» le seplaba al oído la brisa, y justamente tuvo que pararse para tomar aliento en la plazoleta en



que dos años antes se habían reunido los reservistas de los pueblos limítrofes para emprender la marcha.

Recordaba cual si tuviese delante la escena de la despedida, el último abrazo de Juan Antonio, sus cariñosas frases, aquel ¡adiós! entre lágrimas y la ruda expresión del sargento ordenando el paso redoblado...

Ahora ¡qué diferencia! ¡él mutilado! pero vivo... ella en falta ¿qué iba á suceder?

Su corazón sufría contrarias emociones de dolor y de alegría. Le asaltaban la compasión y el temor.

—Virgen del Carmelo, tened piedad de mí, socorredme, no me abandonéis!

Y habiendo sentido ruido de hombres y bestias que se acercaban, apartóse del camino para evitar miradas indiscretas, escondiéndose detrás de unas zarzas.

Eran los que regresaban de la feria y entre ellos Pedro.

El rubor coloreó las mejillas de María al reconocerle, y una repugnancia de sí misma se apoderó de su ánimo al pensar que iba á arrojarse en brazos de su esposo.

Sufrida esta nueva amargura y mientras á lo lejos desaparecía el bullicio de gentes y animales, emprendió por centésima vez la ruta, reflexionando de esta suerte...

«Que el mundo se hunda con tal de que Juan Antonio encuentre unos minutos de felicidad en mis brazos.

Séame concedido que por ese tiempo lo ignore todo y que pueda yo dirigir una plegaria al cielo, y después...»

Una sombra veló sus hermosos ojos y estuvo á punto de caer desmayada por segunda vez.



Al cabo de un cuarto de hora llegó el momento supremo.

Por el centro del camino avanzaban los restos que aun vivían de un ser humano.

Un militar con la cara vendada, la manga del brazo izquierdo vacía, sin la pierna derecha, arrastrándose penosamente con un báculo.

Esto era lo que devolvía la manigua del arrogante Juan Antonio.

—¡Ay! Juan Antonio, Juan Antonio de mi alma! y ambos se confundieron en un estrecho abrazo, al que siguió una dolorosa explosión de lágrimas.

—María, mi buena María, creí no volverte á ver más, pero ya no moriré sin este consuelo. ¡Qué valen los sufrimientos, las mayores torturas comparados con este momento de felicidad. ¡Gracias Dios mío!

—¿Pero qué ha sido de tí? Sin noticias desde que te fuiste, sin una carta siquiera, te creíamos muerto!

—María, mi negra estrella me deparó á poco de desembarcar, el caer en una terrible emboscada. Mis compañeros me dejaron por muerto en el campo de batalla; los mambises hiciéronme prisionero; he estado con ellos dos años entre la vida y la muerte, temiendo á cada instante que me colgaran de una guásima, y ansiándolo á veces para poner fin á mis tormentos... ya te contaré, ya te contaré despacio mis aventuras... mas te encuentro muy desmejorada y triste.

María se estremeció.

Marchaban lentamente agarrados el uno al otro;



cada paso motivaba una palabra de cariño, un recuerdo de tiempos venturosos.

Y de esta manera, arrastrándose casi el mísero Juan Antonio apoyado en su María, continuaron con dirección á la casita, el nido de sus amores.

Al llegar á sus proximidades sintióse el soldado muy fatigado, y María le instó á que descansara un rato sentándose en la cuneta del camino.

—Mientras te repones un poco, yo voy á adelantarme para preparar á mi madre á darla la noticia de tu regreso.

A su edad, dicha así de sopetón, puede impresionarla mucho.

Tú me esperarás fumando un cigarro y yo volveré en seguida á reunirme contigo para que entremos juntos en casa.

Y María, dando un fuerte y prolongado abrazo á su marido con una emoción delirante, se adelantó presurosa.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

En la casita, Pedro, sentado delante de la mesa, contaba el dinero que había producido la venta de algunas reses en la feria y apilaba las pesetas para rendir cuentas.

A su lado la vieja Andrea escuchaba atenta los detalles que le facilitaba el mozo, y la *sorda*, la vecina, comía en una escudilla llena de sopas de leche, meciendo acompasadamente en sus rodillas á la tierna criatura.

El perro dormitaba enroscado junto á la lumbre.

Sin ruido apenas se abre la puerta y entra María.

De una mirada abarca toda la extensión de la pieza y se dirige en derechura á su cama.

Al verla entrar Pedro suspendió repentinamente sus cuentas; y la vieja madre la interpela.

—Ya erâ hora, hija. Supongo que no tratarás de convencerme de que has pasado todo ese tiempo en la iglesia.

Pero María no respondió.

Sus labios parecían cosidos; la cara la tenía más blanca que las sábanas, y sus soberbios ojos negros despedían un fulgor siniestro.

Rápidamente arrojó el mantón que la cubría sobre la cama, guardó bajo la almohada el pañuelo que sacó del bolsillo con el dinero, lanzó una indefinible mirada á su madre y á su hijo, y besando con efusión el Cristo que colgaba de la cabecera de la cama, subió vertiginosamente las escaleras del granero.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

—¿Pero qué significa esto, qué te pasa? exclamó la vieja Andrea al notar escena tan extraña.

Pedro, lívido, se había levantado como movido por un resorte y se fué en persecución de la joven, dejando escapar de entre sus manos algunas monedas que rodando por el suelo produjeron un sonido metálico sobre las losas.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .



María entró en el desván loca, frenética, y se dirigió siempre corriendo, á una ventana que daba paso al tejado.

Subió á éste con resolución y energía hizo maquinalmente la señal de la cruz, cerró los ojos y con los brazos cruzados sobre el pecho, sin proferir el menor grito, se arrojó de cabeza en el vacío.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Juan Antonio, que no había querido detenerse á descansar, llegaba al poco rato; y arrodillándose con la única pierna ante el destrozado cuerpo de su compañera, ponía la única mano sobre el corazón de María, que en aquel mismo instante acababa de cesar de latir.

(1897)

---





---

---

## DE MALA CEPA

---

En la crecida hierba Juana no se daba punto de reposo cortando rápidamente con la afilada hoz que tenía entre las manos, manojitos que después reunía en un solo montón.

Aunque aborrecía el trabajo y su imaginación volaba en alas de la fantasía, veíase precisada á esta clase de labores para ayudar á sus padres en las faenas agrícolas de la jurisdicción de la miserable casería arrendada que les servía de albergue.

Juana, sin ser una belleza, era una muchacha de dieciocho años, muy corpulenta, bien formada, de talle airoso, ojos picarescos, con una dentadura que daba gloria, y la piel morena tostada por el sol de los campos. Su fisonomía revelaba inteligencia y astucia bajo el color sano amarillo y coloradote de manzana que imprimía en su cutis el sello de la procedencia campesina.

Una enagua lisa de percal de varios colores, toda remendada pero limpia, y un corpiño blanco y con gran presunción ajustado á su cuerpo la preservaban con alguna ropa interior de las inclemencias atmosféricas.

En el detalle de su pelo cuidadosamente anudado

en un moñete sobre la nuca, y el aspecto de sus torneadas piernas, cuyos pies, aunque descalzos mostraban una pulcritud extrema, denunciábase la coquetería riñendo batalla con la pobreza.

Sin afán ninguno por la tarea, pero con el deseo de acabar cuanto antes, segaba de prisa todo lo que se le ponía por delante, sin reparar en que distraída no hacía la debida separación de las herbáceas perjudiciales al ganado.

Junto á una mata de ortigas la punta de la hoz tropezó con un cuerpo duro y extraño que al principio figuróse la chiquilla un guijarro, mas grande fué su sorpresa al encontrarse con un objeto que resultó ser un hermoso brazalete al parecer de oro y engarzado con piedras de valor.

Juana de primera intención miró recelosa á todos lados observando cuidadosamente si alguien se había apercibido de su hallazgo; y satisfecha de no ver alma viviente, guardó la alhaja en un bolsillo y continuó cortando hierba.

Cuando el montón hubo alcanzado regulares proporciones le lió con una cuerda, y echándoselo sobre los hombros encaminóse al caserío.

En éste habitaban su abuelo, sus padres, una hermana menor llamada Antonia y su único hermano Domingo, mozo de catorce años.

—¿Dónde está el abuelo?—preguntó apenas depositada su carga en el establo.

—Se ha marchado al molino y no volverá hasta mañana, le contestaron.



Silenciosa y muy contrariada con esta noticia entró Juana en la cocina y se puso á comer un gran plato de judías con borona, en medio de la familia, que hacía otro tanto.

El abuelo era la única persona que le merecía confianza y respeto en el mundo á la que contaba todas sus cuitas, y precisamente en aquel momento, tan crítico para ella, se hallaba ausente.

Después de comer cada uno se fué á sus quehaceres; los jóvenes al campo, el padre á enganchar la carreta, y la madre se quedó fregoteando los cuatro cachivaches que habían ensuciado.

Juana, pretextando dolor de cabeza, encerróse en un cuarto para contemplar á sus anchas y sin testigos el valioso objeto encontrado.

Aquello no podía haberlo perdido más que alguna señora muy principal, alguna forastera de las muchas que en verano recorren los caseríos en alegres giras campestres.

La joven sabía que semejantes prendas no brotan de la hierba, y en su conciencia se entabló una lucha tenaz entre su deber, que le ordenaba que diese cuenta á su padre de lo hallado, á fin de que éste, previas las averiguaciones necesarias, encontrase al dueño, y su mal instinto y loca vanidad, que la incitaban á que guardase el brazalete para engalanarse con él.

La gustaba mucho acicalarse los días festivos con los cuatro pingos que poseía, y bajaba al cruceiro de la carretera á bailar al son de una *filarmónica*, y los ojos se le iban llenos de envidia tras de los suntuosos ca-

rruajes que circulaban en verano y el lujo de los trenes de la Familia Real.

Hizo mil pruebas con la alhaja, ora colocándola en una muñeca, ora en la otra, y embelesábase con el efecto que le producía el brillo de las piedras de colores.

Al lado de aquella joya su tocado le pareció vergonzoso signo de pobreza y de miseria, y entonces surgió en su imaginación el recuerdo de los mil chicoleos que los señoritos le dirigían al pasar brindándola desvergonzada protección.

Triunfó el genio del mal y decidió quedarse con la pulsera.

Obsesionada con esta idea salió al campo conservando aún en la muñeca lo que ella estimaba un tesoro, mas de pronto sintióse cogida por detrás y unas manazas le taparon los ojos.

—Ya sé quién eres, déjame, y no seas bruto... é intentó separar las manos que le privaban de la vista.

Era efectivamente su novio y convecino Andrés, un muchachón como un trinquete y que la quería con delirio.

—¿Pero qué veo Juana? ¿quién te ha regalado esa cosa tan hermosa?

—¿Y á ti qué te importa?

—Vaya, no quisiera sospechar mal...

—Me la ha dado una señora muy rica á cuya casa voy todos los días á vender leche, pero no quiero que digas una palabra de esto á nadie.

Andrés manifestábase incrédulo, pero no tuvo tiem-



po de continuar su interrogatorio, porque el padre de Juana que llegaba guiando la carreta, le gritó:

—Andrés, no seas gandul y vete á trabajar. No es este el momento de que estés distrayendo á mi hija con tus amoríos, cuando tiene que ayudarme á descargar el carro.

El novio se marchó muy preocupado con lo que acababa de ver y oír y sus celos le hacían entrever aquella alhaja como la prueba de la existencia de un rival afortunado.

Todo el día se lo pasó Juana pensando en el destino que daría á su hallazgo.

No se atrevía á tenerlo en su poder, temerosa de que su madre que la registraba con frecuencia los bolsillos, se apoderase de él.

La persona á quien deseaba confiar su secreto y pedirle consejo no estaba en casa, por lo que tomando una resolución súbita decidió enterrar la pulsera en un sitio apartado. Mas no pudo conciliar el sueño en toda la noche, excitada con la idea de que la humedad estropeará su tesoro ó algún perro vagabundo descubriera el escondite.

Varias veces, á media noche, intentó dirigirse á desenterrar el brazalete; pero apercibida su madre cada vez que saltaba de la cama, no tuvo más remedio que resignarse.

El alba la echó fuera del lecho, y con el pretexto de bajar á la cuadra á dar el primer alimento al ganado, corrió á desenterrar su preciada joya y la guardó precipitadamente en el bolsillo. «Ya me dirá hoy el abuelo



lo que debo hacer» murmuraba subiendo á donde estaba su madre con algunos huevos frescos para justificar su matinal salida.

El abuelo volvía con la fresca brisa matinal, después de haber hecho noche en el molino, y tranquilamente instalado en un carro lleno de barricas vacías.

Hasta el mediodía Juana no pudo hallarse á solas con él.

Aprovechó el instante en que después de comer fumaba su pipa sentado delante de la puerta de la casería.

El octogenario había sido un cabecilla cruelísimo en la primera guerra civil; entre la primera y la segunda se dedicó al contrabando, siendo uno de los mejores paqueteros de la frontera; y viejo ya, en la última campaña carlista, tuvo ánimos para salir á merodear por las inmediaciones de su caserío y cazar soldados rezagados del ejército que se ponían al alcance de su fusil; todo lo que expresa lo suficiente para comprender la casta de pájaro que sería este individuo.

Cuando Juana le hubo enseñado el brazalete...

—Véndelo, hija mía, véndelo, le dijo. Eso es oro y perlas, no lo dudes, y tiene mucho valor.

—Pero quisiera conservarlo, abuelo. Ya verás qué bien me sienta en la muñeca cuando vaya á misa. Diré que tú me lo has regalado.

—Calla, tontuela; ¿á quién se lo has de hacer creer? Demasiado saben que yo no tengo ni para aprovisionar mi pipa. Véndelo.

—No... replicó enérgicamente Juana.



—Tú tienes sangre de mis venas, no lo puedes negar, sangre de contrabandista. Se ve enseguida.

Y dime, continuó, ¿dónde has encontrado eso?

—Entre la yerba, y es mío ahora.

—Mira, procura hallar á su dueño y puede que te dé una buena gratificación.

—No... no... es mío.

De tal manera se había poseído del objeto, que le sublevaba la sospecha de que no fuese suyo.

El anciano entretanto reflexionaba...

—Llévalo entonces á una casa de préstamos, allí estará seguro, te darán algún dinero por él y podrás retirarlo cuando ya nadie lo reclame.

Mañana si vas al mercado lo llevas, y en paz.

Guarda con mucho cuidado la papeleta.

Empéñalo, volvió á insistir el abuelo, te darán lo menos un duro, y seguirás siendo tan dueña de él como antes y estará mejor guardado.

—¡Un duro! exclamó Juana con emoción. Nunca había dispuesto de tal cantidad.

Puede que te den dos ó tres, es una alhaja finísima.

—¿Y no hay ningún peligro?

—Ninguno mujer. En la casa de préstamos no te preguntarán la procedencia; pero ten cuidado que tu padre no lo sepa, porque es muy asustadizo y daría parte á la policía.

Aunque, al parecer, tranquilizada con las palabras de su abuelo, Juana se hallaba en un estado de agitación muy grande.

La conciencia volvía á hacerla cosquillas, pero consiguió tenerla á raya. «¿Poseer el brazalete, se decía, y aún tomar dinero encima? Esto sólo se le puede ocurrir á mi abuelo.»

El antiguo guerrillero estaría medio paralítico é inútil para todo, pero en la familia seguía siendo el cabeza de ella por su carácter.

No es muy corriente el respeto á la ancianidad en los caseríos rurales.

Antes por el contrario, la estiman como una carga pesada, un mueble junto al hogar; le exoneran de sus derechos sobre la propiedad y la familia, pues es un brazo incapacitado para el trabajo; pero hay excepciones, cual en el presente caso, en que el anciano conservaba aún la energía de sus mejores tiempos y se hacía obedecer.

Su predilecta era Juana, porque en ella veía bullir su sangre aventurera. Cuando cerca de la lumbre en las largas noches de invierno contaba á sus nietos las escenas de su azarosa vida, los asaltos en cuadrilla, las luchas con los carabineros y un sin fin de episodios de desolación y muerte, todos á excepción de Juana, temblaban. Esta se complacía en el relato y seguía con interés la narración de su abuelo.

A la madrugada siguiente, antes de las cuatro, Juana estaba en pie; bajó al establo, y con un cabo de vela que alumbraba pobremente comenzó á preparar la cesta para el mercado. Berzas, lechugas, zanahorias, patatas, coliflor, perejil, aves, huevos y la marmita de leche fué colocando cuidadosamente dentro de ella, y momentos



más tarde se puso en camino acompañada de su hermano Domingo, que llevaba la cesta en la cabeza.

Todavía no daba señales el crepúsculo, razón por la que aun estaba muy obscuro.

Al poco rato de marchar se les unió Andrés, que también iba á la población.

Juana quedó desconcertada y no la gustó el encuentro, temiendo no poder librarse de los dos importunos para llevar la alhaja á la casa de préstamos, y dióse en idear un plan para quedarse sola en cuanto llegasen á la plaza del mercado.

Los tres se comían los kilómetros á pesar de la obscuridad y á medida que avanzaban los resplandores de la aurora comenzaron á dibujarse en el horizonte, y mucho antes de que pisaran las calles había amanecido por completo.

Juana dirigióse al mercado y se sentó en el banco de las caseras con la cesta á sus pies.

La plaza era un hormiguero humano y se sentía un ruido ensordecedor de voces entre vendedores y compradores.

La joven iba despachando poco á poco su mercancía á fuerza de ofrecerla á cuantos pasaban.

Sus manos no estaban quietas nunca; en la una con un par de berzas, en la otra con un puñado de huevos, las alargaba, recogía, y ayudada de la palabra que pregonaba en todos los tonos la bondad de los artículos que expendía, su puesto era uno de los más concurridos.

Habilidosa en extremo vació en poco tiempo casi toda la cesta, y encargando á una compañera terminase

de vender el resto, buscó á su novio y á su hermano, y dándoles un realito para que bebiesen un cuartillo de lo tinto, desapareció entre calles pretextando un encargo.

Juana, que leía correctamente, miraba con ansia todos los rótulos de los establecimientos, y con cierto temor á los agentes municipales de plantón en las esquinas, que ella creía le adivinaban en la cara el objeto que llevaba.

Por fin sus ojos dieron con la deseada muestra de *Préstamos sobre prendas y alhajas* y rápidamente entró en la tienda.

Una mujer gruesa tanteó la alhaja entre sus dedos, la examinó con cuidado estimando su valor, revisóla por si tenía algunas iniciales nombre ó fecha grabados, y satisfecha de su escrupulosísima investigación...

—¿De dónde has sacado tú esto? la preguntó.

La joven, toda ruborizada estuvo á punto de echar á correr, mas reponiéndose contestó:

—Me ha regalado mi padrino, un caballero muy rico.

La prestamista se sonrió maliciosamente; y cesando en su interrogatorio abrió el cajón, sacó diez pesetas y se puso á extender la papeleta.

Juana guardó en la punta del pañuelo las diez pesetas y el papelito y salió escapada.

En un estanco próximo se hizo con una libra de tabaco para la pipa de su abuelo, y reunida á su hermano y á su novio, que ya la aguardaban con impaciencia, regresaron á su casa.

Una vez en ella entregó el tabaco al viejo, pero juz-



gó prudente no declararle la cantidad que había percibido por el empeño de la pulsera.

—No me han dado más que cinco pesetas y he tenido que gastar una en comprarte tabaco.

—Enséñame la papeleta, le replicó el desconfiado vejestorio; pero la muchacha no se la quiso enseñar, pretextando haberla dejado en el otro delantal.

Durante unos días la satisfacción de Juana fué tan grande con la posesión de aquellas nueve pesetas y la confianza de tener el brazalete en lugar seguro, que estuvo groserísima é impertinente con sus padres y hermanos conceptuándose superior á ellos.

Andaba con la cabeza erguida, altanera é insoportable hasta el extremo de que un día su hermano Domingo bromeando la dijera que sería preciso ensanchar las puertas para que pasase.

Y este orgullo y mala voluntad alcanzaba también á los animales de la casería, á los que hostigaba sin motivo, convencida de que ella no había nacido para faenas tan rudas.

Entretanto el padre calculaba que Andrés era un mozo muy listo y le convenía para yerno, en su egoísmo casero de aumentar el número de brazos para labrar la finca; y de acuerdo con sus convecinos, sus futuros consuegros, fijaron la boda para el año siguiente. Mas la fatua de Juana, creyéndose, sin duda, una rica heredera con el brazalete y las nueve pesetas, comenzó á mostrarse reacia al proyecto, haciendo demostraciones de desagrado á su prometido. Tan presumida y tonta se había vuelto, que odiaba los trabajos domésticos y se

irritaba cuando la obligaban á ejecutar los del campo, porque se le estropeaba el cutis y las manos, que se dió en cuidar como una señorita.

La perspectiva de su enlace con Andrés le causaba excitación nerviosa, porque no quería trabajar para vivir.

Así que al viejo, al cabo de unos cuantos días, se le hubo acabado el tabaco, dijo á su nieta:

—Debías desempeñar la alhaja y venderla.

¿Qué me darás por mi silencio? Yo permaneceré mudo; pero es preciso que me llenes la pipa cada vez que se vacíe.

Juana comenzó á comprender el mal paso dado y el daño que podía originarle su abuelo con su denuncia si no se prestaba á satisfacer sus caprichos.

Ya en el camino de la maldad, le ocurrió sisar á sus padres el producto de la venta de verduras y leche en el mercado; pero como esto era de un producto muy escaso, no tuvo más remedio que echar mano del dinero del préstamo, hasta que se quedó sin un ochavo.

Además se desarrolló en ella un deseo vehementísimo de volver á recuperar la alhaja; y como necesitase diez pesetas con alguna fracción más por intereses, no sabía dónde encontrarlas.

—Llena mi pipa, bribonzuela—le decía el abuelo,—ó lo canto todo.

Y Juana le había cobrado verdadero temor, y comenzó á aborrecerle.

Resueltamente se dirigió á su novio:

—Andrés, cómprame buen tabaco para el viejo.



El novio puso algunos reparos, apenas si disponía de unos cuantos perros chicos; pero en su deseo de agradar á su prometida, y creyendo con esto reconquistar su perdido cariño, hizo un sacrificio y compró media libra de la mejor picadura, entregándola él mismo al octogenario.

—Ahora sabe que tú se lo has comprado, lloraba de rabia Juana.

—¿Y qué tiene eso de particular? Así me querrá más.

—Tonto, deseaba dárselo yo misma.

—Mujer, lo siento, replicó tristemente Andrés; ya no me queda ni un céntimo, pero procuraré complacerte la semana que viene.

¡Qué bestia! pensó Juana, contrariada en sus propósitos.

Andrés dudaba más cada día del afecto de Juana, obstinándose en creer en la existencia de un rival preferido.

Por la noche el viejo dijo á su nieta en broma:

—Tu novio me ha traído muy buen tabaco. Me dan ganas de contarle lo de la pulsera. ¡Desagradecida, negar esa miseria al pobre viejo!

—Abuelo, tú fumas por demás y ya no hay aguante.

—Paja, hija, paja; espero que me surtas de lo bueno para lo sucesivo; si no...

La joven maldecía en aquel instante la hora en que encontró el objeto que comenzaba ya á producirle tan serios disgustos.

Su padre era el tesorero de una de esas cofradías ó hermandades de seguros contra el ganado, que organi-

zan en la parte rural los caseros para indemnizarse de la pérdida, por enfermedad ó accidente, de una vaca ó un ternero, y á la que cada asociado contribuye con una módica cantidad mensual.

Toda la familia sabía dónde guardaba Francisco este dinero; y Juana, exasperada, ha ya días, y con la premeditada idea del robo, aguardó una ocasión propicia para lograr su intento. La cantidad en depósito estaba metida en un saquito bien atado, y éste escondido entre las vigas del cuarto en que dormía el matrimonio.

Juana aprovechó una tarde la circunstancia de que los habitantes de la casería estuvieran ausentes en las labores del campo, incluso su abuelo, que se había marchado á parlotear á la vecindad.

Entró en el cuarto de sus padres, y apoderándose del saquito volcó su contenido sobre una mesa.

Apenas había 40 pesetas entre plata y calderilla. Retuvo 15 y, volviendo á dejar el resto en el escondrijo, se sentó á la puerta de la vivienda á repasar los trapitos de sus hermanos para disimular mejor su fechoría.

Al día siguiente corrió presurosa á comprar una gran cantidad de tabaco para el viejo.

—Eres una buena muchacha, Juanita. No tengas cuidado; me callaré como un muerto.

Para tranquilizarse recordó que su padre no tocaba el contenido del saquito hasta que hubiera que verificar una derrama entre los asociados, á fin de pagar el importe de alguna res víctima de la epizootia ó de la tuberculosis, y mantenía la esperanza de reponer lo sustraído antes de que llegara á notarse la falta.



En muy poco tiempo cambió de carácter. Ya no era la altanera y orgullosa de días atrás. Una tristeza inmensa la embargaba, y se distraía con suma facilidad, no dando, como vulgarmente se dice, pie con bola.

Con lo que le quedaba del dinero hurtado después de comprar el tabaco, reunía lo muy suficiente para empeñar la alhaja, pero no se atrevía á ir ella misma á retirarla temerosa de infundir sospechas.

En este aprieto se decidió á hacer partícipe de sus confidencias á su hermana menor Antonia, refiriéndola que el brazalete se lo había regalado una señora que la quería mucho, y la aconsejaba que lo tuviera oculto para no despertar la codicia de sus padres. Que su abuelo la había dicho que lo empeñara porque era un objeto demasiado lujoso y de gran compromiso para ella.

Añadió que aun tenía el dinero que la habían dado por el empeño, y que lo deseaba sacar para venderlo y comprar con su importe el vestido de boda, pero que ella no se aventuraba á ir á la población, y le rogaba muy encarecidamente, por Dios y por todos los Santos, que fuese en su lugar.

Antonia no era tan aventajada de inteligencia como su hermana; mas, así y todo, encontró muy extraña la explicación.

—Yo no veo por qué has de hacer un misterio si realmente esa señora te lo ha dado.

—Porque ya sabes lo que son las envidias, y además, me lo quitarían los padres en la primera necesidad. Pero si no me ayudas, me iré, Antonia, me iré de casa á correr el mundo, puesto que aquí no observo

más que sospechas y malas caras. Me pondré á servir ó me marcharé á las Américas.

—¿Que te quieres ir? ¿Y tendrías valor de abandonar á tus padres, á tus hermanos, á... Andrés?

Juana se encogió de hombros.

—Bueno, bueno; ¿me desempeñas ó no la alhaja?

—Por darte gusto lo haré; pero y si me preguntan, si me...

—No te dirán nada.

—¿Estás segura de que es tuyo el brazalete?

—Mío y bien mío ¡pues ya lo creo!

Antonia, que era tímida por naturaleza, casi se había arrepentido de la palabra dada, porque sin saber la causa tenía mucho miedo á aquella comisión.

Sin embargo, tomó de manos de su hermana el dinero para el rescate y la papeleta de empeño y acompañada de Domingo se fué, cual de costumbre á la plaza, á vender la mercancía diaria en sustitución de Juana, á la que desde que notaron las sisas la retenían en casa.

Juana se hallaba dando de comer al ganado cuando de pronto un grito seguido de mil imprecaciones hirió sus oídos. Francisco, su padre, salía despavorido de la casa, con el saquito donde guardaba el dinero de la cofradía en la mano.

La muchacha quedó sin aliento comprendiendo en el acto de lo que se trataba, pero llamando hacia sí toda su fuerza de voluntad y dominándose instantáneamente uniósse á su padre para llorar y gritar también. Se juntó á ellos la madre y al punto convirtiósse aquello en un coro de lamentaciones.



—En tantísimos años jamás me ha faltado un real, vociferaba Francisco. ¡Maldito sea el ladrón!

—¿Cuándo te has apercebido del robo, padre?

—Desde la última recaudación no he vuelto á contar los fondos hasta hoy, que ha muerto la vaca de José Miguel y tenía que abonarle parte de lo estipulado. Pero ya sospecho, ya sospecho del bribón. Será aquel buhonero que estuvo ayer aquí ofreciéndonos género.

—Por Dios, hombre, no seas tan mal pensado; un honrado menestral que hace más de diez años recorre los caseríos del contorno, le respodió su mujer.

—Entonces... el sábado vino á la puerta un mendigo á quien yo mismo di un currusco de pan...

—Ese, padre, ese será, su aspecto era muy sospechoso.

—¿Pero cómo ha podido entrar en casa sin que le vieran, cómo sabía el escondite...

En aquel momento el abuelo arrastrando los pies se presentó é intervino preguntando qué motivaba el escándalo.

—Que al padre le han robado unas pesetas del dinero de la cofradía.

—Los escrutadores ojos del viejo se encontraron con los de su nieta, dilatados por el miedo, y descubrió en ellos el secreto de lo acontecido. «Ah, ¡ah! se dijo: con ese dinero me compraba tabaco! ¡Grandísima pícara!»

Ante la casería y atraída por los gritos se iba reuniendo la vecindad entera, y los comentarios y las exclamaciones abundaban.

En esto Domingo que, como hemos dicho había acompañado á Antonia al mercado, volvió solo.

—No he podido encontrar á Antonia por ninguna parte; la he estado aguardando en el sitio de costumbre, y viendo que se hacía tarde y no venía, yo he regresado...

—¿Por qué la has dejado sola? le interrumpió su madre aplicándole un fuerte bofetón.

—Ella tiene la culpa, gimoteó el muchacho; ha desaparecido de mi lado sin decirme nada y sin que yo supiera dónde.

La extrañeza fué grande en la familia acostumbrada á la puntualidad, rectitud y obediencia exagerada de la hija menor, á pesar de lo que procuraron tranquilizarse ante la eventualidad de que algún encargo la hubiese detenido en la ciudad.

Francisco en vista de los contratiempos sufridos, resolvióse á marchar á la población á dar parte á la policía del robo de su casa y del extravío de su hija.

—Padre, le dijo Juana, no olvides en la Inspección de dar las señas del presunto ratero... Le tengo clavado en la imaginación, regordete, bajito, muy sucio y mal fachado, de pelo rubio, camisa azul, pantalón de pana y con una chaqueta raída al hombro.

Le he observado bien; ese es sin duda el que te ha robado.

El abuelo, que escuchaba esto desde su rincón, estuvo á punto de soltar una carcajada, pero se contentó con dar dos chupadas seguidas á su pipa y rumiar entre dientes:



— «¡Vaya una moza; me siento rejuvenecer en ella; es de mi propio viñedo, de la mala cepa, no lo puede negar. ¡Cómo me recuerda mis tiempos!»

Paso á paso el celador del barrio se acercaba á la casa, y el desolado padre al apercibirse se dirigió á su encuentro con ánimo de comunicarle sus calamidades; mas el agente del municipio adelantóse á hacer uso de la palabra.

—Francisco, vengo á decirte que tu hija ha sido detenida en la Inspección de policía, y si no quieres que duerma en la cárcel vete corriendo á responder de ella.

—¿Pero qué ha pasado, qué ha hecho de malo mi hija?

—No pierdas el tiempo, vete á la Inspección y allí te dirán lo que es.

Yo lo ignoro; pero como te conozco y eres un hombre honrado, he venido escapado á advertírtelo.

El celador, después de haber tomado nota del robo, continuó su camino, y Francisco y Josefa su mujer, se dirigieron apresuradamente á la población, mientras los vecinos iban retirándose poco á poco á sus respectivos domicilios glosando la nueva noticia de la detención de Antonia.

El viejo, entretanto, sentado junto á la lumbre, en cuanto se hubieron quedado solos, habló así á Juana:

—Tú has enviado á la pobre Antonia á desempeñar la pulsera para que sufra las consecuencias de alguna sospecha. ¡Eres una lagarta! ¡Ah!, y tú eres también la que ha sustraído las pesetas del saquito de tu padre. A mí no me engañas; no sabes disimular. Ya ves que he permanecido tan silencioso como una piedra.

Juana apartóse horrorizada del lado de su abuelo lagrimeando de rabia y convencida de que tarde ó temprano éste la denunciaría.

Supuso fundadamente que la detención de su hermana obedecía á haber aparecido el dueño del brazalete maldito, y con tales pensamientos perdió los estribos.

—Viejo sapo, exclamó en alta voz, dirigiéndose á su abuelo. ¿Por qué me habéis dado tan mal consejo? ¡¡Carcamal inútil!!

¡No debiera vivir quien no sirve para trabajar!

Pero apenas pronunciadas estas palabras, hubiera dado la mitad de su vida por no haberlas dicho, comprendiendo todo el peligro que se le venía encima.

El viejo había oído perfectamente las maldiciones de Juana y le hicieron rebullir su sangre aventurera. Todo tembloroso se levantó de su asiento con expresión de furor, y dando algunos pasos inciertos cual un beodo, y arrojando espumarajos por la boca, lanzó algunas imprecaciones á su nieta, levantando al mismo tiempo el cayado para castigarla; mas las rodillas le flaquearon y cayó como una masa inerte sobre el pavimento.

Juana, asustada, echó á correr y no paró hasta verse lejos de la vivienda, en un extremo de la heredad, mientras el anciano continuaba jurando y agitándose en el suelo sin poder levantarse y daba golpes de ciego con el palo hacia el sitio en que suponía hallábase aún su nieta.

Domingo, que tardó muy poco en enterarse de lo que sucedía, gritaba pidiendo socorro por el campo, y al ver á Juana la interpeló diciendo:



—¿Por qué te alejas de casa cuando hay desgracias en ella?

El abuelo está muriéndose y tú le has abandonado.

—El miedo, Domingo; me asusté y he escapado.

—Pero, ¿por qué no llamaste?

—No sé lo que hacía.

—Bien, volvamos á casa, que es posible haya llegado gente en nuestra ayuda.

Juana reflexionaba en el trayecto que el único testigo de sus fechorías quizás muriera para cuando llegasen y que nada podía temer de Antonia, incapaz de venderla. Esto la sosegaba un tanto.

Al entrar en la habitación vieron al anciano estirado en un banco, presa de convulsiones, entre un enjambre de mujeres de la vecindad, que se afanaban prodigándole socorros y que habían acudido allí por segunda vez en aquel día al olor de acontecimientos graves.

El mísero anciano respiraba ruidosamente, estaba sumamente pálido, casi cadavérico, pero no había muerto aún, como se lo presumía Juana.

Las vecinas no cesaban de molestar al enfermo hasta que llegase el médico; y con el pretexto de aliviar sus sufrimientos le daban friegas, le arrimaban papeles ardiendo bajo la nariz, le introducían á la fuerza entre sus apretadas mandíbulas un cocimiento de hierbas y le frotaban las sienes con telas de araña, creyendo supersticiosamente que esto aleja la muerte de junto al paciente.

La joven no pudo menos de experimentar escalofríos á la vista de aquel cuadro.

—Es tan cariñoso y bueno para mí! murmuró.

La tarde iba avanzando, el crepúsculo presentaba ya sus anaranjados tonos que daban un triste y melancólico aspecto al aposento en que se desarrollaba la escena.

Las vacas mugían, los puercos gruñían, cacareaban las gallinas, balaban las ovejas, rebuznaba el único asno, y este desconcierto de los animales de la casería, llevado á cabo instintivamente en momentos tan solemnes, parecía el último tributo rendido á su manera por aquellos seres irracionales al primitivo jefe de la casa que se despedía de la vida.

Francisco y Josefa, tristes y cariacontecidos, entraron de regreso de la ciudad.

Al enterarse del estado del viejo quedaron absortos, insensibles.

Mas reprimiéndose en seguida y con esa filosofía propia del casero, exclamaron:

—¡Qué importa! á su edad se está mejor en la tumba y hay una boca menos que mantener.

¡Sea lo que Dios quiera!

Todos los presentes les preguntaron por Antonia.

—Está detenida por robo, respondió Francisco con voz alterada.

Josefa seguía llorando como una Magdalena.

El novio de Juana, que se hallaba entre los concurrentes, convencido de la inocencia de Antonia, se colocó detrás de su prometida soplándola al oído las siguientes frases:

—Confiesa, confiesa, y salva á tu hermana; si no te denunciaré, para vengarme de tu despego y coquetería.



Ella oyó muy bien, pero se hizo la distraída.

Su padre continuaba lamentándose en alta voz.

—Una hija tan buena, tan sumisa, tan modesta y laboriosa. ¿Ladrona? no puede ser, no. Antonia no ha robado á nadie...

—Confiesa, bribona, repetía muy quedo Andrés á su novia.

En medio de esta conversación y de las lágrimas y demostraciones de todos los concurrentes, el abuelo se sacudió furiosamente entre los brazos de los que le tenían sujeto.

Intentaba decir algo y no le era posible.

Sus desdentadas mandíbulas, herméticamente cerradas por la convulsión, como las piezas de una cerraja, obstruían el paso á la menor sílaba; los ojos le saltaban de las órbitas; aun vivía, pero reducido á la impotencia.

La mirada de Juana, fija con persistente insistencia en aquel cuerpo tan usado por los años, parecía desear un rápido desenlace.

Si el viejo se quedaba en este ataque de parálisis, ella se había salvado.

Andrés permanecía taciturno, sin atreverse á cumplir la amenaza, pues aun le fascinaba la presencia de aquella mujer sin corazón.

—¿Pero qué es lo que ha robado Antonia?—preguntaron á coro todas las comadres.

—No quiere decir una palabra, replicó Francisco; únicamente hemos sabido que ha estado en una casa de préstamos á desempeñar cierta alhaja, y según nos han dicho, la alhaja pertenecía á una señora madrileña

que la perdió hace algún tiempo, dejando las señas á la policía para que tuviese cuidado de avisar á los establecimientos de joyas y prenderías.

Al recibir el objeto la prestamista ignoraba aun el robo y ha esperado á que fuesen á recogerlo para detener á Antonia.

A ésta no la hemos podido ver, sigue detenida en la Inspección y como no dudan de su culpabilidad, se ha aferrado en un completo silencio, probablemente la habrán metido ya en la cárcel.

—¡Pobre Antonia! ¡pobre hermana mía! y Juana prorrumpió en amargo llanto.

—Debe haber en esto algún error, se atrevió á decir Andrés, resuelto á hablar ante la hipocresía de su novia.

—Juana, declara la verdad. Yo he visto ese brazalete en tu muñeca, y probablemente serás tú la que lo ha empeñado.

¡Trapalona! ¿Tienes valor para consentir que por tu causa sufra una inocente?

A estas palabras el abuelo hizo un esfuerzo supremo para desasirse de los brazos de las gentes que le sujetaban.

Una voz temblona y débil salió de sus apenas entreabiertos labios, que con ansia buscaban aire que respirar.

—No... no... he... he... muerto... to todavía; más que dijo masculló; seeré... tes... testigo... de... tu... tu... crimen... Juana.

¡Hi!... ¡hi!... ¡hi!... me... me... compraabas... tabaco... de... mi... miedo... que... te... te... denunciase... que... has...



has... encontrado... la... pul... pulsera... y... que... has... roobado... tam... también... á... tu... padre.

El anciano arrojaba espuma sanguinolenta por la boca y hacía esfuerzos inauditos para continuar:

—Con con... que... no no... dedebe... vivir... el... que... que... no... sisirve... papara... trabajar... ¡infaame!... te te... acuerdas... cuuando... me... me... lo... echaste... en... caara.

Hi!... hi!... hi!... Veete... á... á... coomer... el... rarrancho... de... de... la... caarcel... que que... bien... lo... lo... has... ganado.

Pero Juana, con muchísimo disimulo, hacía rato que había desaparecido del local; y tan hábilmente se ocultó, que ni sus padres, ni sus hermanos, ni la policía pudo dar jamás con ella.

No la volvieron á ver; y andando el tiempo, pocos años después, un vecino trajo al caserío la noticia, con referencia á la carta de un amigo, de que á Juana se la veía elegantemente vestida y muy guapa pasearse por Buenos Aires en un lujosísimo carruaje.

(1898)

---





# ÍNDICE

|                                     | Páginas |
|-------------------------------------|---------|
| A los lectores . . . . .            | 5       |
| Por un ratón . . . . .              | 7       |
| Verdor. . . . .                     | 11      |
| Puente funesto. . . . .             | 21      |
| El aniversario . . . . .            | 27      |
| Obrero y mártir . . . . .           | 33      |
| La pipa reveladora . . . . .        | 39      |
| Odio, pereza y embriaguez . . . . . | 43      |
| Asamblea de los elementos . . . . . | 49      |
| El saco del Padre Eterno. . . . .   | 55      |
| Cambio de sexo . . . . .            | 57      |
| Un pueblo extraño . . . . .         | 61      |
| La consulta . . . . .               | 63      |
| Cuentecillos. . . . .               | 69      |
| Presupuesto de la vida. . . . .     | 79      |
| El lago de oro . . . . .            | 83      |
| Peregrinación de un alma . . . . .  | 87      |
| La vuelta del emigrado . . . . .    | 95      |
| Las tres niñas bonitas . . . . .    | 99      |
| Pedibus andando . . . . .           | 105     |
| Cosas qua suceden . . . . .         | 109     |
| La fiesta de los Pepes . . . . .    | 113     |
| Las hazañas de Coshcorra . . . . .  | 117     |
| La huelga del agua . . . . .        | 121     |

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| Al caserío . . . . .                  | 125 |
| La boda del mendigo . . . . .         | 133 |
| Hombre agradecido . . . . .           | 139 |
| Un cachito de mi tierra . . . . .     | 143 |
| Un cuadro realista . . . . .          | 149 |
| El versolari de Aloñaga . . . . .     | 153 |
| Propósito de enmienda . . . . .       | 159 |
| La escuadra pesquera . . . . .        | 163 |
| La ballena . . . . .                  | 167 |
| La veda . . . . .                     | 171 |
| Blankolaris . . . . .                 | 175 |
| Debilidad humana . . . . .            | 179 |
| Lo que es la suerte . . . . .         | 183 |
| ¡Ole ya! . . . . .                    | 187 |
| El tapete verde . . . . .             | 191 |
| Un espectáculo curioso . . . . .      | 193 |
| ¡Es horrible! . . . . .               | 195 |
| Un mes antipático . . . . .           | 199 |
| La felicidad del hogar . . . . .      | 201 |
| La odisea de un capón . . . . .       | 203 |
| Valeroso I . . . . .                  | 207 |
| Un cuento fantástico . . . . .        | 209 |
| Joshe y Joshepa . . . . .             | 215 |
| Gríspulo . . . . .                    | 219 |
| La pasa . . . . .                     | 223 |
| El curso del Urumea . . . . .         | 227 |
| Feria . . . . .                       | 237 |
| Visitas domiciliarias . . . . .       | 241 |
| Los bastidores de la prensa . . . . . | 243 |
| El grano de sal . . . . .             | 247 |
| La muerte de la vaca . . . . .        | 251 |
| El ojo del emir . . . . .             | 255 |
| Mostafa Alvila . . . . .              | 259 |
| La imagen de la vida . . . . .        | 263 |
| Easo á Eolo . . . . .                 | 265 |



|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| Contra el anarquismo . . . . .      | 267 |
| Un par de bribones . . . . .        | 271 |
| La noche buena del besugo . . . . . | 277 |
| El lenguaje de los colores. . . . . | 279 |
| Los pastores del Baztán . . . . .   | 281 |
| Los tres hijos de familia . . . . . | 287 |
| Páginas de la guerra civil. . . . . | 291 |
| Patriotismo y venganza . . . . .    | 295 |
| Por montes y valles. . . . .        | 305 |
| Los cazadores de Oyarzun . . . . .  | 317 |
| María . . . . .                     | 323 |
| De mala cepa . . . . .              | 343 |

I-28

994

8313

6